Sarmiento Selecto

HOMENAJE DE LA COMISIÓN POPULAR
EN SU CENTENARIO

1811 · 1911

BUENOS AIRES
OTERO & Co., IMPRESORES
BOLIVAR, 887

SARMIENTO SELECTO

HOMENAJE

DE LA

COMISIÓN POPULAR EN SU CENTENARIO

1811 - 1911

BUENOS AIRES
OTERO & CO., IMPRESORES
BOLIVAR 887

Comisión Popular del Centenario de Sarmiento

PRESIDENTES HONORARIOS

Señores: Benjamín Victorica, Federico A. de Toledo, Norberto Quirno Costa, Ricardo Lavalle, Eduardo Racedo, Donato Alvarez, José M. Rosa, José María Ramos Mejía, Victorino de la Plaza.

VOCALES

General Inocencio Arias, Dr. José A. Ayerza, Dr. Carlos Aldao, Dr. Joaquín Anchorena, Carlos Agote, Carlos de Alvear, Florentino Ameghino, Pedro N. Arata, Juan Areco, Agustín Alvarez, José M. Ahumada, Antonio Astorga Martínez, Samuel Alberú, Atilio Barilari, Pedro Alurralde, Félix G. de Alzaga, Carlos Beccar, Darío Beccar, Julio Barranqueros, Horacio Beccar Varela, Juan Carlos Belgrano, Martín Boneo, José María Bustillo, Contraalmirantes Blanco y Betbeder, Dr. Antonio Bermejo, Alejandro Ceja, Angel G. Carranza Mármol, Carlos M. Cernadas, Santiago S. Cortínez, José Luis Cantilo, Roberto Cadelago,

Julio M. Centenari, Luis M. Cortínez, Emilio Sirio, Francisco de las Carreras, Rafael Cobos, Alejandro Calvo, Alberto Correa, Miguel Cané, Carlos Chapeaurouge, Ricardo Chenaut, Fernando Cordero, Mariano Castellanos, José Luis Cabral, Jacinto Cabred, Domingo Cabred, José A. Capdevila, Carlos Carranza, Emilio Carranza, Manuel José Cobos, Mariano G. Calvento, P. Carranza, Víctor de Pol, Julio S. Dantas, Daniel J. Dónovan, Samuel Dónovan, Emilio Duportal, Luis G. Dellepiane, Fermín Eguía, Silvestre Esquivel, Eusebio Ezpeleta, Santiago Fitz Simón, José Frías, Gustavo Fort, Manuel Fernández Oro, Rosendo Fraga, Alfredo Ferreira, Juan B. Godoy, Enrique Godoy, Luis Güemes, Adolfo S. Gómez, Alberto Gutiérrez, Juan B. Gómez, Francisco L. García, Manuel B. Gonnet, Joaquín V. González, Nicolás Gándara, Enrique García Velloso, Emilio Gouchon, Lucio J. García, Eusebio García, César Gondra, Martín Gil, Juan B. Gómez, Jorge B. Gorostiaga, Lucio Gordillo, Marcos Gutiérrez, Samuel Hale Pearson, Eduardo L. Holmberg, F. Malbach, Horacio P. S. Irribarre, Julio Ydoyaga Molina, Manuel de Iriondo, Domingo Krause, Otto Krause, Julio Krause, A. Klappenbach, Fernando Klappenbach, Alberto Lartigau, José Gregorio López, Facundo Larosa, Ricardo Lavalle, Julio Lagos, Julio Lacroze, Narciso Laprida, Pablo Lascano, Rodolfo Lemos, Alberto López, Lucio V. López, Víctor G. Lucero, Leopoldo Lugones, Domingo Lamas, Arnoldo

Luchinetti, Emilio C. Lahore, Luis Leguizamón, Guillermo Leguizamón, César Langenhein, Roberto Lloveras, Carlos Molina, Alvaro Melián Lafinur, Luarentino M. Mejías, José M. Mendia, José N. Matienzo, Juan A. Medone, Eduardo Madero, Juan J. Madero, Osvaldo Magnasco, Antonio Martínez Campos, Jorge Mitre, Luis Mitre, Isaías Mendiburu, Manuel A. Montes de Oca, Domingo Morón, Luis Maurtte, Mariano Demaría, M. Demaría (h.), Manuel J. Moreno, Francisco P. Moreno, Eduardo Moreno, Rodolfo Moreno, Enrique Navarro Viola, Juan José Naón, Rómulo S. Naón, Pastor S. Obligado, Manuel Ocampo, Carlos Ocampo, J. M. Olmedo, José A. Olmos, Juan M. Ortiz de Rosas, Lisandro Olmos, Leonardo Pereira Iraola, Federico Piñero, David Peña, Ernesto Padilla, Miguel Padilla, Ernesto Pellegrini, Octavio Pico, Juan de Piñero, Antonio M. Pirán, Victorino de la Plaza, Julio Pueyrredón, Honorio Pueyrredón, Abel Pardo, Belisario Quiroga, Norberto Quirno Costa, Julio Quesada, Marcial V. Quiroga, Dardo Rocha, Carlos Rocha, Arturo Reynal O'Connor, Héctor P. Ríos, Ricardo F. Ruiz, Belisario Roldán, José María Ramos Mejía, Ezequiel Ramos Mexía, Rodolfo Rivarola, Enrique Rivarola, Angel Robas, José María Rosa, José María Rosa (h.), Pablo Ricchieri, General Reynolds, Ruiz Guiñazú, Miguel F. Rodríguez, Jorge Sussini, Juan Senillosa, Carlos M. Serrey, Honorio Silgueira, Mariano Sarratea Pinto, Luis Sáenz Peña, Francisco

Seeber, Eduardo Sarmiento Laspiur, Eleodoro Suárez, Carlos Sarmiento, Federico Sívori, Adolfo Saldías, Juan L. Somoza, Alejandro Sorondo, Federico A. de Toledo, Tedín Uriburu, José A. Terry, Martín M. Torino, Guillermo Udaondo, Andrés Ugarriza, Carlos M. Urien, Santos Unzué, Saturnino Unzué, Benjamín Victorica, Carlos Vega Belgrano, Juan C. Belgrano, Mariano de Vedia, Mariano de Vedia y Mitre, Enrique de Vedia, Delfín Vieyra, Manuel Gálvez, Gervasio Videla Dorna, Orlando Williams, J. B. Zubiaur, Rufino Varela, Salustiano Zavalía, Manuel M. Gorrilla.

COMISION EJECUTIVA

Presidente:	**Joaquín V. González.**
Vice Presidentes:	**Daniel J. Dónovan, Federico Piñero.**
Tesorero:	**Agustín Alvarez.**
Secretario General:	**Leopoldo Lugones.**
Secretarios:	**Mariano de Vedia y Mitre, Julio Quesada.**
Vocales:	**Adolfo Saldías, Miguel Rodríguez, Carlos Aldao, Adolfo S. Gómez, Andrés Ugarriza, José B. Zubiaur. Manuel M. Zorrilla, Rufino Varela, Enrique García Velloso, Enrique de Vedia, Arturo Reynal O'Connor, Antonio M. Pirán, Juan L. Somoza.**

ARTÍCULOS CRÍTICOS
y LITERARIOS

---

12 DE FEBRERO DE 1817 (1)

(*Mercurio*, de 11 de Febrero de 1841)

I.

Un día pasa todos los años precedido y seguido de otros días; si en algo se distingue de los que anteceden y suceden, si el habitante de Chile fija por un instante en él sus miradas, es sólo por las frías fórmulas con que se *representa* el regocijo público, como las viejas religiones sustituyen la pompa de ceremonias emblemáticas, á los grandes recuerdos que no mueven ya el corazón de los creyentes. Algunas salvas en las fortalezas, algunos pabellones flotando en lo alto de los edificios, he aquí todo lo que recuerda un día que debiera ser tan caro al corazón de todo chileno. La fría fisonomía de los ciudadanos corresponde también á la alegría *de-*

(1) Primer artículo de Sarmiento en la prensa de Chile.

cretada, como la de la vírgen á quien un sórdido cálculo de familia une al esposo que su corazón no ha elegido, con los atavíos nupciales sobre el cuerpo y el disgusto reconcentrado en su pecho, coronada de guirnaldas la cabeza y el pesar pintado en su semblante. El extranjero que nos observa, nos creería los hijos de los españoles vencidos en aquel gran día, fastidiados de ver repetirse un recuerdo humillante y odioso. Veinticuatro años han transcurrido apenas, desde que aquel memorable día alumbró en Chacabuco un combate de vida ó de muerte para la independencia americana, y ya ni se mentan los nombres ilustres que lo inmortalizaron. ¡Ah! ¡Los pedruzcos que cubren aquel suelo sagrado, no han conservado las manchas de la sangre patriota que los salpicó, y el cóndor de los Andes ha dejado de revolotear en torno de ese vasto campo de carnicería en que el amo y el esclavo lucharon con furor! . . . . . .

. . . . . .

Centenares de patriotas chilenos, huyendo de los horrores de la esclavitud, habíamos traspasado los Andes en 1814, y conocido todas las penurias y todos los sinsabores que acompañan á una larga emigración. Un ejército al mando del general San Martín, se aprestaba al fin á cruzar los Andes y traer á nuestra desgraciada patria la libertad perdida. Nosotros volamos presurosos á engrosar las filas del ejército libertador. ¡Ay! Entonces la república, la libertad y la patria se nos presentan radiantes y puras, como son siempre las concepcio-

nes del espíritu, cuando la experiencia no ha venido aun á sustituirlas sus tristes realidades, como el frío invierno que nos enseña el monótono y desapacible ramaje del árbol, cuyo lozano verdor nos había antes recreado.

Chilenos y argentinos dejamos la ciudad de Mendoza el 17 de Enero de 1817. Teníamos la cordillera al frente, y detrás de ésta estaba Chile, la patria querida, nuestras familias y todas nuestras simpatías; los españoles en medio de nuestro entusiasmo y ardor, se presentaban confusamente á la imaginación como los puntos distantes de un paisaje que el pintor bosqueja. Mas, bien pronto principiamos á escalar con trabajos y padecimientos inauditos, la gigantesca, solitaria é interminable cordillera de los Andes. El hambre, el frío, el viento glacial que nos helaba la respiración, y la *puna* que agregaba su penosa angustia á tantos padecimientos; formaba la primera página de la terrible campaña que abría el ejército. La victoria de Marengo, que salvó á la Francia, tenía entre sus laureles el paso del San Bernardo. Mil historiadores han ponderado sus dificultades casi insuperables, y el gran capitán lo ha clasificado como uno de los prodigios que había obrado el ardor francés. ¡Y bien! el pasaje de la cordillera por un ejército sin pertrechos, sin tiendas, sin capotes, yace obscuro, y apenas una pluma le ha tributado un pasajero asombro! ¡El San Bernardo y los Andes!!! Un solo día de trabajos en aquél, y en seguida la risueña Italia con sus alegres campiñas,

sus ciudades y sus encantos. Un día de trabajos inauditos en ésta, en medio de sus erizadas crestas, y luego?... la cordillera siempre, con su soledad espantosa, sus torrentes, sus abismos, sus laderas y sus precipicios; y diez días después...? la cordillera siempre con sus nevados picos, cerrando el paso, coronada de nubes blanquecinas, amenazando por momentos sepultar para siempre entre sus desnudos é inhospitalarios peñascos á los audaces patriotas que osaban escalarlos.

Nuestro ejército, pobremente equipado, cansado de sufrimientos y extenuado de fatiga, descendió por fin en los días 7, 8 y 9 de Febrero al hermoso valle de Aconcagua, y los encuentros del mayor Martínez en la Guardia, y del teniente coronel Necochea en las Coimas, nos hicieron augurar un dia de gloria para todo el ejército. Todo el valle estaba en nuestro poder el 10, y el 11 de Febrero avistamos á los españoles en la cuesta de Chacabuco, cuyas cumbres coronaban gruesos destacamentos de infantería. Fué preciso vivaquear en presencia de ellos. ¡Noche de alarma y vigilia la del 11! La cuesta de Chacabuco se interponía, como una siniestra mampara, que oculta á nuestros ojos la fuerza verdadera de los españoles, los destinos de América y la suerte futura de Chile. Los jefes argentinos y chilenos, bajo un exterior severo é imponente, ocultaban todo el sobresalto que les inspiraba el desenlace de la batalla del día siguiente. Soldados inexpertos y bisoños, iban á medir por la primera vez sus armas con aquellos vie-

jos batallones españoles que habían humillado en Europa las altivas águilas de la guardia imperial de Napoleón. Si un desastre era el triste resultado de tantos esfuerzos, los argentinos veían consolidarse la dominación española á su lado y expuestos los flancos de la nueva república, mientras que sus fuerzas contenían apenas los ataques de los realistas por el Alto Perú. Los chilenos del ejército, si salvaban de la refriega, tendrían que decir adiós para siempre á la patria que volvían á ver, y á sus sueños de libertad é independencia; y para unos y otros, la muerte honrosa en el campo de batalla, era preferible á caer prisioneros y ser tratados como insurgentes. Los gauchos que formaban el valiente regimiento de granaderos á caballo, tendían con desasociego sus miradas por ese horizonte estrecho y limitado por todas partes de cerros, echando menos aquellas inmensas llanuras de *su tierra*, donde el cielo está pegado á la superficie, donde el sol sale y se entra por entre los pastos y matorrales, y donde no hay barrera ni obstáculo insuperables para el jinete que monta un buen caballo, pero ellos habían probado el filo de sus sables en las Coimas, los españoles eran *maturrangos*, y esta última consideración los hacía aguardar con indiferencia el próximo combate. Los negros del 7 y del 8 dirigían con horror sus inquietas miradas sobre las cúpulas nevadas de la cordillera, que tenían á sus espaldas, en donde el frío había martirizado sus constituciones africanas, y en donde el cabo de guardia había sor-

prendido al centinela de los puestos avanzados que no respondía al *¡alerta!*... ¡muerto en su puesto parado con el fusil al brazo, y endurecido por el hielo que le había penetrado las entrañas y suspendido el movimiento de la sangre! Mas sabían, porque así se lo repetían sus jefes, que todo negro que cayese prisionero en poder de los españoles, sería transportado á Lima y vendido para los ingenios de azúcar, y esta sola idea les volvía todo su feroz y brutal coraje. En cuanto á nosotros, oficiales subalternos, nos comunicábamos al oído algunos rumores alarmantes que circulaban, y nos animábamos en voz alta con noticias favorables, deleitándonos con la esperanza de ver pronto á nuestras familias y entrar en Santiago, en este Santiago, que la ausencia y los padecimientos habían hecho tan querido para nosotros.

II

La noche del once de Febrero fué larga, como son largas siempre las noches que preceden á un dia que ha de influir poderosamente en nuestra suerte futura. Las diucas del campo, estas aves chilenas cuyo canto matinal y vivificante no habíamos oído en nuestro largo destierro, nos anunciaron al fin la proximidad de la mañana del 12 de Febrero; y entre los preparativos del combate, vimos asomarse brillante por entre los picos nevados de los Andes, el sol que iba á ser testigo

impasible de nuestra lucha. Los españoles que ocupaban la cumbre de la cuesta, se replegaron al oir sonar la marcha de nuestros tambores. Trepábamos con entusiasmo, reprimiendo el cansancio que nos ocasionaba el ascenso, y alargando el cuello para ver desde su cumbre el valle de Chacabuco, la cuesta de Colina, é imaginarnos, ya que no pudiéramos verlo, aquel Santiago objeto de tantos recuerdos y de tantas esperanzas. Pero, ¡ay! dos filas negras de soldados españoles, ligadas por un parque de artilleria y erizadas de fusiles, en que vibraban los rayos del sol, y á su izquierda una extensa línea de caballería, dejaron bien pronto como enclavadas nuestras miradas en el sitio que ocupaban. Un momento después, el general O'Higgins estaba en presencia del enemigo; los granaderos á caballo, mandados por el valiente Zapiola, habían ido á arrostrar en vano la metralla del enemigo, no pudiendo salvar el barranco que hacía inaccesibles sus posiciones. Cramer, que había volado con el 8 á sostener la caballería, y Conde con el 7, se hallaron muy luego comprometidos en la refriega. Un momento vaciló el 8; las balas enemigas lo diezmaban, y el general Soler y el bravo Las Heras, que debían flanquear las posiciones enemigas por un circuito ignorado del enemigo, no parecían aun. ¡Momento de angustia y de excitación para quienes podíamos observar, en medio de los estampidos del cañón, el fuego graneado, las bocanadas de humo que se elevaban de todas partes, y los gritos de nuestros jefes que dirigían las manio-

bras, restablecían el orden y nos animaban al combate! En fin, en medio de tanto estruendo, vimos cargar á los granaderos á caballo; nuestros jefes gritaron *¡de frente!* y mil voces confusas, ¡el general Soler! ¡se mueven! ¡disparan!... ¡Ah! ¡qué momento! ¡qué nueva vida! Los granaderos lo arrollaron todo, y el camino de Santiago se presenta libre, aunque sembrado de moribundos y cadáveres. La defensa de las casas de Chacabuco no sirvió sino para hacer más sangrienta una escena sin esto demasiado gloriosa. Efectivamente, ochocientos prisioneros, setecientos muertos, banderas españolas, bagajes, artillería, y el 14 pisando, en fin, el puente de Santiago en triunfo, llenos de sangre, polvo y andrajos!...

¿Qué nos queda mientras tanto de tanta gloria? Tendamos la vista sobre esta época presente, aquí y en los otros puntos de América. Escuchemos los juicios de esta generación ingrata que nos ha sucedido, y extrañado como instrumentos gastados é inútiles; oídla en sus odios, que no turba ya el temor de los enemigos que nosotros destruímos, para que ella se folgase tranquila; oídla echarnos en cara nuestros desaciertos, y los crímenes de algunos, como si debiéramos haber sido en todo superiores á la época en que nos tocó figurar; como si el régimen colonial en que fuimos creados, y la ignorancia y abyección de nuestros padres, nos hubiese dejado sólo virtudes; como si hubiese sido posible desarraigar el respeto servil á nuestros tiranos sin violencia; como si las pasiones pudiesen

ser tenidas siempre á raya; y como si las grandes revoluciones pudiesen completarse sin sangre, sin violencia, sin extorsiones, y aún sin crímenes! Vedla hacerse olvidadiza de nuestras largas fatigas, y de nuestros esfuerzos para hacerla independiente y poderosa! ¡Hombres sin patriotismo y sin indulgencia! Un día la historia recogerá con avidez los nombres de todos los que lidiamos juntos en Chacabuco y en otros lugares tan gloriosos como éste; un día el extranjero, porque vosotros no sois capaces, vendrá á recoger los inmortales documentos de nuestras gloriosas hazañas, y desechará con desprecio vuestro abultado catálogo de recriminaciones, sólo dignas de figurar en la historia, como un aviso de que eran hombres los que tales cosas y tan grandes hicieron! Un día el viajero que pase la famosa cuesta, verá asociados en el mármol, los nombres de O'Higgins y Prieto, Las Heras y Bulnes, Lavalle y San Martín, Necochea y Soler, y tantos otros patriotas ilustres, cuyos nombres os han de sobrevivir, mientras que vosotros pasaréis obscuros, sin que nada de grande haga olvidar vuestras miserias de partido, vuestra ingratitud y vuestro egoísmo. Los peruanos recuerdan solo las extorsiones del ejército libertador, y ni las frías formas de la gratitud afectan por nuestros pasados esfuerzos, mientras que nosotros, como si una nación generosa fuese responsable de los desvaríos y pasiones de sus generales, estamos viendo á la desgraciada República Argentina, nuestra antigua amiga, sucumbir despe-

dazada por la guerra civil. ¡Lucha horrorosa y eterna! ¿No habrá de llegar un día de confraternidad, de olvido y de rehabilitación para todos? ¿La tumba sólo podrá reunirnos?

Si hubiéramos de buscar todos nuestros compañeros de armas de aquel glorioso día; si resucitadas las simpatías que entonces nos unieron, quisiésemos estrecharnos entre nuestros brazos, ¡cuántas desgracias nos contaríamos, cuántas heridas nos sangrarían de nuevo, cuántas lágrimas no verteríamos, al ver nuestros destinos tan contrarios cuan contados los felices, y tantos tan intolerables, tan desapiadados! ¡Deseo inútil, empero! Ilusión engañosa! Toda la América está sembrada de los gloriosos campeones de Chacabuco. Unos han sucumbido en el cadalso; el destierro ó el extrañamiento de la patria ha alejado á los otros; la miseria envilece y degrada á muchos; el crimen ha manchado las bellas páginas de la historia de algunos; tal sale de su largo reposo y sucumbe para salvar la patria de un tirano horroroso; y cual otro, lucha casi sin fruto contra el colosal poder de un suspicaz déspota que ha jurado exterminio á todo soldado de la guerra de la independencia, porque él no oyó nunca silbar las balas españolas, porque su nombre oscuro, su nombre de ayer, no está asociado á los inmortales nombres de los que se ilustraron en Chacabuco, Maipo, Tucumán, Callao, Talcahuano, Junín y Ayacucho! Felices, en extremo felices algunos, si gozando de la estimación de sus conciudadanos, des-

empeñan destinos honrosos ó dirijen con acierto el timón del estado; felices en extremo, los que en el seno de sus familias llevan una vida obscura, pero sin alarmas; felices, mil veces felices, los que puedan volver sus miradas sobre lo pasado, sin desear ver borrado un día deshonroso de la historia de su vida!

Mientras la prensa guarda un criminal silencio sobre nuestros hechos históricos, y mientras se levanta esta generación que no comprende lo que importan para Chile estas salvas y estas banderas que decoran el 12 de Febrero, nosotros, cada vez que pase por nuestras cabezas el sol de este augusto día, lo saludaremos con veneración religiosa, y deplorando la suerte que ha cabido á tantos patriotas, cualquiera que sea el país ó el color político á que pertenezcan, elevaremos nuestros votos al cielo porque en los cansados días de su vejez, hallen un pan que no esté amasado con lágrimas para su alimento, el abrigo del techo de sus padres y las bendiciones y respeto de sus compatriotas.

Un teniente de artilleria en Chacabuco.

LOS 18 DÍAS DE CHILE

DESDE LA DERROTA DE CANCHA RAYADA HASTA LA VICTORIA DE MAIPO

(*Mercurio*, de 4 de Abril de 1841)

. . . . . .

II

En una bella tarde del mes de Marzo, bellas como suelen ser á veces bellos los lugares y los días en que acontecen al hombre grandes desgracias, el ejército libertador unido, entraba en la plácida llanura que precede por el norte á la entrada de la deliciosa Talca. A la distancia se dibujaba como una cerca viva, la línea de los bosques que sombrean las orillas del Maule, no ya verde azulado cual suele presentarla el lozano y brillante estío. El otoño esmaltaba la vegetación con sus lánguidos matices, anunciando la decadencia periódica de la naturaleza, y entregando una á una las hojas de que se visten los árboles, al despotismo del invierno, que no gusta de la risueña alegría de las

otras estaciones. Si el *maiten* resiste sus ataques, si á pesar de sus rigores lleva su verde y brillante traje, ¿no será acaso para enseñarnos que, como él en el mundo físico, pueden encontrarse seres en el mundo moral que no ceden á la común desgracia de los tiempos, y se presentan en el día de la regeneración sin el sello del general envilecimiento? Seres privilegiados que viven de su propia esencia, y en cuya corteza embotan los tiros del tiempo, del poder y de las circunstancias.

Los viejos batallones españoles, diezmados ya por los pasados reveses, combatiendo solo por su salvación, perdida toda esperanza de victoria, se retiraban en la presencia de nuestros soldados victoriosos, como se retira el león á quien la gritería de los cazadores aleja del lugar donde pacen los rebaños en que antes hallaba fácil presa.

De día y de noche caminando para asegurarse el paso del Maule, el ejército español fué alcanzado aquella tarde, y pudo escapar todavía al decreto de inevitable destrucción que pesaba sobre su cabeza. Lo hermoso de la llanura había provocado á nuestra caballería á desplegar ostentosamente toda su fuerza. Pudo haberse consumado entonces de un solo golpe la ruina de los valientes prófugos; pero la misma superabundancia de medios hizo inútil el esfuerzo. La confusión se introdujo en las filas, el sol se ocultó entre siniestras barras que rayaban el horizonte, y los españoles entraron en Talca con la desesperación en el alma, pues que el desaliento no cabe en corazones castellanos.

¡Tristes fueron los últimos rayos del sol al despedirse de aquel malogrado día! ¡Fatídicas las rojizas nubes que aguardaban su ausencia para encapotar al cielo! Valientes soldados que malográsteis en aquella tarde el momento propicio amenazando á los leones con el día de *mañana*, vosotros habíais triunfado hasta entonces del valor español; pero no conocíais lo que pueden estos insulares cuando no queda medio humano de salvación. ¡Imprudentes! Nunca se puede estrechar impunemente hasta la desesperación al hijo de la antigua Iberia. ¿Os habíais olvidado de lo que hicieron en Sagunto y Numancia, cuando los cartagineses ó los romanos los asediaron? ¿No habías oído lo que en vuestros días hacian en la triste y gloriosa Zaragoza, cuando el brazo de Napoleón la circundaba, para decir á la Europa indignada: esta España es mía? ¡Ah! ya veréis cómo y en dónde os amanece ese *mañana*, con que les anunciáis su próximo é inevitable fin!

La noche había envuelto la naturaleza y los ejércitos en sus sombras. Los gruesos batallones patriotas ocupaban las posiciones militares, y el cañón se arrastraba en medio de las tinieblas, descubriendo su lento paso por el chirrido de sus ruedas, como la culebra de cascabel que anuncia con sus desapacibles sonajas la muerte que lleva aparejada en su mortífera boca. Inmensos bagajes se apiñaban confusamente á la falda de una colina que alza su cabeza en medio de la llanura. Los edecanes, á caballo, partían á galope desde la

tienda en que flotaba el pabellón tricolor, á llevar órdenes á los capitanes, y el soldado dormitaba sobre sus laureles sin curarse del momento presente, soñando en el combate del día siguiente. Si la luna hubiese arrojado uno de sus inciertos y pálidos rayos sobre este ejército abrumado de fatiga, sentado en línea, con el arma homicida en la mano, hubiérase visto diseñarse en su adusto semblante la amarga sonrisa de la victoria que presagiaba el orgullo insultante del vencedor, y la confianza, compañera inseparable de la juventud y de buena fortuna.

¡Un tiro se oye en los puestos avanzados!... Es sin duda un fusil que se dispara por casualidad, ó bien que el centinela dispara á un bulto que no vió, pero que pretexta haber visto para distraerse de la monotonía de la fatiga. ¡Dos tiros!... Eso es algo. ¡Una descarga!... ¡Arriba! El soldado se incorpora despavorido. Los tiros se suceden, se acercan más y más. Se interrogan todos en silencio. El teniente Deza está de los primeros en la vanguardia, hace esfuerzos inútiles para contener la irresistible fuerza que lo empuja. ¡Vano y desacordado empeño! Era una masa compacta de soldados, erizada de puntas, tocando la espalda de los unos con el pecho de los que le suceden, la muerte en las manos y la desesperación en el corazón. ¡La desesperación de un castellano! Era un torrente de lava descendido de algún volcán. ¡Desgraciados de aquellos que quieran impedir su lenta, silenciosa, pero abrasadora marcha!... Los

puestos avanzados se replegan sobre los vecinos cuerpos, el terror se difunde por todas las filas con la rapidez instantánea de la conmoción eléctrica, helando á un tiempo el corazón de todos. El batallón número 3 de Chile que, por desgracia, se encuentra en su pasaje, es pulverizado; el 8 de los Andes, abandona sus puestos, La obscuridad lo confunde todo, las órdenes no llegan, y la terrible masa española va á descargar al oído del general en jefe su aterrante grito: *¡viva el rey!* como la nube de los trópicos que se avanza en medio del cielo para descargar el rayo que atormenta sus entrañas!...

¿Qué fué entonces de aquél ejército tan erguido qué de aquéllos brillantes trenes, qué de aquellos jinetes temerarios que solían jugarse con las bayonetas enemigas? ¡Ah! Vergüenza de Chacabuco y Quechereguas, Cancha Rayada veis pasar prófugos miserables que no habían sentido caérseles el fusil de las manos! Artillería, equipos inmensos, honor y gloria, todo quedó en poder del que un momento antes excitaba compasión. El camino de Santiago era estrecho para contener la aterrada y confusa turba de infantes, jefes, generales y caballos que huían despavoridos, atropellándose brutalmente, sin sentir la vergüenza de su fuga, sin volver los ojos hacia atrás. ¡Insensatos! ¿No sabéis que los hechos históricos se escribieron siempre bajo el dictado parcial de la victoria? Chacabuco será de hoy más un pequeño encuentro, en que se os dejó cebaros para engañar vuestra juve-

nil fogosidad, para haceros caer después en el torpe lazo que os tendían; y los rumores populares culparán hasta ahora á vuestros jefes de haber disipado en la algazara de un festín los momentos consagrados á la vigilia. La desgracia del fuerte aguza el diente de la calumnia. ¿Fuísteis vencidos? Erais, pues, culpables. Tales son los juicios de los pueblos!

El sol que aparecía ansioso de alumbrar aquel *mañana* prometido á la victoria, ¡qué escena humillante venía á presenciar! ¡Pero cuántas máscaras no cayeron en aquella nocturna confusión! ¿Dónde estaban aquellos lucidos campeones que se habían encargado de traer encadenados al carro triunfal á los enemigos de la patria, para ostentar su propia gloria y la ajena humillación en la entrada triunfal que habían prometido á la gozosa Santiago? ¿Dónde?... En el caos, en la ignominia, en la más espantosa confusión; y tal jefe que hasta ayer era el verdugo del soldado, y el terror, y el objeto del odio del ciudadano indefenso, por sus demasías y su insoportable orgullo, veíasele ahora implorando cobardemente la protección del tambor, y mendigando humilde la participación del escaso pan del soldado. ¡Triste metamorfosis que haría dudar la connatural dignidad del hombre, si algunos esfuerzos sobrehumanos y tal cual proeza heroica no deslumbrasen con su brillo y cubriesen estas obscuras escenas!

¿Hay acaso entre las profundidades insondables del corazón humano, un instinto sin nombre

todavía, que le hace exagerar su propia desgracia, y cerrar las avenidas á la esperanza, para recrearse en lo horroroso de sus sufrimientos? ¿La solicitud que lo devora de comunicar tristes y aciagas nuevas, nace de su gusto de ver padecer á sus semejantes, ó de un impulso dado á su alma para la conservación de la especie? La noticia del desastre que hacía inútil y derrisoria la sangre derramada en Chacabuco, llegó por un telégrafo de terrores á la malaventurada Santiago, que no había saciádose todavía de goces y preparaba nuevas fiestas para derramar la dicha en que rebosaba. La repentina aparición de Aníbal á las puertas de Roma indefensa, las llamaradas de los pueblos incendiados que señalaban el camino que traía Atila, ó la vista del espantoso abismo de la *vorágine* que hace rondar en torno de su boca espumosa á la nave irresistiblemente atraída por su remolino, no causaron espanto igual al que heló á Santiago al escuchar atónita la infausta noticia.

El terror, cual moral epidemia, cunde con horrorosa rapidez con el aire que se respira, é iguala en pocas horas á la mujer tímida y al patriota esforzado; y el invencible soldado que desafió la muerte en cien combates, no atina á desembarazarse de este sortilegio, que encadena su corazón, su valentía y sus miembros. En vano sería buscar entre los estragos del general contagio, aquellas cabezas fuertes á las que no marcan las grandes desgracias, y que la naturaleza misma coloca al frente de los pueblos. El silencio estúpido, el mirar

desencajado, el ronco gemido de la desesperación, y el movimiento convulso y sin objeto, fueron los primeros terríficos síntomas de la mortal epidemia. Todos abandonaban maquinalmente el asilo doméstico, impulsados por un genio maléfico que los botaba á la calle, á vagar sin dirección, á preguntar á los transeuntes lo que ya sabían, á referir á los amigos y á los indiferentes lo que nadie quisiera escuchar. La naturaleza había embotado sus afectos, la moral olvidaba sus dictados, la decencia sus límites; la necesidad y la ocasión no tentaban al crimen; la propiedad yacía resguardada por su propia inutilidad, y la fuerza individual recobraba el imperio que las costumbres y las leyes habían abdicado. Todos, en fin, obraban como si la sociedad fuese á disolverse, y sus miembros intentasen dispersarse en los bosques á llevar la vida salvaje.

Partidas de dispersos reanimaban el terror y la alarma por todas partes, y el siniestro aviso se repetía de minuto en minuto, del incontinenti arribo de los enemigos. ¡Cuántos de los que ahí viven tranquilos, en medio de los goces de la paz, examinaron entonces acongojados las palabras que habían soltado, los movimientos de entusiasmo á que se habían abandonado, para presentarlos debidamente en el duro examen que aguardaban! ¡Cuáles otros maldecían el día que, por primera vez, se dijo Patria, y cuales se arrastraban ante el realista á quien un momento antes habían denunciado ante las autoridades! ¡Alguien hubo que creía

ver la airada y sangrienta sombra de San Bruno, señalando con el dedo las víctimas que debían serle inmoladas!

El aullido lastimero del mastín, el llanto del niño abandonado por la madre despavorida, las súplicas llorosas de la niña virginal que solicitaba el amparo del primer hombre que se presenta á sus ojos; la reyerta por arrebatarse un caballo, y el murmullo confuso, y las imprecaciones impías que arrastraba el aire, no bastaron á descubrir todos los horrores de la desesperación de un pueblo. El sol de Marzo despedía en tanto sus templados y pálidos rayos, y el ruído sordo de las hojas medio secas que removía el viento, bastaban á imponer silencio, y hacer abandonar los preparativos de la fuga.

. . . . . .

IV

La terrible irrupción de Cancha Rayada le dejó, por desgracia de aquella noche, en uno de sus flancos, y los hondos surcos que en las masas españolas abriera el fuego mortífero de sus batallones, fueron el terrible adiós con que se despidió de aquel campo en que la resistencia era ya inútil; y el reto con que el caballero de la libertad aplazara para un otro día la sentencia, por medio del juicio de Dios, entre la América y la España,

entre la independencia y la esclavitud. Era fuerza retirarse, y el camino de Lircai iba más derecho, si bien los peligros eran en él más inminentes. 3.500 bravos seguían sus órdenes que no sus pasos, porque él marchaba el último de todos. ¡Desgraciado el soldado que se separase un paso de la columna cerrada en que se retiran formados! ¡Desdichado de aquél que se detenga á aplacar la sed, que el cansancio y el polvo estimulan! La muerte ha sido colocada por el jefe en todas partes, y ronda en torno de la sagrada columna que guarda el *paladium* de Chile. El soldado marcha en silencio, y solo se oye el paso acompasado de los batallones, mezclado el ronco gruñido del cañón que Blanco Encalada arrastra penosamente. ¡Por qué no gritaron alarma estos cañones cuando pasaban por su frente los que vencían en Cancha Rayada! No se oían ya aquellos cantares tristes y plañideros que el soldado del Plata había aprendido, de los descendientes de los incas, en las guerras del Alto Perú, allá donde tristes recuerdos y tributo ignominioso, han enervado el alma de los que antes fueron libres, y hoy ni el deseo tienen de serlo, por no recoger la libertad que les arrojan por la cara los descendientes de sus antiguos opresores; ni hacía vibrar las hojas de las selvas chilenas, ni estremecía las hondas cavidades de las montañas, aquella canción rival de la Marsellesa con su grito sagrado *¡Libertad! ¡libertad! ¡libertad!* repetido como el eco de cien pueblos, como las plegarias dirigidas al Ser Supremo, ó co-

mo se repite en nuestra mente la idea que nos domina, el símbolo de nuestras convicciones profundas; ni el aire traía dulcemente al oído, como el de las arpas eolias, los apagados y lánguidos gemidos de la vihuela que anima las horas tristes del soldado americano, trayéndole con sus melodías recuerdos de la vida de las ciudades y sus delicias. ¡Ay! Las balas enemigas habían enmudecido sus cuerdas. La inesperada desgracia de aquella noche infausta, la horfandad de la patria, la incertidumbre del porvenir, y más que todo las severas órdenes, pesaban sobre los labios de todos como un sello de plomo. Y el sol en Quechereguas vino á alumbrar al fin esta masa silenciosa que, á favor de sus albores, empezaba á reconocerse, y á echar de ver entre sus filas caras desconocidas y uniformes de legiones extrañas. Las calladas miradas del soldado saludaron, con la venida del día, al heroe que lo conducía; y bien pudiera leerse en su semblante pálido por la fatiga, la rabia del valiente, la conciencia de una alta misión y la expectación de un día de venganza. Diez y ocho leguas de penosa y triste marcha reclamaban un momento de reposo; y mientras el fatigado infante se arroja en tierra para reparar las agotadas fuerzas, tres becerras que por acaso pacían en las praderas inmediatas, sirven á saciar con trágica igualdad el hambre de 3.500 hombres. Los mitos griegos que hacían descender á sus heroes de estirpe divina, encubrían entre ficciones la certidumbre de que algo de sobrehumano hay en

el corazón de estos tipos de la grandeza y elevación del hombre.

Se dice que viendo en un grupo de jinetes uno de aquellos viejos soldados que desde el año diez hacían frente á los enemigos, se acerca á él, y asiéndole bruscamente del bigote: "¿Dónde huyes, le dice, iluso mas bien que cobarde, pues te conocí valiente donde quiera que conmigo peleaste? ¿Es nuevo acaso para los soldados de la patria encontrar desastres donde laureles solo presagiaban? ¿No fuísteis vencido en Huaqui, Vilcapugio, Ayohuma y Aconcagua, y no has triunfado en Tupiza y Cotagaita, en Tucumán y San Lorenzo, en la Guardia y en Chacabuco? La desgracia forma al soldado, y la libertad fué siempre sostenida por la constancia, que la victoria abandona con pesar á los opresores. Vuelve, pues, al puesto que te señaló tu patria; no lleves más allá de los Andes la transitoria humillación de nuestras armas, y los españoles nos encontrarán luego terribles como republicanos, indomables como la libertad que defendemos."

El tambor bate de nuevo la marcha, y la fatiga, el hambre, la sed y el cansancio aguzan de nuevo sus dardos, y martirizan con su aguijón insoportable la heroica resignación del soldado. Mas la hospitalaria compasión, que habita solo en los campos, despierta el adormecido patriotismo del rústico labrador; y sea este último sentimiento, sea pura lástima que le inspira la vista de tantos sufrimientos, él ofrece á la movible columna el

tosco pan que estaba preparado para su familia, y entrega el rebaño que hacía hasta entonces su módica fortuna.

San Martín recibía el feliz anuncio de la gloriosa retirada cuando en sus oídos resonaban los gritos de la aflicción de la patria, y creía oir á los pueblos argentinos, que le habían confiado á sus bravos, repetirle los acentos de la desesperación romana: ¡Varo, devuélveme mis legiones!

El astuto soldado creyó despertar de un sueño horroroso, él, que se había constituído responsable ante la América y el siglo, de la suerte de Chile, él, que había desertado de la España para trasmitir á sus compatriotas las artes de la guerra que había aprendido combatiendo las águilas imperiales! ¡No! nunca vivas y aclamaciones de ejército hirieron más dulcemente el oído del emperador guerrero en la exultación de Austerlitz, como vibraron en el corazón del jefe que había sido desgraciado sin culpa, las gozosas salutaciones que le dirigiera este reducido grupo de valientes, al presentarlo al impertérrito Las Heras al frente de sus batallones. El ejército recibía de nuevo la inspiración del jefe; éste leía escrito en el semblante de sus soldados el detalle sangriento de una próxima victoria.

. . . . . .

V

Santiago, una vez vuelta así misma, se manifestó grande en su aflicción, como la malaventurada Cartago, cuando le fué revelado el horrible anatema que los celos de su rival victoriosa habian fulminado contra ella; y los prodigios que obró el genio y el patriotismo en los cien días malogrados en Waterloo, se repitieron aquí por un pueblo entero, para que Chile pudiese un día llamarse nación libre é independiente, por la razón ó la fuerza. Los preparativos para un combate se precipitan, las falanjes se rehacen, Abril sucede al desgraciado Marzo, y el viento helado del polo trae el ruido de los pasos del enemigo, y el sordo murmullo de amenazas de los vencedores. ¡Españoles! ¡españoles! ¡no olvidéis que los vencidos son vuestros hijos! ¡No los reduzcáis á la desesperación!

El 4 de Abril el ejército libertador unido, habíase parado en las encrucijadas de los caminos para ofrecer un paso de armas, y batirse á muerte con el que Cancha Rayada había tanto ensoberbecido. En Chacabuco era simplemente el ejército de los Andes; mas ahora es ya otro. ¿Quién ha venido á engrosar sus filas? ¿Quiénes son los héroes que se han brindado á esta unión fraternal, para arrostrar los mismos peligros y acometer los mismos

trabajos? Chile se ha mostrado antes semejante á aquél, á quien ladrones alevosos han despojado de sus bienes, y que busca y encuentra el auxilio del hermano, su vecino, que nunca cerró los ojos para no ver desdichas, ni se tapó los oídos con las manos para no escuchar los gemidos del hermano oprimido; Chile vino á Chacabuco á señalar con el dedo y mostrar á su protector armado los raptores que lo habían despojado; pero en Maipo, Chile vuelto á su casa y en el goce de sus propiedades, se unía á sus serviciales amigos, y les prodigaba los medios de perseguir y castigar á los culpados. Sangre chilena y argentina correría mezclada en adelante, juntos irían á rescatar á otros hermanos, su suerte quedaba unida para siempre, sus glorias y sus quebrantos serían comunes. ¡Ojalá que no llegue un día en que Chile diga tranquilamente desde su casa, á su antiguo hermano de armas, cuando lo vea postrado ante un monstruo que la humanidad, la civilización y la moral proscriben: tus desgracias, hermano, me compadecen, creedme!...

El 5 de Abril amaneció para Chile, y pasadas algunas horas de movimientos estratégicos, los ejércitos midieron sus mortíferas armas. La historia contará asombrada lo que chilenos, argentinos y españoles, hicieron en aquel día. Yo sólo añadiré que todos sabían que Maipo era el último campo de batalla, y que la muerte, las cadenas ó la victoria, eran los únicos senderos por donde valientes y cobardes podían abandonar la arena;

que nuestros soldados, unidos al presentarse en ella, no tenían ya aquella arrogante seguridad que inspiran los triunfos repetidos; que en sus semblantes estaba pintada la tranquilidad del heroísmo, y la protesta de no sobrevivir á la desgracia de sus armas, cubriendo en mares de sangre la tumba de la libertad de Chile.

Os diré, sino lo sabéis, que en la orden que disponía la colocación de los cuerpos para el combate, se prevenia á los jefes que, en el momento de la acción, luego que viesen enarbolar el pabellón nacional de Chile y una bandera blanca, cargasen á la bayoneta y sable en mano al enemigo que tuviesen al frente. ¡Ay de los españoles, si la bandera blanca flota en el aire un momento! ¡Ay de los que sean en Maipo vencidos!

Yo os diré, por fin, que el mortífero cañón estuvo vomitando la muerte horas tras horas; que batallones enteros fueron segados de la haz de la tierra, por la metralla y las despiadadas lanzas; que millares de bayonetas se envainaron en pechos humanos, y el sable brilló mucho tiempo en los aires y abrió anchas é insanables heridas; que la humanidad y la compasión se alejaron llorando de esta carnicería espantosa, donde los moribundos se arrastraban por el sangriento fango, á ultimar á los moribundos enemigos; que Santiago arrodillada, las manos elevadas al cielo, oraba al Dios de los ejércitos por la salvación de la patria. ¡Madres y esposas que desde la vecina Santiago creíais oir en cada una de las detonaciones

lejanas que herían vuestros oídos, el último gemido que exhalaban vuestros hijos y esposos, muchos murieron allí que dejaron en la distante patria, viudas sin amparo, madres sin hijos, hijos sin padres!

Y si por acaso preguntan qué bienes duraderos obtuvo la república hermana que derramó sangre y prodigó sus tesoros en sostén de los grandes principios que la revolución había proclamado, llevando su auxilio y sus soldados á todas partes donde había enemigos que combatir y pueblos hermanos que favorecer, y qué ventajas legó á sus hijos, en cambio de los fraternales sacrificios que con tanta solicitud y ardor hizo por las otras repúblicas, decidles que ella obtuvo al fin un tirano que la castigase de haber destruído tantos tiranos; que por la libertad que dió á otros pueblos, á ella le cupo la esclavitud más horrible, más humillante y más inaudita que han presentado los tiempos modernos; que cuando los estados vecinos no la necesitaron, se olvidaron de ella, y la dejaron sucumbir á impulsos de la barbarie y los delitos. Decidles, en fin, lo que el general San Martín después de la batalla de Chacabuco: "al ejército de los Andes queda para siempre la gloria de decir: en veinticuatro días hemos hecho una campaña, pasamos las cordilleras más elevadas del globo, concluímos con los tiranos, y dimos la libertad á Chile".

(*Tomo I, págs. 28, 35 y 39*)

LOS MINEROS

(*Nacional*, de 14 de Abril de 1841)

Hay en el seno de las sociedades americanas, una clase excepcional de hombres con un traje, ocupaciones, ideas y costumbres peculiares. Las leyes que los rigen forman un código aparte, y su contacto con la sociedad ordinaria, es menos frecuente que el del marinero, que baja á tierra en los intervalos de reposo que median entre las diversas expediciones de su bajel.

El minero reside en medio de los áridos riscos que ocultan los veneros metálicos, por lo común á distancias muy largas de toda habitación humana, rodeado de una naturaleza salvaje y adusta, en las soledades de los cerros, cuyo silencio solo interrumpen los prolongados y mil veces repetidos ecos que responden al estampido trémulo del *tiro*, con que hace volar los peñascos, y que en las hondas y tortuosas excavaciones de las minas, toma un sonido más pavoroso que el del cañón, que se oye detonar á la distancia. Privado de todos los goces de la vida de las poblaciones, sumido en las entrañas de la tierra, luchando con

la naturaleza, marchando sobre abismos, donde á cada paso puede sepultarse, familiarizado por el peligro que le asedia á toda hora, y lejos del contacto de la mujer, que suaviza las penas de la vida, el carácter del minero participa de la naturaleza dura y sombría que le rodea, su corazón se niega y se cierra á toda emoción tierna, sus pasiones toman un tinte más fuerte, y su alma se embrutece y pierde toda su elasticidad.

Sus ideas en moral no son menos extrañas y singulares; y nada es más cierto, por más que ello parezca exagerado, que no tiene conciencia del robo, de que lejos de avergonzarse, se vanagloria allá entre sus compañeros, y aun ante sus patrones mismos, con tal que esté seguro de la impunidad. El robo de los metales preciosos, cualquiera que sea su cantidad y su valor, es reputado como una regalía, y como un gaje de su profesión. Familiarizado con la vista de los tesoros que explota para enriquecer con ellos á otro más afortunado, á quien solo le cuestan las diligencias judiciales de *un pedimento,* y quien acaso ayer fué su compañero de trabajo, no se hace escrúpulo de participar con el convencional propietario, de los bienes que la naturaleza prodiga á ciegas, y que solo á él le cuestan sudores y fatigas.

Con un trabajo físico que sin exageración sobrepasa todo otro esfuerzo humano, contando siempre con su sueldo y sus gajes eventuales, y sin ninguno de los goces de la sociedad, necesita de conmociones fuertes para gustar la existencia,

y el juego es por este principio su diversión favorita. Si por fortuna baja á las ciudades á recibir el precio de un futuro año de privaciones y trabajo, la embriaguez, las prodigalidades garbosas, y las debilidades compradas del sexo, le dejan en dos días exhausto de goces y de medios, encaminándose de nuevo á su *faena,* á someterse á la dureza del género de vida que allí se sobrelléva; pero que dulcifica por algún tiempo el recuerdo del brillante y momentáneo paréntesis que le ha precedido, y que hace un contraste tan fuerte con la monotonía normal de su existencia. Sus veladas las pasa reunido á sus compañeros en torno del fogón, que sirve de lumbre, refiriendo ó escuchando historias tristes de asesinatos, en que no pocas veces se ha visto implicado, ó bien deleitándose con los recuerdos de las orgías, en que se ha hartado de goces y de vino; porque todo aquello que en la sociedad es reputado criminal y deshonroso, se presenta á los ojos del minero con un ropaje menos repulsivo.

Carece de religión, y de ella no comprende sino muy vagamente, algunas verdades muy triviales, pero intermezcladas con las supersticiones más absurdas y más groseras. Repetidas veces se ve al *apir* que avienta el trigo con que condimenta el alimento de que se mantienen los mineros, llamar al viento con un especial silbido, triste y misterioso; mirar en torno suyo, como si buscase un ente visible, repetir sus silbos, aguardar un momento y continuar la tarea cuando se imagina que el ai-

re obedece á su llamado. Más viva fe que en Dios mismo, tiene en la aparición de las almas que suelen, en medio del silencio profundo de la noche, hacer rodar *los desmontes,* ó dar el hondo y seco quejido con que el *apir* acompaña la descarga del *capacho;* y no hay un viejo minero que muchas veces en su vida, no haya visto asomarse á la boca de una mina antigua, el fantasma de algún *barretero* que arroja fuera su herramienta, haciendo resonar los inmediatos cerros con el sonido plañidero de los hierros, y cuyos huesos se encuentran después en el fondo de una *labor aterrada,* por el desplomamiento del cerro que apretó al infeliz trabajador.

Con traje y habitudes especiales, tiene un fuerte espíritu de cuerpo que le adhiere tenazmente á sus usos y á sus compañeros, por quienes está siempre dispuesto á tomar parte, siendo rarísimo que alguno de ellos sea infiel á las doctrinas de su corporación, vendiendo un robo ó denunciando un complot criminal. Con una vida é ideas semejantes, el minero es un ser indomable, corrompido por principios y por hábito, no conociendo de la sociedad sino lo que tiene de más degradante é innoble. Disimulado, por la necesidad de encubrir sus diarias rapiñas, vengativo por la dureza de su carácter, no reconoce freno que contenga sus pasiones, una vez que las contradicciones del juego, la borrachera ó la necesidad las irritan; y á cada momento está dispuesto á sublevarse contra todo obstáculo, seguro de encontrar solícito y cordial apoyo en sus compañeros.

(*Tomo I, pág. 42*)

REMINISCENCIA DE LA VIDA LITERARIA

(Nueva revista de Buenos Aires, 1881)

. . . . . .

II.

Quiero contar cómo se sostenían aquelas polémicas puramente literarias á veces, y cómo se apasionaban las poblaciones siguiendo las peripecias de duelos en que corría mucha tinta, y entre galicismos y barbarismos se cruzaban excelentes y buenas ideas.

Estaba establecida mi reputación de escritor en Chile, gracias á un magnífico artículo de entrada en escena, al favor de un ministro de mucho poder, y á la lisura y franqueza de decir todo lo que le viene á uno al magín y baja á la punta de la pluma, pues que si no es tonto, ó demasiado ignorante ó fátuo, y con tal que tenga su chispa de ingeniatura, ha de salir bien por fuerza el que tenga las dotes naturales. Pero el favor público y oficial, la infatuación producida por situación tan nueva, inspiraban al escritor novel audacias que se hacían al fin intolerables, á las gazmoñas

una vez por alguna burla, á los clérigos por alguna alusión poco piadosa, al país, en fin, por las razones que cada zote tiene de hallar el suyo irreprochable, y muy impertinente al extranjero que pretenda que es posible que se parezca á tantos otros.

La juventud universitaria se sentía ajada con la idea de incapacidad nacional que argüía el ser argentinos todos los escritores; bien es verdad que muchos reputados literatos, tenían á menos escribir para diarios... ¡Folicularios!

Ocurría esto por los tiempos aquellos en que llegaba á Chile la primera oleada del romanticismo; y que con pasaderos actores, el teatro repetía el *Hernani,* el *Podestá de Padua,* y las demás piezas de Víctor Hugo. Reinaba á la sazón en las aulas de la universidad, Hermosilla, purista español y enemigo jurado del galicismo, como ferviente adorador de los tres unidades, etc.; y tales enormidades debimos enjaretar, López que no creía en Cervantes, y yo que hallaba á Larra mejor que á Moratín, en favor del drama y de la escuela romántica y contra la gramática, que no pudieron llevarlo con paciencia los que de entendidos se preciaban; y doce literatos, ni uno menos de doce, se pasaron la palabra para vengar tanta afrenta, y produjeron á escote entre los alaridos de la montaña... *El Semanario de Santiago,* con el resuelto propósito de acabar con la cuyana chocarrería y poner á buen recaudo á los tales románticos de allende y de aquende, conservando en su no eclipsada fama á los Moratines y demás plagiarios del empíreo clásico.

Todavía me acuerdo del alborozo con que me aparecí en casa de Vicente López, que departía en el patio con Miguel Piñero, alzando en alto un papel, diciendo á gritos y á saltos: ¡tenemos fiesta! Un periódico nuevo contra nosotros, que escriben Talavera, Tocornal, Sanfuentes, Lastarria, Bello hijo, etc., etc., hasta doce!

¡Un periódico contra nosotros... y los románticos! A Piñero que se reía á carcajadas de mis muecas: ¡chut! le repetía yo, ¡no nos espante la caza! Les vamos á dar una sableada. López desde la *Gaceta* de Valparaíso (que redactaba), vendra detrás con la gruesa artillería, las carronadas, los razonamientos, las citas de autores y demás, mientras que yo, desde el *Mercurio*... déjenmelos á mí guerrillarlos todos los días, y ya verá usted el desparramo que vamos á hacer.

Y manos á la obra. Nada más cortés ni más salamero que el artículo del *Mercurio* (no había diarios en Santiago), aplaudiendo la aparición oportuna y necesaria, que ya se hacía esperar demasiado, de una publicación *hebdomadaria*, escrita en lenguaje castizo y correcto por la ilustrada juventud chilena... (¡ah, pícaros! decía yo, mientras escribía estos cumplidos, ¡ya me las pagarán!).

En efecto, en el segundo número se les escapó decir: escritores extranjeros, y aun me parece que famélicos, hablando sin el debido respeto de Víctor Hugo y comparsa romántica... ¡Ira de Dios! Todavía siento sabrosa la mano que movió

aquella vengadora pluma! ¡Qué tunda! ¡Y qué iniquidad á la vez!

Figúrense ustedes que ellos daban el sábado un artículo que había pasado tres veces por la criba, y se publicaba con *licencia del ordinario,* como los antiguos libros, mientras que el *Mercurio* se les dormía desde el lunes de una pieza hasta el sábado que salía el nuevo número del *Semanario* ya todo cariacontecido y abollado, y con el brazo en guardia para los nuevos zurriagazos que se aguardaba.

El *Mercurio* era una especie de revólver, tum... tum... tum... seis tiros á la semana.

Estos artículos, no habiendo diario en Santiago, ¡oh témpora! llegaban de Valparaíso, y despertado el interés por el primero, al día siguiente llegaba un segundo más incisivo, seguido de otro más contundente.

El efecto era desastroso. En una antigua casa de la plaza de armas del lado del este, que fué después imprenta del *Progreso,* y es hoy un palacio mansardé corrido, estaba la oficina de correos, y el de Valparaíso llegaba á las siete de la mañana travendo el *Mercurio.*

Toda persona que sentía rebullirse allá en sus adentros el patriotismo chileno, que es un patriotismo asaz reacio, acudía á esa hora al correo, y desde mi balcón (recoba del sur) como en territorio extranjero y con anteojo de largo alcance, podía divisar la mancha negra con puntos blancos de gente devorando, que no leyendo, el recién llegado *Mercurio.* ¡Qué crispaciones de nervios!

¡qué sacudidas á guisa de protesta, y amenazas de hacer pedazos al sarcástico diario! Uno de los Viales vino á decirme de parte de don Manuel Montt, el ministro—dígale que si está en su juicio, que las piedras bailan por las calles.—Y en efecto, bailaban los guijarros del empedrado de puro patriotas! Pero era el caso que cuando llegaba á Santiago impreso el artículo improbado, ya iba en camino otro; y que se estaba á la sazón imprimiendo otro en Valparaíso, del mismo jaez y catadura de la tropilla; y no se había inventado aún el telégrafo para decirles: ¡bárbaros! no publiquen el tercero, que me va á matar .

Agregábase á la fatalidad de las distancias para mal de mis pecados, la presencia en Valparaíso de un literato granadino, que gustaba apasionadamente de aquellos escritos y se levantaba á las siete para ir á leer de primera mano en la imprenta los manuscritos recién llegados, y reirse á más y mejor de las diabluras que contenían. Llega mi carta á Rivadeneira pidiendo por gracia que suprimieran tal ó cual frase que dejaba presentir desde Santiago el efecto de una carda sobre el cutis de mis clásicos contendientes en particular y del público santiaguino en general, que nada entendía de la materia de la disputa; pero el granadino decía:—yo cargo con la responsabilidad de conservarla tal como está. No hay que tocar el manuscrito. Toda la sal del cuento está en esa palabra, ó frase que quiere suprimir.—¡ Y yo en Santiago esperando á mi vez la llegada del *Mer-*

curio! y entre trances y agonias, abriéndolo cautelosamente, desdoblándolo, y llegando con mirada furtiva á la columna del diario más ó menos donde debía estar la malaventurada frase, y... ¡oh, horror! y ahí estaba, íntegra, tangible, brillante por su brutal oportunidad.

¡Ah! ¡no sé como no me morí esos días á fuerza de sustos! ¡Y, sin embargo, lo que son las cosas de este mundo! al tercer día estaba furioso todo Santiago; al cuarto empezaba á aburrirse de estar enojado; al quinto una ligera sonrisa desarrugó algunos mustios y sañudos semblantes, y tantas desvergüenzas les dijo á los literatos chilenos el *Mercurio,* y tan bien fundadas eran sus razones, que el público sensato acabó por reirse, y cuando *les rieurs* están de vuestro lado, el pleito está ganado. Santiago acabó por celebrar la invención, el chiste, las burlas á clásicos, Moratines castizos, puristas y Hermosillas. La victoria quedó por los cuyanos, disipándose el sanhedrín de los doce apóstoles, á quienes no fué dado por entonces el don de lenguas, quedándose con la suya pegada; y anunciando que se iban á tomar los baños al campo, cada uno por su lado, con lo que acabó el *Semanario,* después de haber vivido lo que viven las rosas; doce números. Nunca se habló más de él.

(*Tomo I, pág. 331*)

RECUERDOS DE PROVINCIA

HISTORIA DE MI MADRE

. . . . . .

La posición social de mi madre estaba tristemente marcada por la menguada herencia que había alcanzado hasta ella. Don Cornelio Albarracín, poseedor de la mitad del valle de Zonda y de tropas de carretas y de mulas, dejó después de doce años de cama, la pobreza para repartirse entre quince hijos, y algunos solares de terrenos despoblados. En 1801 doña Paula Albarracín, su hija, joven de veintitrés años, emprendía una obra superior, no tanto á las fuerzas, cuanto á la concepción de una niña soltera. Había habido en el año anterior una grande escasez de anascotes, género de mucho consumo para el hábito de las diversas órdenes religiosas, y del producto de sus tejidos reunido mi madre una pequeña suma de dinero. Con ella y dos esclavos de sus tías Irarrazabales, echó los cimientos de la casa que debía ocupar en el mundo al formar una nueva familia. Como aquellos escasos materiales eran pocos para obra tan costosa, debajo de una de las higueras que

había heredado en su sitio, estableció su telar, y desde allí, yendo y viniendo la lanzadera, asistía á los peones y maestros que edificaban la casita, y el sábado, vendida la tela hecha en la semana, pagaba á los artífices con el fruto de su trabajo. En aquellos tiempos una mujer industriosa, y lo eran todas, aun aquellas nacidas y criadas en la opulencia, podía contar consigo misma para subvenir á sus necesidades. El comercio no había avanzado sus facturas hasta lo interior de las tierras de la América, ni la fabricación europea había abaratado tanto la producción como hoy. Valía entonces la vara de lienzos crudos hechizos, ocho reales los de primera calidad, cinco los ordinarios, y cuatro reales la vara de anascote dando el hilo. Tejía mi madre doce varas por semana, que era el corte de hábito de un fraile, y recibía seis pesos el sábado, no sin trasnochar un poco para llenar las canillas de hilo que debía desocupar al día siguiente.

Las industrias manuales poseídas por mi madre son tantas y tan variadas, que su enumeración fatigaría la memoria con nombres que hoy no tienen ya significado. Hacía de seda suspensores; pañuelos de mano de lana de vicuña para mandar de obsequio á España, á algunos curiosos, y corbatas y ponchos de aquella misma lana suavísima. A esas fabricaciones de telas se añadían añasjados para albas, randas, miñaques, maltas, y una multitud de labores de hilo que se empleaban en el ornato de las mujeres y de los paños sagrados.

El punto de calceta en todas sus variedades y el arte difícil de teñir, poseyólo mi madre á tal punto de perfección, que en estos últimos tiempos se la consultaba sobre los medios de cambiar un paño grana en azul, ó de producir cualquiera de los medios tintes obscuros del gusto europeo, desempeñándose con tan certera práctica, como la del pintor que tomando de su paleta á la ventura colores primitivos, produce una media tinta igual á la que muestra el modelo. La reputación de omniscencia industrial la ha conservado mi familia hasta mis días; y el hábito del trabajo manual, es en mi madre parte integrante de su existencia. En 1842, en Aconcagua, la oimos exclamar: ¡esta vez es la primera de mi vida que me estoy mano sobre mano! y á los setenta y seis años de su edad, es preciso para que no caiga en el marasmo, inventarla quehaceres al alcance de su fatigada vista, no excluyéndose de entre ellos, labores curiosas de mano de que hace aún adornos para enaguas, y otras superfluidades.

Con estos elementos la noble obrera se asoció en matrimonio, á poco de terminada su casa, con don José Clemente Sarmiento, mi padre, joven apuesto, de una familia que también decaía como la suya, y le trajo en dote la cadena de privaciones y miserias en que pasó largos años de su vida. Era mi padre un hombre dotado de mil cualidades buenas, que desmejoraban otras, que sin ser malas, obraban en sentido opuesto. Como mi madre, había sido educado en los rudos trabajos de la

época, peón en la hacienda paterna de la *Bebida*, arriero en la tropa, lindo de cara, y con una irresistible pasión por los placeres de la juventud, carecía de aquella constancia maquinal que funda las fortunas, y tenía, con las nuevas ideas venidas con la revolución, un odio invencible por el trabajo material, ininteligible y rudo en que se había criado. Oíle decir una vez al presbítero Torres, hablando de mí: ¡oh, no, mi hijo no tomará jamás en sus manos una azada! y la educación que me daba, mostraba que era esta una idea fija nacida de resabios profundos de su espíritu. En el seno de la pobreza, criéme hidalgo, y mis manos no hicieron otra fuerza que la que requerían mis juegos y pasatiempos. Tenía mi padre encogida una mano por un callo que había adquirido en el trabajo; la revolución de la independencia sobrevino, y su imaginación fácil de ceder á la excitación del entusiasmo, le hizo malograr en servicios prestados á la patria, las pequeñas adquisiciones que iba haciendo. Una vez en 1812 había visto en Tucumán las miserias del ejército de Belgrano, y de regreso á San Juan, emprendió una colecta en favor de la madre patria, según la llamaba, que llegó á ser cuantiosa, y por sugestión de los godos, fué denunciada á la municipalidad como un acto de expoliación. La autoridad, habiéndose enterado del asunto, quedó de tal manera satisfecha, que él mismo fué encargado de llevar personalmente al ejército su patriótica ofrenda, quedándole desde entonces el sobrenombre de Madre Pa-

tria, que en su vejez fué origen en Chile, de una calumnia con el objeto de deslucir á su hijo. En 1817 acompañó á San Martín á Chile empleado como oficial de milicias en el servicio mecánico del ejército, y desde el campo de batalla de Chacabuco, fué despachado á San Juan llevando la plausible noticia del triunfo de los patriotas. San Martín lo recordaba muy particularmente en 1847, y holgóse mucho de saber que era yo su hijo.

Con estos antecedentes, mi padre pasó toda su vida en comienzos de especulaciones, cuyos proventos se disipaban en momentos mal aconsejados; trabajaba con tezón y caía en el desaliento; volvía á ensayar sus fuerzas, y se estrellaba contra algún desencanto, disipando su energía en viajes largos á otras provincias, hasta que llegado yo á la virilidad, siguió desde entonces en los campamentos, en el destierro ó las emigraciones, la suerte de su hijo, como un ángel de guarda para apartar si era posible los peligros que podían amenazarle.

Por aquella mala suerte de mi padre y falta de plan seguido en sus acciones, el sostén de la familia recayó desde los principios del matrimonio sobre los hombros de mi madre, concurriendo mi padre solamente en las épocas de trabajo fructuoso con accidentales auxilios; y bajo la presión de la necesidad en que nos criamos, ví lucir aquella ecuanimidad de espíritu de la pobre mujer, aquella resignación armada de todos los medios industriales que poseía, y aquella confianza en la

Biblioteca

Providencia, que era solo el último recurso de su alma enérgica contra el desaliento y la desesperación. Sobrevenían inviernos que ya el otoño presagiaba amenazadores por la escasa provisión de miniestras y frutas secas que encerraba la despensa, y aquel piloto de la desmantelada nave, se aprestaba con solemne tranquilidad á hacer frente á la borrasca. Llegaba el día de la destitución de todo recurso, y su alma se endurecía por la resignación, por el trabajo asiduo, contra aquella prueba. Tenía parientes ricos, los curas de dos parroquias eran sus hermanos, y estos hermanos ignoraban sus angustias. Habría sido derogar á la santidad de la pobreza combatida por el trabajo, mitigarla por la intervención ajena; habría sido para ella pedir cuartel en estos combates á muerte con su mala estrella. La fiesta de San Pedro fué siempre acompañada de un espléndido banquete que daba el cura nuestro tío, y sábese el derecho y el deseo de los niños de la familia á hacer parte de la estrepitosa fiesta. No pocas veces el cura preguntaba ¿y Domingo que no lo veo? ¿y la Paula?... y hasta hoy sospecha que esta dolorosa ausencia, era ordenada é hija de un plan de conducta de parte de madre. Tuvo mi madre una amiga de infancia de quien la separó la muerte á la edad de 60 años, doña Francisca Benegas, última de este apellido en San Juan, y descendiente de las familias conquistadoras, según veo en el interrogatorio de Mallea. Una circunstancia singular revelaría sin eso, la antigüedad de aquella fami-

lia que, establecida en los suburbios, conservaba peculiaridades del idioma antiguo. Decían ella y sus hijas, *cojeldo, tomaldo, truje, ansina,* y otros vocablos que pertenecen al siglo XVII, y para el vulgo prestaban asidero á la crítica. Visitábanse ambas amigas, consagrando un día entero á la delicia de confundir sus familias en una, uniendo á las niñas de una y otra la misma amistad. Poseía cuantiosos bienes de fortuna doña Francisca, y el día que mi madre iba á pasarlo con ella, su criada pasaba á la cocina á disponer todas las provisiones de boca que debía consumir en el día, sin que la protesta de veinte años contra esa práctica de mi madre, hubiese alterado jamás en lo más mínimo su firme é inalterable propósito, de que al placer inefable de ver á su amiga, se mezclase la sospecha de salvar así por un día siquiera el rudo deber de sostener á sus hijos, doblar la frente ante las desigualdades de la fortuna. Así se ha practicado en el humilde hogar de la familia de que formé parte la noble virtud de la pobreza. Cuando don Pedro Godoy, extraviado por pasiones ajenas, quiso deshonrarme, tuvo la nobleza de apartar á mi familia del alcance de sus dardos emponzoñados, porque la fama de aquellas virtudes austeras había llegado hasta él, y se lo agradezco.

Cuando yo respondía que me había creído en una situación vecina de la indigencia, el presidente de la república en su interés por mí, deplora estas confesiones desdorosas á los ojos del vulgo.

¡Pobres hombres, los favorecidos de la fortuna, que no conciben que la pobreza á la antigua, la pobreza del patricio romano, puede ser llevada como el manto de los Cincinatos, de los Arístides, cuando el sentimiento moral ha dado á sus pliegues la dignidad augusta de una desventaja sufrida sin mengua! Que se pregunten las veces que vieron al hijo de tanta pobreza, acercarse á sus puertas sin ser debidamente solicitado, en debida forma invitado, y comprenderán entonces los resultados imperecederos de aquella escuela de su madre, en donde la escasez era un acaso y no una deshonra. En 1848 encontréme por accidente en una casa con el presidente Bulnes, y después de algunos momentos de conversación, al despedirnos, díjele maquinalmente, tengo el honor de conocer á Su Excelencia; disparate impremeditado que llamó su atención, y que bien mirado no carecía de á propósito, puesto que en ocho años era la segunda vez que estaba yo en su presencia. Bienaventurados los pobres que tal madre han tenido!

(*Tomo III, pág. 129*)

RECUERDOS DE PROVINCIA

EL HOGAR PATERNO

La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años, algunas adiciones que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella á que se apega la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente á mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo después de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, ó ejércitos de soldados de la misma pasta para engreírme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del sud del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos; uno sirviendo de dormitorio á nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo con su estra-

do alto y cojines, restos de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos, y heredados á causa del hábito domínico. A poca distancia de la puerta de entrada, elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aun en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera, nos despertaba antes de salir el sol para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él la necesidad de hacer por el trabajo frente á sus necesidades. Algunas ramas de la higuera iban á frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por la reverberación del sol, sus frutos se anticipaban á la estación, ofreciendo para el 23 de Noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sazonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque santos é higuera, fueron personajes más tarde de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

En el resto de sitio que quedaba de veinte varas escasas de fondo, tenían lugar otros recursos

industriales. Tres naranjos daban fruto en el otoño, sombra en todos tiempos; bajo un durazno corpulento, había un pequeño pozo de agua para el solaz de tres ó cuatro patos, que multiplicándose, daban su contribución al complicado y diminuto sistema de rentas sobre que reposaba la existencia de la familia; y como todos estos medios eran aun insuficientes, rodeado de cerco, para ponerlo á cubierto de la voracidad de los pollos, había un jardín de hortalizas, del tamaño de un escapulario, y que producía cuantas legumbres entran en la cocina americana, el todo, abrillantado é iluminado con grupos de flores comunes, un rosal morado y varios otros arbustillos florescentes. Así se realizaba en una casa de las colonias españolas, la exquisita economía de terreno, y el inagotable producto que de él sacan las gentes de campaña en Europa. El estiércol de las gallinas y la bosta del caballo en que montaba mi padre, pasaban diariamente á dar nueva animación á aquel pedazo de tierra, que no se cansó nunca de dar variadas y lozanas plantas; y cuando he querido sugerir á mi madre algunas ideas de economía rural, cogidas al vuelo en los libros, he pasado merecida plaza de pedante, en presencia de aquella ciencia de la cultura que fué el placer y la ocupación favorita de su larga vida. Hoy á los sesenta y seis años de edad, todavía se nos escapa de adentro de las habitaciones, y es seguro que hemos de encontrarla aporcando algunas lechugas, respondiendo en seguida á nuestras objeciones, con la

violencia que se haría de dejarlas, al verlas tan mal tratadas.

Todavía había en aquella arca de Noé algún riconcillo en que se enjebaban ó preparaban los colores para teñir las telas, y un pudridor de afrecho de donde salía todas las semanas una buena proporción de exquisito blanco almidón. En los tiempos prósperos, se añadía una fábrica de velas hechas á mano, alguna tentativa de amacijo que siempre terminaba mal, y otras mil granjerías que sería superfluo enumerar. Ocupaciones tan variadas, no estorbaban que hubiese orden en las diversas tareas, principiando la mañana con dar de comer á los pollos, desherbar antes que el sol calentase las heras de legumbres, y establecerse en seguida en su telar, que por largos años hizo la ocupación fundamental. Está en mi poder la lanzadera de algarrobo lustroso y renegrido por los años, que había heredado de su madre, quién la tenía de su abuela, abrazando esta humilde reliquia de la vida colonial un período de cerca de dos siglos en que nobles manos la han agitado casi sin descanso; y aunque una de mis hermanas haya heredado el hábito y la necesidad de tejer de mi madre, mi codicia ha prevalecido y soy yo el depositario de esta joya de familia. Es lástima que no haya de ser jamás suficientemente rico ó poderoso, para imitar á aquel rey persa que se servía en su palacio de los tiestos de barro que le habían servido en su infancia, á fin de no ensoberbecerse y despreciar la pobreza.

Para completar este menaje debo traer á colación dos personajes accesorios; la Toribia, una zamba criada en la familia, la envidia del barrio, la comadre de todas las comadres de mi madre, la llave de la casa, el brazo derecho de su señora, el aya que nos crió á todos, la cocinera, el mandadero, la revendedora, la lavandera, y el mozo de manos para todos los quehaceres domésticos. Murió joven, abrumada de hijos, especie de vegetación natural de que no podía prescindir, no obstante la santidad de sus costumbres; y su falta dejó un vacío que nadie ha llenado después, no solo en la economía doméstica, sino en el corazón de mi madre; porque eran dos amigas ama y criada, dos compañeras de trabajo, que discurrían entre ambas sobre los medios de mantener la familia; reñían, disputaban, disentían, y cada una seguía su parecer, ambos conducentes al mismo fin. ¡Qué pensar en sorprender á la cocinera los niños de vuelta de la escuela, con su mendruguillo de pan escondido, introduciéndonos en vía y forma de visita, para soparlo con el caldo gordo del puchero! Si el tiro se lograba, era preciso tener listas las piernas y correr sin mirar para atrás hasta la calle, so pena de ser alcanzado por el más formidable cucharón de palo que existió jamás, y que se asentó por lo menos treinta veces en mi niñez sobre mis frágiles espaldas. La otra era ña Cleme, el pobre de la casa; porque mi madre, como la Rigoleta de Sue, que *no se mezquinaba nada*, tenía también sus pobres á quienes ayudaba con

sus desperdicios á vivir. Pero el pobre de la familia era como la criada, un amigo, un igual, y un mendigo. Sentábanse mi madre y ña Cleme en el estrado, conversaban de gallinas, telas y cebollas, y cuando la infeliz quería pedir su limosna, decía invariablemente: *pues, vóyeme yo,* frase que repetía hasta que algún harapo caído en desuso, en consideración á sus muchos servicios, alguna cenita redonda y sabrosa, una vela, si las había en casa, unos zapatos viejos, y allá por muerte de un obispo un medio en plata, á falta de menores subdivisiones de la moneda, acudían á hacer cierto é inmediato el sacramental *vóyeme yo,* que no era al principio más que una voz preventiva.

Según he podido barruntar aquella ña Cleme, india pura, renegrida por los años que contaba por setenta, habitante de los confines del barrio de Puyuta, había sido en sus mocedades querida de uno de mis deudos maternos, cuyas relaciones pecaminosas dejaban traslucir los ojos celestes y la nariz prominente y afilada de sus hijas. Lo que había de más notable en esta vieja, es que se le creía bruja, y ella misma trabajaba en sus conversaciones por darse aires de tal bruja, y confirmar la creencia vulgar. Rara flaqueza del espíritu humano, que después el conocimiento de la historia me ha hecho palpar! Más de tres mil de los brutos de Logroño, que quemó por centenares la inquisición, y los de Maryland, en Norte América, se confesaban y ostentaban brujos de profesión, y estaban contestes en sus declaraciones sobre el

conciliábulo, el cabro negro que los reunía y la escoba en que viajaban por los aires, y esto en presencia de los suplicios á que la imbecilidad de los jueces los condenaba. Tenemos decididamente una necesidad de llamar la atención sobre nosotros mismos, que hace á los que no pueden más de viejos, rudos y pobres, hacerse brujos; á los osados sin capacidad, volverse tiranos crueles; y á mí acaso, perdónemelo Dios, el estar escribiendo estas páginas. Ña Cleme contaba su historia en casa, escuchábala mi madre con indulgencia y fingiendo asentimiento para no mortificarla; atisbábamos nosotros sus misteriosas palabras, hasta que cuando mi madre hacía farsa de los cuentos de la vieja, y disipaba con su buen sentido los gérmenes de superstición que hubiesen podido abrigarse en nuestras almas, para lo que venía, si el caso lo hacía necesario, el texto favorito, las pláticas del inolvidable cura Castro, que había perseguido á las brujas y desacreditándolas en San Juan, á punto de no causar su trato inquietud ninguna. No fué nunca perseguida ña Cleme por sus creencias religiosas á este respecto, aunque lo fueron más tarde y en épocas no muy remotas, varias brujas del barrio de Puyuta, afamado hasta hoy en la creencia del vulgo por servir de escondite á varias sectarias del maldito. No hace en efecto doce ó catorce años que la policía, eran los federales los que mandaban, anduvo en pesquizas tras de un hecho de embrujamiento, sacando en limpio un enredo de cuentos que deja-

ron perplejas á las autoridades. Hablábase mucho en el pueblo de una muchacha bruja, y la policía quiso averiguar la verdad del caso. Al efecto, trajeron á la acusada y en presencia de numerosos testigos, se confesó en relación ilícita con el diablo; y como se preparasen á azotarla, no dice la historia si por su imprudente descaro, ó para corregirla de sus malos hábitos, dijo llorando: es bueno que me castiguen á mí que soy pobre; á fe que no han de castigar á doña Teresa Funes (mi tía), á doña Bernarda Bustamante, y otras respetables señoras ancianas que fué nombrando, y que según declaró, asistían los sábados al campo santo, donde se practicaban los ritos consabidos de la brujería. Espantados y boquiabiertos hubieron de quedarse al oir nombres tan respetables, y temerosos de cometer una grave injusticia, dejaron escapar á la taimada, dejando en muy mal olor, en el concepto de muchos, la reputación de aquellas matronas. ¡Qué sabemos, pues, en cosas tan escondidas!

(*Tomo III, pág. 133*)

BIOGRAFÍA DEL GENERAL SAN MARTÍN

GALERIA DE HOMBRES CÉLEBRES DE CHILE

Santiago, 1854.

. . . . . .

Era alta la talla de San Martín y marcial en extremo su talante, y tan á prueba de fatiga su naturaleza, que para todos los climas y estaciones, para la noche en las crestas nevadas de los Andes, y para el dia en los tórridos arenales del Perú, tenía el mismo uniforme, severa y minuciosamente prendido, y exento de todo adorno ó aditamento que saliese del rigor del equipo del soldado. Bajo esta cubierta férrea, abrigábase una alma elevada, un espíritu ardiente, templado por la prudencia astuta é impenetrable de quien sabe anticipar los hechos, inventarlos á su placer, distraer las pasiones ajenas, subyugar las voluntades y hacerlas concurrir diestramente á sus fines. A estas raras cualidades que incuban por años enteros un proyecto, ocultándole á las miradas aún de aquellos destinados á realizarlo,

añadía San Martín el arte difícil de administrar, inventando recursos, y empleándolos con exquisita parsimonia, á fin de hacerles producir mayores resultados.

Sabía inspirar al soldado el arrojo hasta la temeridad, y la constelación de jefes y oficiales que le acompañó á Chile, tuvo largos años fatigada á la fama, pregonando por toda América las hazañas caballerescas de verdaderos paladines. La estricta disciplina era el bello ideal á que la tirantez y severidad de su carácter le hizo aspirar siempre, llevándola hasta hacer de ella una tortura constante. Un botón de la casaca manchado por accidente, tenía á sus ojos la gravedad de un delito igual al abandono no motivado de un puesto de importancia.

A estas dotes que abarcan toda la existencia de los hombres, tomada por horas y por minutos, á esta facultad de ascender á todo, prepararlo todo, y hacerlo concurrir á un fin, añadía la rapidez de la concepción, y aquel golpe de vista que distingue á los hombres de acción, y que en la infinita complicación de los hechos humanos, les hace descubrir uno, del cual dependen todos los otros, y que una vez destruído, arrastra tras sí la suerte de las batallas y la caída de los imperios. Puede aún apuntarse, como complemento, aquel, no sé si llamar desprecio de la especie humana, que dejan traslucir en sus actos los hombres eminentes, cuando descienden al campo de los hechos, y que les hace mirar la justicia, las leyes

ordinarias, las fortunas y las vidas, como instrumentos ú obstáculos, sin otro valor que el que les dan las circunstancias.

Nada de particular presentan los últimos años de San Martín, sino es el ofrecimiento hecho al dictador de Buenos Aires de sus servicios en defensa de la independencia americana que creía amenazada por las potencias europeas en el Río de la Plata. El poder absoluto del general Rosas sobre los pueblos argentinos, no era parte á distraerle de la antigua y gloriosa preocupación de independencia, idea única, absoluta y constante, de toda su vida. A ella había consagrado sus días felices, á ella sacrificaba toda otra consideración, la libertad misma. Pocos meses antes de morir, escribió á un amigo algunas palabras exagerando las dificultades de una invasión francesa en el Río de la Plata, con el conocido intento de apartar de la Asamblea Nacional de Francia, el pensamiento de hacer justicia á sus reclamaciones por medio de la guerra. A la hora de su muerte, acordóse que tenía una espada histórica, ó creyendo y deseando legársela á su patria, se la dedicó al general Rosas, como defensor de la independencia americana... No murmuremos de este error de rótulo en la misiva, que en su abono tiene su disculpa en la inexacta apreciación de los hechos y de los hombres que puede traer una ausencia de treinta y seis años del teatro de los acontecimientos, y las debilidades del juicio en el período septuagenario. En todo caso los hombres pasan y so-

lo las naciones son eternas, y aquella espada quedará un día colgada en el altar de la patria, y envuelta en el estandarte de Pizarro, para mostrar á las edades futuras el principio y el fin de un periodo de la historia de Sud América, desde la conquista hasta la independencia. Pizarro y San Martín han quedado para siempre asociados en la dominación española.

(*Tomo III, pág. 296.*)

VIAJES

AFRICA

. . . . . .

No sé qué sentimiento mezclado de pavor y admiración, me causa la vista de este pueblo árabe, sobre cuyo cerebro granítico no han podido hacer mella cuarenta siglos; el mismo hoy que cuando Jacob separaba sus tiendas y sus rebaños para ir á formar una nación aparte; pueblo anterior á los tiempos históricos, y que no obstante los grandes acontecimientos en que se ha mezclado, las naciones poderosas que ha destruído, las civilizaciones que ha acarreado de un lugar á otro, conserva hoy el vestido talar de los patriarcas, la organización primitiva de la tribu, la vida nómade de la tienda, y el espíritu eminentemente religioso que ha debido caracterizar las primeras sociedades humanas, cuyos abuelos habían presenciado el diluvio, ó sido testigos de alguna grande manifestación de la presencia de Dios sobre la tierra aun despoblada. Porque para comprender los acontecimientos actuales del Africa, no basta, á mi juicio, abrir el Korán, que no daría sino una

imperfecta idea del carácter, creencias y preocupaciones árabes. En la Biblia sólo puede encontrarse el tipo imperecedero de esta imperecedera raza patriarcal. Arabe era Abraham y por más que los descendientes de Ismael odien y desprecien á sus primos los judíos, una es la fuente de donde parten estos dos raudales religiosos que han trastornado la faz del mundo; del mismo tronco ha salido el Evangelio y el Koran; el primero preparando los progresos de la especie humana, y continuando las puras tradiciones primitivas; el segundo, como una protesta de las razas pastoras, inmovilizando la inteligencia y estereotipando las costumbres bárbaras de las primeras edades del mundo. Los árabes y los hebreos se parecen en que todas sus instituciones son religiosas; sus guerreros, como sus oradores, sus conquistas, como sus servidumbres. Recuerde usted sino la formación de la monarquía hebrea por la intervención de un sacerdote, el alzamiento de David, la influencia de los profetas sobre la opinión pública, y los acontecimientos contemporáneos; y al fin, sesenta años después de Jesucristo, los enviados de Dios que sublevaban la población contra los romanos, el sitio de Jerusalén por Tito, y la dispersión del pueblo, que ya no tenía papel que representar en la historia del mundo. Pues sucesos análogos, resortes idénticos y creencias iguales, estorban hoy en Argel ó retardan la pacificación del país. Los árabes están en este momento esperando un Mesías, cortado

por el patrón de Mahoma, que debe rescatarlos de la servidumbre francesa, el terrible *Mule-Saa* ó el *hombre del momento* que todas las profecías tienen anunciado; de manera que el más leve susurro que agita las hierbas secas del desierto, el rumor lejano de pisadas de caballos, basta para alarmar el espíritu inquieto, crédulo é irreflexivo del árabe y precipitarlo en la rebelión.

No vaya usted á tomar este asunto con la ligereza incrédula del cristiano de nuestra época. La palabra incredulidad no existe todavía entre los árabes, y Abd-El-Kader no fuera tan grande guerrero, si no creyera y esperara firmemente. Por otra parte, las profecías son tan claras y terminantes, la época de su realización tan distintamente señalada, que sólo un perro infiel, es decir un cristiano, puede dudar de su autenticidad; de manera que el tolba, teólogo, apenas necesita hacer uso de su ciencia de interpretación, para explicar algunos accidentes accesorios al texto, al parecer discordantes con los hechos actuales.

. . . . . .

Una hora hacía, sin embargo, que marchábamos al trote con mucha mortificación mía, que iba, para usar de la enérgica figura del pueblo en América, saliéndome de la vaina por probar la tan ponderada ligereza de los caballos árabes, cuando el *shauss* me observó que si seguíamos á aquel paso, llegaríamos á deshora al Sig, donde habíamos de pasar la noche. Por el muslo del Profeta, hube de exclamar yo, indignado al oir

tan fea como no merecida reconvención. Protesto, que si el caballo no revienta, puedo sin fatigarme ir á tirar la rienda al último oasis del Sahara... Tan ortodoxo juramento como la hipérbole que lo acompañaba, oriental por el fondo y la forma, debieron de ser muy del agrado de mi comitiva, pues no bien había acabado de hablar, á un grito de uno de los ginetes, los caballos partieron á todo escape, sin que me fuese posible contener el mio, que parecía obedecer á orden superior, dando al traste arranque tan imprevisto, con mi afectada gravedad árabe, y haciendo flotar en el aire á guisa de velas latinas las puntas del blanco albornoz. Después he tenido ocasión de observar otras habilidades de los caballos árabes, tales como distribuir mordizcos y coces á derecha é izquierda por indicación y orden del jinete; no vi ninguno, sin embargo, que como el de Bou-Baza lanzase balas, ni hiciese otra demostración prodigiosa. Cuando hube logrado reponerme en la posición perpendicular y colocado debidamente mis arreos, reivindicando por una descarga de azotes á mano airada la comprometida reputación de jinete, saboreé, con la inefable beatitud de los colegiales, el indecible placer de galopar horas enteras por montes y valles, salvando una sanja aquí, arremetiendo con un espeso matorral acullá, y aspirando á torrentes el aire recargado de las exhalaciones húmedas de la vegetación y del polvo que las pisadas de los caballos suscitaban.

Y para que las reminiscencias de la vida americana fuesen más vivas, á poco andar abandonamos el camino, y *cortando el campo,* la comitiva se dirigió á unas lomadas que á lo lejos se divisaban, y en cuyos recuestos estaba acampado el aduar que debía suministrarnos la *diffa* de la mañana. Como usted ve, en Africa, bien así como en nuestras pampas americanas, la línea más recta es el camino más corto para llegar de un punto á otro, mal que les pese á los propietarios de los sembradíos, de los que atravesamos ocho por lo menos, sin que la comitiva se desviase un ápice de su dirección.

. . . . . .

Ya conoce usted, pues, lo visible de la vida de la tienda, y no se empeñe en penetrar en lo doméstico que debe ser tal para cual. Las mujeres no se presentan á la vista de los extraños, aunque se pueda, desde la tienda de recepción, oir sus voces guturales en una subdivisión contigua. Por un accidente singular, sin embargo, tuve ocasión de contemplar el bello, aunque desaseado, sexo del aduar de Abd-el-Bach, el jefe que he visto más interesante por la belleza típica de su semblante y la dignidad afable de sus modales. Al terminarse la *diffa,* me llamó la atención un rumor extraño de voces humanas, con cierta cadencia acompasada que me traía á la memoria la reminiscencia de algo parecido que había debido oir no sé donde. Después, reflexionando, he recordado que era el canto plañidero con que las recuas de negros en el Brasil se acompañan y animan al tra-

bajo. Volviendo la vista hacia el lugar de donde me parecía venían las voces, descubrí á lo lejos un círculo de mujeres que hacían con las manos rapidísimos movimientos, cruzando y descruzando los brazos, y tocando repetidas veces el rostro. Fijando en este grupo grotesto mi anteojo de bolsillo, pude discernir dos bellísimos ojos llevados al cielo de una niña de quince años, que se entregaba á aquel extraño ejercicio con cierta gracia que la hacía interesante, á pesar del desaliño de sus vestiduras flotantes. Pregunté, sin dejar de mirar, lo que aquello significaba, y me dijeron que era una familia que lloraba la pérdida de uno de los suyos, preso por los franceses aquella misma mañana para mandarlo á Francia; el murmullo cadencioso de las voces eran oraciones recitadas en coro, y el movimiento de las manos lo hacían para rasguñarse la cara y los brazos en señal de desesperación. Tan extraña escena cambió para mí, desde entonces, de ridícula en solemne y respetable, asombrándome de ver hasta qué punto pueden la religión y las fórmulas tradicionales avasallar la naturaleza humana. En lugar de llantos descompasados, se oía el canto lúgubre de oraciones recitadas cadenciosamente, y en lugar de lágrimas, se empeñaban las dolientes en hacer verter sangre de sus mejillas. En medio de estas prácticas, para nosotros extravagantes, pude, sin embargo, reconocer con el anteojo, á la madre del que lloraban perdido, en la verdad y pasión que se descubría en todos sus movimientos y contorsiones. Con efecto, cualesquiera que los usos sean, ¡qué dolor hay que se parezca al

dolor de las madres, cada una de las cuales puede repetir con la misma verdad el sublime *venite et videte* del evangelio! Como me fuese imposible apartar la vista de aquel curioso cuan tierno espectáculo, pregunté al *shauss* si los árabes llevaban á mal que los extraños mirasen á sus mujeres; lo cual entendido por el jefe, me hizo decir que si deseaba acercarme á ellas, él me acompañaría. Fuimos, en efecto, y á una indicación suya, el movimiento se paralizó y cesaron los cánticos, y la madre que yo había comprendido de lejos, vino hacia mí, y con movimientos de cabeza convulsivos y señalándome el cielo, parecía preguntarme si hallaba justo lo que los franceses hacían con ella. Llamé á mi intérprete para hacerla decir que en Francia no le harían mal á su hijo, que su cautiverio no sería largo, y todos esos consuelos vulgares, que se prodigan para dolores que no quieren ser consolados. En el entretanto, las muchachas más ariscas se iban aproximando con disimulo, y ya contemplaba las no indiferentes gracias de la de los ojos negros, cuando una vieja bruja, vino con improperios á decirlas que estaban perdiendo el tiempo que debían emplear en rezar; retahila común á las dueñas de todas partes, musulmanas ó cristianas, con lo que fué, pues, preciso retirarse. Cuando van á las ciudades, las mujeres árabes como las moras, se envuelven en mantos y velos blancos sin más diferencia que la de no descubrir aquellas ni los ojos siquiera. El adorno principal son unos grille-

tes de plata en los tobillos, tan gruesos como los de hierro de nuestras prisiones, sobre todo si la persona es de calidad. En Máscara me paseaba en el camino en circunstancias que una comitiva de mujeres se acercaba, y que al verme se cubrieron todas completamente el rostro. La que venía á la cabeza descubría, por el garbo de su talle, finura y limpieza de sus envoltorios, lo macizo de los grilletes y cierta coquetería en el talante, que era una dama de distinción; pero, ¿cómo verle el velado semblante? ¡He aquí la ingeniatura! Al acercarse al lugar que yo ocupaba díle la espalda y mirando con distracción el suelo, repentinamente fijo la atención en un punto; tócolo con el pié retirándolo inmediatamente como cuando se quiere mover con los dedos una brasa ardiendo; repito segunda vez y cuando creí haber producido el efecto, vuelvo la cara bruscamente hacia atrás, y sorprendo á mi beldad árabe que se había detenido á observar mis movimientos y descubriéndose la cara dejándome ver unos lindos ojos, unas cejas unidas entre sí por un tatuaje azul y un carrillo teñido de colorete subido como la mancha de una manzana. ¡Oh, mujeres, mujeres, parecía decirle al mirarla sonriéndome, sois las mismas en todas partes, curiosas! Esto es todo cuanto he podido descubrir de los encantos y existencia de las mujeres árabes, por lo que, y volviendo á la terminada *diffa*, continuaré la narración de mis aventuras de viaje.

. . . . . .

(*Tomo V, pág. 204.*)

ROMA

. . . . . .

En comer huevos asados en la lava y devorar naranjas, vendidas á peso de oro en aquellas alturas, hubimos de pasar la tarde para ver el Vesubio entrada ya la noche. El espectáculo cambía entonces de imponente y grandioso, en sublime y aterrador. La lava tibia y opaca que durante el día nos había servido de pavimento, deja ver por entre las grietas del fuego que esconde en sus entrañas; los torrentes se iluminan y despiden llamas como el metal que corre en los hornos de fundición, y el cráter negro en la oscuridad de la noche, se corona de tiempo en tiempo de un ramillete de fuego, esmaltado de globos rojos, amarillos, punzó, según la calidad é incandescencia de las materias que arroja, bañándose después, de brasas que semejan rubíes colosales. Cuando este inmenso fanal se enciende, los círculos de las lavas enfriadas se presentan á la vista con sus crestones erizados de púas como lomos de caimanes, y enseñando unos á otros los grupos de espectadores, iluminados los semblantes como

á la luz de fuegos de Bengala. La oscuridad sobreviene súbitamente, las estrellas reaparecen blancas como hostias, derramadas sobre un cielo azul terciopelo, hasta que una nueva erupción las eclipsa sustituyéndoles las formas extravagantes, con patas á veces como sapos, de lava derretida que describe arcos de círculo en el espacio.

El descenso de la montaña no es menos fecundo en impresiones vivísimas. A poco andar el volcán desaparece, y la oscuridad más profunda forma un piélago sin fondo en el que parece fuera uno á resbalar al menor descuido. A lo lejos se divisa una franja pálida y fosforecente que diseña el golfo de Nápoles con la iluminación de la ciudad y sus alrededores hasta Resina. Las diversas comitivas descienden alumbradas por enormes antorchas de cáñamo, cuya luz se pierde en el espacio á falta de objetos que la reflejen. Delante de los ojos vése la masa de tiniebla obscura, y bajo los piés se siente desmoronarse la arena negra y apenas visible, ocasionando caídas, gritos y terrores pánicos en los unos, mientras que los demás, tomando las cosas por su costado ridículo, ríen, cantan, dan voces que van á perderse sin ecos, entre las rendijas de las lavas. Llegados á la base del cono con aquella prontitud admirable con que se desciende de un ministerio, allí es Troya para apoderarse del rocín ó rocinante apestado, que ha de transportar á cada uno hasta Resina.

. . . . . .

(Tomo V, pág, 285.)

FACUNDO

. . . . . .

Del centro de estas costumbres y gustos generales se levantan especialidades notables, que un día embellecerán y darán un tinte original al drama y al romance nacional. Yo quiero solo notar aquí algunos que servirán á completar la idea de las costumbres, para trazar en seguida el carácter, causas y efectos de la guerra civil.

El más antiguo de todos, el más extraordinario, es el Rastreador. Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen ó transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal, y distinguirlas de entre mil; conocer si va despacio ó ligero, suelto ó tirado, cargado ó de vacío. Esta es una ciencia casera y popular. Una vez caía yo de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el peón que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo. "Aquí va, dijo luego, una mulita mora, muy buena... esta es la tropa de D. N. Zapata...

es de muy buena silla... va ensillada... ha pasado ayer...” Este hombre venía de la sierra de San Luis, la tropa volvía de Buenos Aires, y hacía un año que él había visto por última vez la mulita mora cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa en un sendero de dos pies de ancho. Pues esto que parece increíble, es con todo, la ciencia vulgar; este era un peón de árrea, y no un rastreador de profesión.

El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa. Todos le tratan con consideración: el pobre, porque puede hacerle mal, calumniándolo ó denunciándolo; el propietario, porque su testimonio puede fallarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche; no bien se nota, corren á buscar una pisada del ladrón, y encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al Rastreador, que ve el rastro, y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada que para otros es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa, y señalando un hombre que encuentra, dice fríamente: “¡este es!”. El delito está probado, y raro es el delincuente que resiste á esta acusación. Para él, más que para el juez, la deposición del Rastreador es la evidencia misma; negarla, sería ridículo, absurdo. Se somete, pues, á este testigo

que considera como el dedo de Dios que lo señala. Yo mismo he conocido á Calíbar, que ha ejercido en una provincia su oficio durante cuarenta años consecutivos. Tiene ahora cerca de ochenta años; encorvado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno de dignidad. Cuando le hablan de su reputación fabulosa, contesta: "ya no valgo nada; ahí están los niños"; los niños son sus hijos, que han aprendido en la escuela de tan famoso maestro. Se cuenta de él que durante un viaje á Buenos Aires le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una artesa. Dos meses después Calíbar regresó, vió el rastro ya borrado é imperceptible para otros ojos, y no se habló más del caso. Año y medio después Calíbar marchaba cabizbajo por una calle de los suburbios, entra á una casa, y encuentra su montura ennegrecida ya, y casi inutilizada por el uso. ¡Había encontrado el rastro de su raptor después de dos años! El año 1830, un reo condenado á muerte se había escapado de la cárcel. Calíbar fué encargado de buscarlo. El infeliz, previendo que sería rastreado, había tomado todas las precauciones que la imagen del cadalso le sugirió. ¡Precauciones inútiles! Acaso sólo sirvieron para perderle; porque comprometido Calíbar en su reputación, el amor propio ofendido le hizo desempeñar con calor una tarea que perdía á un hombre, pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todos los accidentes del suelo para no dejar huellas: cua-

dras enteras había marchado pisando con la punta del pie; trepábase en seguida á las murallas bajas, cruzaba un sitio, y volvía para atrás. Calíbar lo seguía sin perder la pista; si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo exclamaba: "donde te *mi-as-dir!*" Al fin llegó á una acequia de agua en los suburbios, cuya corriente había seguido aquel para burlar al Rastreador... ¡Inútil! Calíbar iba por las orillas, sin inquietud, sin vacilar. Al fin se detiene, examina unas hierbas, y dice: "por aquí ha salido; no hay rastro, pero estas gotas de agua en los pastos lo indican". Entra en una viña, Calíbar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo: "adentro está". La partida de soldados se cansó de buscar, y volvió á dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas; "no ha salido", fué la breve respuesta que sin moverse, sin proceder á nuevo examen, dió el Rastreador. No había salido, en efecto, y al día siguiente fué ejecutado. En 1830, algunos presos políticos intentaban una evasión; todo estaba preparado, los auxiliares de fuera prevenidos; en el momento de efectuarla, uno dijo: ¿y Calíbar?—¡Cierto! contestaron los otros anonadados, aterrados, ¡Calíbar! Sus familias pudieron conseguir de Calíbar que estuviese enfermo cuatro días contados desde la evasión, y así pudo efectuarse sin inconveniente.

¿Qué misterio es este del Rastreador? ¿Qué poder microscópico se desenvuelve en el órgano de la vista de estos hombres? ¡Cuán sublime cria-

tura es la que Dios hizo á su imagen y semejanza!

Después del Rastreador, viene el Baqueano, personaje eminente y que tiene en sus manos la suerte de los particulares y la de las provincias. El Baqueano es un gaucho grave y reservado, que conoce á palmos veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas. Es el topógrafo más completo, es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña. El Baqueano va siempre á su lado. Modesto y reservado como una tapia, está en todos los secretos de la campaña; la suerte del ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él. El Baqueano es casi siempre fiel á su deber; pero no siempre el general tiene en él plena confianza. Imaginaos la posición de un jefe condenado á llevar un traidor á su lado, y á pedirle los conocimientos indispensables para triunfar. Un Baqueano encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva, él sabe á qué aguada remota conduce; si encuentra mil, y esto sucede en un espacio de cien leguas, él las conoce todas, sabe de dónde vienen y á dónde van. El sabe el vado oculto que tiene un río, más arriba ó más abajo del paso ordinario, y esto en cien ríos ó arroyos; él conoce en los ciénagos extensos un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconveniente, y esto en cien ciénagos distintos.

En lo más obscuro de la noche, en medio de los bosques ó en las llanuras sin límites, perdidos sus

compañeros, extraviados, da una vuelta en círculo de ellos, observa los árboles; si no los hay, se desmonta, se inclina á tierra, examina algunos matorrales y se orienta de la altura en que se halla; monta en seguida, y les dice para asegurarlos: "estamos en dereseras de tal lugar, á tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al sur"; y se dirige hacia el rumbo que señala, tranquilo, sin prisa de encontrarlo, y sin responder á las objeciones que el temor ó la fascinación sugiere á los otros.

Si aun esto no basta, ó si se encuentra en la pampa y la obscuridad es impetrable, entonces arranca pastos de varios puntos, huele la raíz y la tierra, las masca, y después de repetir este procedimiento varias veces, se cerciora de la proximidad de algún lago, ó arroyo salado, ó de agua dulce, y sale en su busca para orientarse fijamente. El general Rosas, dicen, conoce por el gusto el pasto de cada estancia del sur de Buenos Aires.

Si el Baqueano lo es de la pampa, donde no hay caminos para atravesarla, y un pasajero le pide que lo lleve directamente á un paraje distante cincuenta leguas, el Baqueano se para un momento, reconoce el horizonte, examina el suelo, clava la vista en un punto y se echa á galopar con la rectitud de una flecha, hasta que cambia de rumbo por motivos que sólo él sabe, y galopando día y noche, llega al lugar designado.

El Baqueano anuncia también la proximidad

del enemigo; esto es, diez leguas, y el rumbo por donde se acerca, por medio del movimiento de los avestruces, de los gamos y guanacos que huyen en cierta dirección. Cuando se aproxima observa los polvos, y por su espesor cuenta la fuerza: "son dos mil hombres", dice, "quinientos, doscientos", y el jefe obra bajo este dato, que casi siempre es infalible. Si los cóndores y cuervos revolotean en un círculo del cielo, él sabrá decir si hay gente escondida, ó es un campamento recién abandonado, ó un simple animal muerto. El Baqueano conoce la distancia que hay de un lugar á otro, los días y las horas necesarias para llegar á él, y á más una senda extraviada é ignorada por donde se puede llegar de sorpresa y en la mitad del tiempo; así es que las partidas de montoneras emprenden sorpresas sobre pueblos que están á cincuenta leguas de distancia, que casi siempre las aciertan. ¿Creeráse exagerado? ¡No! El general Rivera de la Banda Oriental, es un simple Baqueano, que conoce cada árbol que hay en toda la extensión de la República del Uruguay. No la hubieran ocupado los brasileros sin su auxilio; y no la hubieran libertado sin él los argentinos. Oribe, apoyado por Rosas, sucumbió después de tres años de lucha con el general Baqueano, y todo el poder de Buenos Aires hoy con sus numerosos ejércitos que cubren toda la campaña del Uruguay, puede desaparecer destruído á pedazos, por una sorpresa hoy, por una fuerza cortada mañana, por una victoria que él sabrá

convertir en su provecho por el conocimiento de algún caminito que cae á retaguardia del enemigo, ó por otro accidente inadvertido ó insignificante. El general Rivera principió sus estudios del terreno el año de 1804, y haciendo la guerra á las autoridades, entonces como contrabandista, á los contrabandistas después como empleado, al rey en seguida como patriota, á los patriotas más tarde como montonero, á los argentinos como jefe brasilero, á éstos como general argentino, á Lavalleja como presidente, al presidente Oribe como jefe proscrito, á Rosas, en fin aliado de Oribe, como general oriental, ha tenido sobrado tiempo para aprender un poco de la ciencia del Baqueano.

El Gaucho Malo este es un tipo de ciertas localidades, un *outlaw*, un *squatter*, un misántropo particular. Es el *Ojo de Alcón*, el *Trampero* de Cooper, con toda su ciencia del desierto, con toda su aversión á las poblaciones de los blancos; pero sin su moral natural, y sin sus conexiones con los salvajes. Llámanle el Gaucho Malo sin que este epíteto le desfavorezca del todo. La justicia lo persigue desde muchos años; su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odio y casi con respeto. Es un personaje misterioso; mora en la pampa, son su albergue los cardales; vive de perdices y mulitas; si alguna vez quiere regalarse con una lengua, enlaza una vaca, la voltea solo, la mata, saca su bocado predilecto, y abandona lo demás á las aves mortecinas. De re-

donde la partida acaba de salir, conversa pacífipente se presenta el Gaucho Malo en un pago de camente con los buenos gauchos, que lo rodean y admiran; se provee *de los vicios*, y si divisa la partida, monta tranquilamente en su caballo, y lo apunta hacia el desierto, sin prisa, sin aparato, desdeñando volver la cabeza. La partida rara vez lo sigue; mataría inútilmente sus caballos, porque el que monta el Gaucho Malo es un parejero *pangaré* tan célebre como su amo. Si el acaso lo echa alguna vez de improviso entre las garras de la justicia, acomete á lo más espeso de la partida, y á merced de cuatro tajadas que con su cuchillo ha abierto en la cara ó en el cuerpo de los soldados, se hace paso por entre ellos, y tendiéndose sobre el lomo del caballo para substraerse á la acción de las balas que lo persiguen, endilga hacia el desierto, hasta que poniendo espacio conveniente entre él y sus perseguidores, refrena su trotón y marcha tranquilamente. Los poetas de los alrededores agregan esta nueva hazaña á la biografía del héroe del desierto, y su nombradía vuela por toda la vasta campaña. A veces se presenta á la puerta de un baile campestre con una muchacha que ha robado; entra en baile con su pareja, confúndese en las mudanzas del *cielito*, y desaparece sin que nadie se percate de ello. Otro día se presenta en la casa de la familia ofendida, hace descender de la grupa á la niña que ha seducido, y desdeñando las maldiciones de los padres que lo siguen, se encamina tranquilo á su morada sin límites.

Este hombre divorciado con la sociedad, proscripto por las leyes; este salvaje de color blanco, no es en el fondo un ser más depravado que los que habitan las poblaciones. El osado prófugo que acomete una partida entera, es inofensivo para con los viajeros. El Gaucho Malo no es un bandido, no es un salteador; el ataque á la vida no entra en su idea, como el robo no entraba en la idea del *Churriador;* roba, es cierto, pero esta es su profesión, su tráfico, su ciencia. Roba caballos. Una vez viene al real de una tropa del interior; el patrón propone comprarle un caballo de tal pelo extraordinario, de tal figura, de tales prendas, con una estrella blanca en la paleta. El gaucho se recoge, medita un momento, y después de un rato de silencio, contesta: "no hay actualmente caballo así". ¿Qué ha estado pensando el gaucho? En aquel momento ha recorrido en su mente mil estancias de la pampa, ha visto y examinado todos los caballos que hay en la provincia, con sus marcas, color, señales particulares, y convencídose de que no hay ninguno que tenga una estrella blanca en el anca. ¿Es sorprendente esta memoria? ¡No! Napoleón conocía por sus nombres doscientos mil soldados, y recordaba al verlos, todos los hechos que á cada uno de ellos se referían. Si no se le pide, pues, lo imposible, en día señalado, en un punto dado del camino, entregará un caballo tal como se le pide, sin que el anticiparle el dinero sea un motivo de faltar á la cita. Tiene sobre este punto el honor de los tahures sobre las deudas.

Viaja á veces á la campaña de Córdoba, á Santa Fe. Entonces se le ve cruzar la pampa con una tropilla de caballos por delante; si alguno lo encuentra, sigue su camino sin acercársele, á menos que él lo solicite.

El Cantor. — Aquí tenéis la idealización de aquella vida de revueltas, de civilización, de barbarie y de peligros. El gaucho cantor es el mismo bardo, el vate, el trovador de la edad media, que se mueve en la misma escena, entre las luchas de las ciudades y del feudalismo de los campos, entre la vida que se va y la vida que se acerca. El Cantor anda de pago en pago, "de tapera en galpón", cantando sus héroes de la pampa perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda á quien los indios robaron sus hijos en un malón reciente, la derrota y la muerte del valiente Rauch, la catástrofe de Facundo Quiroga, y la suerte que cupo á Santos Pérez. El Cantor está haciendo candorosamente el mismo trabajo de crónica, costumbres, historia, biografía, que el bardo de la edad media; y sus versos serían recogidos más tarde como los documentos y datos en que habría de apoyarse el historiador futuro, si á su lado no estuviese otra sociedad culta con superior inteligencia de los acontecimientos, que la que el infeliz despliega en sus rapsodias ingenuas. En la República Argentina se ven á un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remedando los esfuerzos in-

genuos y populares de la edad media; otra que sin cuidarse de lo que tiene á sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. El siglo XIX y el siglo XII viven juntos; el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas.

El Cantor no tiene residencia fija; su morada está donde la noche le sorprende; su fortuna en sus versos y en su voz. Donde quiera que el *cielito* enreda sus parejas sin tasa, donde quiera que se apura una copa de vino, el cantor tiene su lugar preferente, su parte escogida en el festín. El gaucho argentino no bebe, si la música y los versos no lo excitan, y cada pulpería tiene su guitarra para poner en manos del Cantor, á quien el grupo de caballos estacionados á la puerta anuncia á lo lejos dónde se necesita el concurso de su gaya ciencia.

El Cantor mezcla entre sus cantos heroicos la relación de sus propias hazañas. Degraciadamente, el Cantor, con ser el bardo argentino, no está libre de tener que habérselas con la justicia. También tiene que dar la cuenta de sendas puñaladas que ha distribuído, una ó dos *desgracias* (muertes) que tuvo, y algún caballo ó una muchacha que robó. El año 1840, entre un grupo de gauchos y á orillas del majestuoso Paraná, estaba sentado en el suelo y con las piernas cruzadas un Cantor que tenía azorado y divertido á su auditorio con la larga y animada historia de sus trabajos y aventuras. Había ya contado lo del rapto

de la querida, con los trabajos que sufrió; lo de la *desgracia,* y la disputa que la motivó; estaba refiriendo su encuentro con la partida y las puñaladas que en su defensa dió, cuando el tropel y los gritos de los soldados le avisaron que esta vez estaba cercado. La partida, en efecto, se había cerrado en forma de herradura; la abertura quedaba hacia el Paraná, que corría á veinte varas más abajo, tal era la altura de la barranca. El Cantor oyó la grita sin turbarse, viósele de improviso sobre el caballo, y echando una mirada escudriñadora sobre el círculo de soldados con las tercerolas preparadas, vuelve el caballo hacia la barranca, le pone el poncho en los ojos y clávale las espuelas. Algunos instantes después se veía salir de las profundidades del Paraná, el caballo sin freno, á fin de que nadase con más libertad, y el Cantor, tomado de la cola, volviendo la cara quietamente, cual si fuera en un bote de ocho remos, hacia la escena que dejaba en la barranca. Algunos balazos de la partida no estorbaron que llegase sano y salvo al primer islote que sus ojos divisaron.

Por lo demás, la poesía original del Cantor es pesada, monótona, irregular, cuando se abandona á la inspiración del momento. Más narrativa que sentimental, llena de imágenes tomadas de la vida campestre, del caballo, y las escenas del desierto, que la hacen metafórica y pomposa. Cuando refiere sus proezas ó las de algún afamado malévolo, parécese al improvisado napolitano,

desarreglado, prosaico de ordinario, elevándose á la altura poética por momentos, para caer de nuevo al recitado insípido y casi sin versificación. Fuera de esto, el Cantor posee su repertorio de poesías populares, quintillas, décimas y octavas, diversos géneros de versos octosílabos. Entre éstas hay muchas composiciones de mérito, y que descubren inspiración y sentimiento.

Aun podría añadir á estos tipos originales, muchos otros igualmente curiosos, igualmente locales, si tuviesen como los anteriores, la peculiaridad de revelar las costumbres nacionales, sin lo cual es imposible comprender nuestros personajes políticos, ni el carácter primordial y americano de la sangrienta lucha que despedaza á la República Argentina. Andando esta historia, el lector va á descubrir por sí solo dónde se encuentra el Rastreador, el Baqueano, el Gaucho Malo, el Cantor. Verá en los caudillos cuyos nombres han traspasado las fronteras argentinas, y aun en aquellos que llenan el mundo con el horror de su nombre, el reflejo vivo de la situación interior del país, sus costumbres, su organización.

(Tomo VII, pág. 39.)

MUERTE DE QUIROGA

. . . . . .

Quiroga en tanto llega á su destino, arregla las diferencias entre los gobernantes hostiles, y regresa por Córdoba á despecho de las reiteradas instancias de los gobernadores de Santiago y Tucumán, que le ofrecen una gruesa escolta para su custodia, aconsejándole tomar el camino de Cuyo para regresar. ¿Qué genio vengativo cierra su corazón y sus oídos, y le hace obstinarse en volver á desafiar á sus enemigos, sin escolta, sin medios adecuados de defensa? ¿Por qué no toma el camino de Cuyo, desentierra sus inmensos depósitos de armas á su paso á la Rioja, y arma las ocho provincias que están bajo su influencia? Quiroga lo sabe todo, aviso tras aviso ha recibido en Santiago del Estero; sabe el peligro de que su diligencia lo ha salvado, sabe el nuevo y más inminente que le aguarda, porque no han desistido sus amigos del concebido designio. ¡A Córdoba!, grita á los postillones al ponerse en marcha, como si Córdoba fuese el término de su viaje.

Antes de llegar á la posta del Ojo de Agua, un joven sale del bosque y se dirige hacia la galera, requiriendo al postillón que se detenga. Quiroga asoma la cabeza por la portezuela, y le pregunta lo que se le ofrece.—Quiero hablar al doctor Ortiz.—Desciende éste, y sabe lo siguiente: En las inmediaciones del lugar llamado Barranca Yaco está apostado Santos Pérez con una partida; al arribo de la galera deben hacerle fuego de ambos lados, y matar en seguida de postillones arriba; nadie debe escapar, esta es la orden. El joven, que ha sido en otro tiempo favorecido por el doctor Ortiz, ha venido á salvarlo, tiénele caballo allí mismo para que monte y se escape con él; su hacienda está inmediata. Facundo interroga de nuevo al joven Sandivaras, le da las gracias por su buena acción, pero lo tranquiliza sobre los temores que abriga. "No ha nacido todavía, le dice con voz enérgica, el hombre que ha de matar á Facundo Quiroga. A un grito mío, esa partida mañana se pondrá á mis órdenes, y me servirá de escolta hasta Córdoba. Vaya usted, amigo, sin cuidado."

Estas palabras de Quiroga, de que yo no he tenido noticia hasta este momento, explican la causa de su extraña obstinación en ir á desafiar la muerte. El orgullo y el terrorismo, los dos grandes móviles de su elevación, lo llevan maniatado á la sangrienta catástrofe que debe terminar su vida. Tiene á menos evitar el peligro, y cuenta con el terror de su nombre, para hacer caer las cuchi-

llas levantadas sobre su cabeza. Esta explicación me la daba á mí mismo antes de saber que sus propias palabras la habían hecho inútil.

La noche que pasaron los viajeros de la posta del Ojo de Agua es de tal manera angustiosa para el infeliz secretario, que va á una muerte cierta é inevitable, y que carece del valor y de la temeridad que animan á Quiroga, que creo no deber omitir ninguno de sus detalles, tanto más, cuanto que siendo por fortuna sus pormenores tan auténticos, sería criminal descuido no conservarlos; porque si alguna vez un hombre ha apurado todas las heces de la agonía; si alguna vez la muerte ha debido parecer horrible, es aquella en que un triste deber, el de acompañar á un amigo temerario, nos la impone, cuando no hay infamia ni deshonor en evitarla.

El Dr. Ortiz llama aparte al maestro de posta, y lo interroga encarecidamente sobre lo que acerca de los extraños avisos que han recibido, asegurándole no abusar de su confianza. ¡Qué pormenores va á oir! Santos Pérez ha estado allí con su partida de treinta hombres una hora antes de su arribo; van todos armados de tercerola y sable, están ya apostados en el lugar designado, deben morir todos los que acompañan á Quiroga, así lo ha dicho Santos Pérez al mismo maestro de posta. Esta confirmación de la noticia recibida de antemano, no altera en nada la determinación de Quiroga, que después de tomar una taza de chocolate, según su costumbre, se duerme pro-

fundamente. El Dr. Ortiz gana también la cama, no para dormir sino para acordarse de su esposa, de sus hijos á quienes no volverá á ver más. ¿Y todo por qué? Por no arrostrar el enojo de un temible amigo, por no incurrir en la tacha de desleal. A media noche la inquietud de la agonía le hace insoportable la cama; levántase, y va á buscar á su confidente. ¿Duerme, amigo? le pregunta en voz baja.—¡Quién ha de dormir, señor, con esta cosa tan horrible!—¿Con que no hay duda? ¡Qué suplicio el mío!—¡Imagínese, señor, cómo estaré yo, que tengo que mandar dos postillones, que deben ser muertos también! Esto me mata. Aquí hay un niño que es sobrino del sargento de la partida, y pienso mandarlo; pero el otro... ¿á quién mandaré? ¡á hacerlo morir inocentemente! El Dr. Ortiz hace un último esfuerzo por salvar su vida y la de su compañero; despierta á Quiroga, y le instruye de los pavorosos detalles que acaba de adquirir, significándole que él no le acompaña si se obstina en hacerse matar inútilmente. Facundo con gesto airado y palabras groseramente enérgicas, le hace entender que hay mayor peligro en contrariarlo allí, que el que le aguarda en Barranca Yaco, y fuerza es someterse sin más réplica. Quiroga manda á su asistente, que es un valiente negro, que limpie algunas armas de fuego que vienen en la galera, y las cargue; á esto se reducen todas sus precauciones.

Llega el día por fin, y la galera se pone en camino. Acompáñanle á más del postillón que va en

el tiro, el niño aquel, los correos que se han reunido por casualidad, y el negro que va á caballo. Llega al punto fatal, y dos descargas traspasan la galera por ambos lados, pero sin herir á nadie; los soldados se echan sobre ella con los sables desnudos y en un momento inutilizan los caballos, y descuartizan al postillón, correos y asistente. Quiroga entonces asoma la cabeza, y hace por el momento vacilar á aquella turba. Pregunta por el comandante de la partida, le manda acercarse, y á la cuestión de Quiroga, ¿qué significa esto? recibe por toda contestación un balazo en un ojo, que le deja muerto. Entonces Santos Pérez atraviesa repetidas veces con su espada al mal aventurado secretario, y manda, concluída la ejecución, tirar hacia el bosque la galera llena de cadáveres con los caballos hechos pedazos y el postillón que con la cabeza abierta se mantiene aun á caballo.—¿Qué muchacho es éste? pregunta viendo al niño de posta, único que queda vivo.—Este es un sobrino mío, contesta el sargento de la partida, yo respondo de él con mi vida.—Santos Pérez se acerca al sargento, le atraviesa el corazón de un balazo, y en seguida desmontándose, toma de un brazo al niño, lo tiende en el suelo y lo degüella, á pesar de sus gemidos de niño que se ve amenazado de un peligro. Este último gemido del niño es, sin embargo, el único suplicio que martiriza á Santos Pérez. Después, huyendo de las partidas que lo persiguen, oculto en las breñas de las rocas ó en los bosques enmaraña-

dos, el viento le trae al oído el gemido lastimero del niño. Si á la vacilante claridad de las estrellas se aventura á salir de su guarida, sus miradas inquietas se hunden en la obscuridad de los árboles sombríos para cerciorarse de que no se divisa en ninguna parte el bultito blanquecino del niño; y cuando llega al lugar donde hacen encrucijada dos caminos, lo arredra ver venir por el que él deja, al niño animando su caballo. Facundo decía también que un solo remordimiento lo aquejaba: la muerte de los veintiséis oficiales fusilados en Mendoza.

. . . . . .

(Tomo VII, pág. 181.)

EL CHACHO

EN CHILE Y Á PIE!

En Septiembre de 1842, cuando todavía no dan paso las nieves que se acumulan durante el invierno sobre la areta central de los Andes, un grupo de viajeros pretendía desde Chile atravesar aquellas blanca ssoledades, en que valles de nieve conducen á crestas colosales de granito que es preciso escalar á pie, apoyándose en un báculo, evitando hundirse en abismos que cavan ríos corriendo á muchas varas debajo; y con los piés forrados en pieles, á fin de preservarse del contacto de la nieve que, deteniendo el curso de la sangre, mata localmente los músculos haciendo fatales quemaduras.

Los *Penitentes,* columnas y agujas de nieve que forma el desigual deshielo, según que el aire ó el sol hieren con más intensidad, decoran la escena, y embarazan el paso cual escombros y trozos de columnas de ruinas de gigantescos palacios de mármol. Los declives

que el débil calor del sol no ataca, ofrecen planos más ó menos inclinados, según la montaña que cubren, y descenso cómodo y lleno de novedad al viajero, que sentado se deja llevar por la gravitación, recorriendo á veces en segundos distancias de miles de varas. Este es quizá el único placer que permite aquella escena, en que lo blanco del paisaje solo es accidentado por algunos negros picos demasiado perpendiculares para que la nieve se sostenga en sus flancos, formando contraste con el cielo azul-obscuro de las grandes alturas.

Los temporales son frecuentes en aquella estación, y aunque hay de distancia en distancia casuchas para guarecerse, sino se ha tenido la precaución de examinar el aspecto del campanario, que es el más elevado pico vecino, y asegurarse de que ninguna nubecilla corona sus agujas, ó vapores cual lana desflecada empiezan á condensarse á sus flancos, grave riesgo se corre de perecer, perdido el rumbo entre casucha y casucha, casi cegadas por la caída de copos de nieve tan densa que no permite verse las manos.

Aquella vez no eran los viandantes ni el correista que lleva la valija á espaldas de un mozo de cordillera, ni transeuntes, de ordinario extranjeros que buscan este arriesgado paso del Atlántico al Pacífico. Eran emigrados políticos que, á esa costa, regresaban á su patria contando con incorporarse al ejército del general La Madrid, antes que se diese la batalla que venia á librarle el general Oribe á marchas forzadas desde Córdoba.

Al asomar las cabezas sobre la cuesta de las Cuevas, desde donde se divisa la estrecha quebrada hasta la Punta de las Vacas, tres bultos negros como negativos de fotografía fué lo primero que vieron destacarse sobre el fondo blanco del paisaje. Los viajeros se miraron entre sí y se comprendieron. Nada bueno auguraban aquellas figuras! Mirando con más ahinco hacia adelante, creyeron descubrir otros puntos negros más lejos, y allá en lontananza otro al parecer más largo, porque largas sin ancho son las líneas que describen los viandantes por las nieves, poniendo el pie los que vienen en pos sobre la impresión que deja el que los precede. Derrotados! exclamó uno meneando con desencanto profundo la cabeza; y precipitándose por el declive, descendieron hasta la casucha que está al pie, del lado argentino de la cordillera, donde á poco se acercaron los que de Mendoza venían. Toda estaba dicho.

Luego se supieron los detalles de la batalla de la Ciénaga del Medio; luego llegaron otros y otros grupos, y siguieron llegando todo el día, y agrupándose en aquel punto inhospitalario, sin leña, sin más abrigo que lo encapillado, sin más víveres que los que cada uno podría traer consigo. Al caer de la tarde, llegaron noticias de la retaguardia, donde venían La Madrid, Alvarez y los demás jefes, de haber sido degollados los rezagados en Uspallata, entre ellos el comandante Lagraña y seis jefes más.

Sólo los familiarizados con la cordillera podían medir el peligro que corrían aquellos centenares de hombres, entre los que se contaban por cientos, jóvenes de las primeras familias de Buenos Aires y las provincias del Norte, restos del Escuadrón Mayo formado de entusiastas, que á tales y mayores riesgos se exponían luchando contra el tirano Rosas. No había que perder un minuto, y los mismos viajeros en hora menguada para ellos, pero providencial para los otros, volvieron á desandar el penoso camino, sin darse descanso hasta llegar al valle de Aconcagua, del otro lado de los Andes.

Fué en el acto dada la alarma, montada una oficina de auxilio, y merced á sus antiguas relaciones y de algún dinero de que podían disponer, horas después partían para la cordillera vaqueanos cargados de carbón, cueros de carnero, charqui, cuerdas, ají, y demás objetos indispensables en aquellos parajes, á fin de acudir á lo más urgente; mientras que la pluma corría con rapidez febril, invocando el patriotismo de los argentinos, la filantropía de los chilenos, la munificencia del gobierno á que podían apelar seguros de que las simpatías personales harían grato el desempeño de un deber de humanidad; y así puestas en acción la opinión por la prensa, la caridad por asociaciones, y la administración, en tres días empezaron á llegar médicos, medicinas, dinero, ropas, abrigo y comodidades para mil hombres que decían ser los desgraciados.

Harta necesidad habría de médicos! El temido temporal se había declarado, y era preciso ser vecino de los Andes, donde la cordillera es un libro que hasta los niños saben leer, para imaginarse la angustia general, de los que con pavor vieron sustituirse pardas nubes á los nevados picos de los Andes centrales que se cubrieron, dejando el sol en el valle iluminar la escena sólo para que los extraños pudiesen contemplarla de lejos sin poder prestar auxilio á las víctimas. Mídese la fuerza del temporal por la intensidad de las nubes y su color sombrío, y cada hora, transcurrido el primer día, como cuando se oye de lejos el fuego de la batalla, calculábase el número de helados entre mil. Espectáculo sublime y aterrador, tranquilo en sus efectos, afligente hasta desgarrar el corazón del que lo contempla, como se ve venir la nave á estrellarse fatalmente en las rocas; ó cundir el incendio sin la última esperanza de ver echarse por las ventanas, poner escaleras para los que rodean las llamas.

El cielo se apiadó al fin y un día después de tres de angustia, se supo que sólo habían perecido siete, y sido necesario amputar otros tantos, pues que los médicos estaban ya al pie de la cordillera. Un cuadro del pintor sanjuanino Rawson ha idealizado la escena del arribo de los primeros chilenos que rompieron la nieve, y se abrieron paso hasta el teatro de la catástrofe. El calor ó el techo de la casucha habían salvado dentro y fuera á trescientos, una roca inclinada abrigado á ciento, los

ponchos al resto conservando el calor apiñados estrechamente. Salvada la vida, el hambre tenía á mano con que saciarse.

Entre aquellos prófugos se encontraba el Chacho, jefe desde entonces de los *montoneros* que antes había acaudillado Quiroga; y ahora, seducido su jefe por el heroísmo desgraciado del general Lavalle, habíase replegado á las fuerzas de La Madrid, y contribuído no poco, con su falta de disciplina y ardimiento, á perder la batalla. Llamaba la atención de todos en Chile la importancia que sus compañeros generalmente cultos daban á este paisano semibárbaro, con su acento riojano tan golpeado, con su chiripá y atavíos de gaucho. Recibió como los demás la generosa hospitalidad que les esperaba, y entonces fué cuando, preguntado cómo iba, por alguien que lo saludaba, contestó aquella frase que tanto decía sin que parezca decir nada: ¡*Cómo me a dir, amigo! En Chile y á pie!*

. . . . . .

(*Tomo VII. pag. 277.*)

DE LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES

. . . . . .

Puede juzgarse del grado de civilización de un pueblo por la posición social de las mujeres. Entre los pueblos salvajes están encargados del transporte de las tiendas de campaña en las emigraciones de los aduares, y de aliñar las pieles y tejer las toscas telas de que se visten los hombres, recayendo sobre ellas el cuidado de labrar la tierra si son pueblos sedentarios. En los pueblos bárbaros de Asia, las mujeres son vendidas en los mercados para proveer á los goces de los poderosos. La familia propiamente dicha no existe sino entre los pueblos cristianos; y aún entre éstos se notan diferencias de posición que merecen estudiarse. Cuando hablamos de escuelas públicas dotadas por el Estado, se entiende entre nosotros escuelas para hombres; y transportándonos no más que á principios de este siglo, aun en las familias poderosas, prevalecía la costumbre de no enseñar á escribir á las mujeres, y señoras viven aún á quienes sus padres negaron el beneficio de saber leer siquiera. Los colegios de señoras datan

en toda la América española de una época reciente, muy posterior á la Independencia. Ciudades hay donde aun no existen, y capitales que no han podido sostener los ensayos hechos para su planteación. El único gobierno americano que haya provisto igual á la educación de ambos sexos, es el de Rivadavia. Presidente de la República Argentina en 1824 á 1827, y las instituciones planteadas entonces, por las que las mujeres de todas las clases gozaban de una educación regular y sostenida por el erario, han resistido más tenazmente al embate destructor de la reacción acaecida en aquel país que otras al parecer más vitales. Estaba este ramo de la instrucción pública sometido á la inspección de la Sociedad de Beneficencia, compuesta de señoras, que correspondieron á su misión por una larga serie de años con un interés, una consagración, y aptitudes tales, cuales una corporación de varones no había mostrado jamás. Varias obras hay que hablan de esta bella institución, y en Montevideo obtuve interesantes detalles de madama Mendeville, presidenta por muchos años de la Sociedad de Beneficencia.

En la Península la educación de las mujeres en general está en el mismo grado de atraso que entre nosotros, y la conciencia pública no le da otra importancia que la de un mero adorno en las clases acomodadas. De la educación de las mujeres depende, sin embargo, la suerte de los Estados; la civilización se detiene á las puertas

del hogar doméstico cuando ellas no están preparadas para recibirla. Hay más todavía, las mujeres, en su carácter de madres, esposas, ó sirvientes, destruyen la educación que los niños reciben en las escuelas. Las costumbres y las preocupaciones se perpetúan por ellas, y jamás podrá alterarse la manera de ser de un pueblo, sin cambiar primero las ideas y hábitos de vida de las mujeres. La prensa de Chile ha reproducido la bellísima obra de Aimé Martín, *De la Civilización del género humano por las mujeres,* y en aquellas páginas inmortales, escritas con el corazón, podrán los hombres llamados á influir sobre el destino de los pueblos americanos encontrar muchas de las causas de su atraso actual. Los franceses atribuyen con razón á la parte que dan en todos los actos de su vida á las mujeres, la civilidad y dulzura de costumbres que caracteriza á su nación.

Por lo que á la América española respecta, la posición de las mujeres es enteramente excepcional en cuanto á sus medios de existencia. Tomada la masa de habitantes de una comunidad, se encuentra que la mitad se compone de mujeres, y aun entre nosotros es prevalente la idea que su número excede al de los varones. En Europa y Estados Unidos las fábricas de tejidos, los mostradores, las imprentas y aun la labranza, dan ocupación y medios de producir á esta parte de la población, que entre nosotros no entra en concurrencia con los hombres sino en una mínima escala, para proveer las necesidades de la familia;

y así también en aquellos países la solicitud del Estado ó de la municipalidad provee indistintamente á la educación de ambos sexos. Por todas partes, con raras excepciones, la misma escuela y los mismos maestros sirven para la enseñanza de los sexos reunidos ó separados en asientos diversos. Si la educación general de los varones no fuese todavía un desideratum entre nosotros, ¿concebiríase en efecto la idea de dar instrucción aun elemental á los niños varones y no á las mujeres? ¿al hermano y no á la hermana? ¿al que ha de ser el esposo y padre, y no á la que ha de ser esposa y madre? ¿Por qué perpetuar deliberadamente en el uno la barbarie que quiere destruirse en el otro? ¿Por qué hacer lo contrario de lo que aconsejaría la naturaleza, que es instruir á la que ha de ser maestra de niños, puesto que está destinada á ser madre y llevar con ella los gérmenes de la civilización al hogar doméstico, puesto que ella ha de ser el plantel de una nueva familia por la unión conyugal?

. . . . . .

(Tomo XI, pag. 120.)

CAMP ÑA DEL EJERCITO GRANDE

BOLETIN NÚM. 3

Cuartel General en el Diamante, Diciembre 25 de 1851.

"El sol de ayer ha iluminado uno de los espectáculos más grandiosos que la naturaleza y los hombres pueden ofrecer: el pasaje de un gran río por un grande ejército.

"Las alturas de Punta Gorda ocupan un lugar prominente en la historia de los pueblos argentinos. De este punto han partido las más grandes oleadas políticas que los han agitado. De aquí partió Ramírez, de aquí el general Lavalle defendiendo principios políticos distintos. De aquí se lanza el general Urquiza al grito de regeneración de poblaciones en masa, y ayudado de naciones que piden paz y seguridad.

"La Villa del Diamante ocupa uno de los sitios más bellos del mundo. Desde sus alturas, escalonadas en planos ascendentes, la vista domina un vasto panorama: masas ingentes de las plácidas aguas del Paraná, planicies inconmensurables en las vecinas islas, y en el lejano horizonte brazos del grande río y la costa firme de Santa Fe, pun-

to de partida de la gran cruzada de los pueblos argentinos.

"Animaban la escena del paso de las divisiones de vanguardia la presencia de los vapores de la escuadra brasilera, y la llegada de las balsas correntinas, construídas bajo la hábil dirección de don Pedro Ferré, y capaces de contener en su recinto, circundado de una estacada, cien caballos.

"Al amanecer del día 23 todo era animación y movimiento en las alturas del Diamante, en la playa, en los buques y en las aguas.

"En los países poco conocedores de nuestras costumbres el juicio se resiste á concebir cómo cinco mil hombres, conduciendo diez mil caballos, atravesaron á nado en un solo día el Uruguay, en una extensión de más de una milla de ancho, y sobre una profundidad que da paso á vapores y buques de calado.

"Esta vez el auxilio del vapor mismo hacía innecesarios esfuerzos tan prodigiosos. Embarcaciones menores pasaban de una á otra orilla los batallones de infantería en grupos pintorescos que matizaban de vivísimo rojo la superficie brillante de las aguas. El vapor *Dom Pedro*, de ligerísimas dimensiones, remolcaba las balsas cargadas de caballos, pero aún no satisfecha la actividad del general en jefe con estos medios, centenares de nadadores dirigían el paso de tropas de caballos, cuyas cabezas se diseñaban apenas, como pequeños puntos negros que interrumpían en líneas transversales la tersura del río. Por horas enteras veía-

se algún nadador luchando con un solo caballo, obstinado en volver atrás á la mitad del canal, mientras que el espectador se reposaba de la fatiga que causa el espectáculo de tan peligrosos esfuerzos, al divisar en la opuesta orilla los caballos que tomaban tierra, los batallones que desplegaban al sol sus tiendas, y allá en el horizonte los rojos escuadrones de caballería, que desde temprano avanzaban perdiéndose de vista en la verde llanura de las islas.

"Daba impulso á aquel extenso y variado campo de acción la mirada eléctrica del general en jefe que, situado en una eminencia, dominaba la escena, inspirando arrojo á los unos y á todos actividad y entusiasmo.

"En medio de la variada escena del paso del Paraná descubrióse al sur el humo de nuevos vapores que llegaban conduciendo tropas; y poco después túvose noticia que el general Mansilla había abandonado los acantonamientos de Ramallo, dejando clavados los cañones que guarnecían el Tonelero. Los entusiastas vivas de la población del Rosario saludaron á su paso á nuestros auxiliares, y varios oficiales del desconcertado ejército de Rosas obtuvieron pasaje en los vapores para reunirse á nuestras fuerzas.

"El 24, á las tres de la mañana, el general Urquiza se hallaba en la ribera occidental, dando las disposiciones necesarias para marchar sobre el enemigo. La operación militar que arredra á los más grandes capitanes está, pues, ejecutada, y el

pasaje del Paraná, realizado por un grande ejército y medios tan diversos, será considerado por el guerrero, el político, el pintor ó el poeta como uno de los sucesos más sorprendentes y extraordinarios de los tiempos modernos.

"La vanguardia del Ejército Grande está ya en el campo de sus operaciones. Entre el tirano medroso y nuestras lanzas, entre el despotismo que desaparece y la libertad que se levanta, no media más tiempo que el necesario para atravesar la pampa al correr ligero de nuestros intrépidos *jinetes*."

El general permaneció todo el día sentado en una silla al respaldo del rancho que servía de cuartel general, presenciando el pasaje, inmóvil, inabordable, porque aun sus allegados tiemblan de acercarse á él cuando desempeña una de esas funciones en que se quiere convertir el terror en una fuerza motora, para hacer á otros, á riesgo de su vida, vencer dificultades, contra las cuales ningún auxilio inteligente se pone en juego.

Los soldados, nadando, luchaban horas y horas con los caballos que de la mitad, de los dos tercios del rio, se volvían para atrás y volvían á la ribera. Una hangada construída sobre lanchas, hacía raros viajes con sesenta caballos en cada uno, por la falta de dirección, por la imperfección de los medios de embarque abandonados á caballerizos, comandantes de cada división, etc., etc. El resultado de la fascinación mágica de la presencia del general fué que en todo el día pasaron

seiscientos caballos de treinta mil que aguarda-
ban su turno. El general pasó en la noche el río,
y avanzó en las islas buscando la costa firme con
los dos escuadrones que primero pudo montar.

. . . . . .

(*Tomo XIV, pag. 153.*)

CAMPAÑA DEL EJÉRCITO GRANDE

BATALLA DE CASEROS

El general Mansilla me ha asegurado que Rosas, desbandada la mitad de su caballería, no debió tener diez y seis mil hombres en el campo de batalla. Hombres, porque soldados no tenía dos mil: hombres que, como en el batallón del coronel Hernández, fusilaron á su coronel, antiguo mazorquero, al frente del enemigo; hombres que, como en el batallón que se le seguía, fusilaron once oficiales antes de desbandarse; hombres, en fin, recogidos por la fuerza: el batallón de policía de Buenos Aires, los serenos, los muchachos en número de más de dos mil, los sirvientes, los presos, hombres atormentados veinte años, y que habían jurado, á riesgo de su vida, dejar caer al majadero, causa de tantos desastres.

No había, pues, batalla posible, aunque se iniciase como se inició, aunque hubiese de nuestra parte un plan de batalla, y el enemigo hubiese escogido sus posiciones.

No entraría en detalles, pues, sobre esta batalla si de uno y otro lado no hubiese habido la misma escuela militar impotente y nula. La batalla se inició sin guerrillas y por un fuego de artillería

de poco efecto, desde que las baterías estuvieron al alcance. El abandono del Puente de Marquez y los dos de Morón, por quien tenía artillería de calibre, aquella línea inmóvil, y aquel silencio y soledad que precedió á la batalla, da una idea de la fuerza moral, estratégica y física del ejército de Rosas. El general en jefe hizo cargar con su caballería el ala izquierda del enemigo, donde estaba la de Rosas, corrida en el Puente de Marquez. Esta se desbandó y no aguardó que se acercase la nuestra. No vi en el campo un solo muerto de caballería. Ignoro lo que esta masa de regimientos nuestros, que traspasó la línea enemiga, entre la batería de Chilavert, que era la extremidad de la izquierda de Rosas, hizo después, porque entonces debió evolucionar á retaguardia de la infantería enemiga para tomarla de revés. Cuando yo pasé por los lugares encontré al mayor Carril, de la división Burgoa, que iba á retirar una guerrilla avanzada. Todavía hacía fuego la batería de Chilavert. El general no tenía á su lado sino un edecán militar, que era el coronel Chenaut, que prestó inmensos servicios.

El general La Madrid, con una división de caballería de 1500 hombres, se corrió al Este, se dejó ir, y llegó casi á San José de Flores. Esta división no vió el combate. Nuestra derecha de infantería, mandada por Galán, no alcanzó á entrar en línea, pues no avanzó desde la primera formación, cuando avanzó el centro. Por tanto, los batallones de Rosas se habían desbandado ya,

antes que llegasen á tiro de fusil. El motivo que dió Galán de no avanzar fué la falta de orden. Sin orden avanzó el coronel Bivero con tres batallones de Buenos Aires, y al llegar á la proximidad del enemigo, que tenía al frente, se desbandó éste; un batallón solo hizo una descarga.

Lo más característico de ambas formaciones de batalla era que no habían reservas de infantería ni en una ni en otra. Nosotros teníamos en línea diez y ocho batallones. La primera línea se formó á cinco cuadras del enemigo, y ahí pasamos toda la mañana.

A nuestra izquierda los orientales hicieron martillo para tomar de flanco la casa fortificada, y más á la izquierda pasó la división Urdinarrain, de mil quinientos hombres de caballería, y no tomó parte en el combate por falta de orden; ni estaba á la vista, por haber formado en un terreno más alto, de manera que al acometer la casa no hubo un escuadrón de caballería á mano que se pedía para amenazar la retaguardia. La artillería oriental no pudo hacer fuego porque las mulas que la tiraban en su vida las habían visto más gordas tirando cañones; creo que eran mulas de arreo sanjuaninas. La artillería brasilera se hallaba al frente de batalla de las casas en el mismo caso; pero el brigadier Marquez mandó desatelar los cañones y obuses y los hizo avanzar á brazos. La artillería que mandaban Pirán y Mitre, fué la que sostuvo el cañoneo del centro durante toda la jornada.

El combate, pues, se redujo á la casa de Caseros, embestido el frente y el costado de la derecha por diez batallones de infantería de línea brasileros y orientales; y aunque hubo resistencia de la artillería colocada en el patio que no veía lo que pasaba en todo el campo, y un momento de fuego muy nutrido de infantería, el combate era demasiado desigual para que durase largo tiempo. Con la mitad de estos batallones la artillería de Mitre y Pirán, y la división Urdinarrain ú otra cualquiera de caballería, no habría habido en qué empezar en despecho de sus posiciones fortificadas con la chusma que había puesto en línea Rosas.

. . . . . .

(Tomo XIV, pag. 234.)

EL CAMINO DEL LACIO

UNA TARDE DE OTONO

(*El Nacioual*, 14 de Marzo de 1856.)

Es el otoño en la naturaleza lo que la última época de la juventud en la vida, alegre sin bullicio, porque ya se conocen las decepciones, melancólica sin tristeza, porque se sabe que al fin las dolencias del alma tienen su bálsamo en el tiempo que mata afecciones, dolores, resentimientos y esperanzas.

En Buenos Aires el otoño se colora con accidentes especiales al clima y á la fisonomía del suelo. La atmósfera reposa entonces de las tempestades eléctricas que la han sacudido en el verano, y la vegetación, sin la vivacidad infantil de la alegre Inglaterra, sin el tostado tinte de la vieja Italia, se tiñe de matices diversos, dando á cada género de plantas su fisonomía general; amarillosos los sauces llorones, estúpidamente lozanos los ombúes, pálida la gramilla, enrojecidos los cogollos de los damascos; y si algunos caobos están por allí, sus blancas azucenas traerán reminiscen-

cias de primavera, para dar toques al colorido del cuadro que no es ni enteramente severo, ni tan alegre que no inspire recogimiento.

La falta de montañas en el horizonte hace que el sol descienda visible hasta el perfil de la tierra, y los celajes y nubes que atraviesa á menudo, ostentan á veces todos los efectos de coloración y formas de los cielos tropicales. Ni ópalos más puros, ni caprichos más fantásticos se ostentan en parte alguna, en esas decoraciones de ópera, iluminadas por fuegos de Bengala, que á la caída de la tarde figuran cortinas pomposas del lecho adonde se inclina majestuoso el astro de luz, cual si quisiera reposar de su carrera diurna.

Seguirlo con la mirada fija en su disco luminoso; verlo agrandarse, ruborizarse y mitigar lentamente sus resplandores, á medida que desciende; iluminar de tintes de fuego, con sus rayos horizontales, los objetos, y caracterizar las lontananzas, azuladas las remotas, moradas y vaporosas las más próximas, sin cuyo artificio de luz oblícua no hay panorama en Buenos Aires; contemplar estáticos estas plácidas maravillas de iluminación *calda,* como la del cielo de Nápoles, hasta verse esconder el sol tras un grupo de árboles, cuyas ramillas diseña sobre su fondo de oro, y descender y sepultarse, al fin, como una hostia de fuego que guardan en una urna al pie de un árbol, son goces estos que están al alcance de todos, y muchos no experimentan, porque la facultad de sentir la naturaleza se educa con los viajes, la edad y el tedio de la vida.

Así en las largas peregrinaciones, al través de la tierra y de la vida, se aprende á gozar con avaricia de lo que Dios da y nadie tiene interés en disputarnos.

Hay algo de melancólico, de filosófico en la puesta del sol, de que carece la salida. El niño salta de contento al ver asomar el sol en el horizonte; pero sólo en la edad madura se goza profundamente en verlo ponerse; acaso por la misma causa las avecillas le entonan himnos de alegría desde el alba, y se retiran calladas á sus enramadas desde temprano en la tarde.

Cuatro veces hemos ido á las islas del Paraná, por ver una buena iluminación de luna llena sobre los silenciosos canales. Al fin la vimos sublime, como en el Lido de Venecia.

. . . . . .

(*Tomo XXVI, pág. 5.*)

EL BASTÓN DEL VIRREY

LA VIRGEN MULATA

(LEYENDA HISTORICA) (1)

El 24 de Octubre de 1808, observóse después de una hermosa tarde de primavera que en Córdoba á fines de aquel mes ya se asemeja al estío, un desusado movimiento y animación en ciudad de ordinario tan quieta entonces, con sus seis mil habitantes, como se muestra aún hoy la de Santa Fe, exentas ambas del bullicio y movimiento de un puerto, sin industria ni comercio activo.

Las campanas repetían de una torre á otra sus alegres repiques, y de cuando en cuando un cohete volador, escapándose de entre los edificios que ocultaba una calle, se elevaba en el cielo, estallaba una vez, quedando no obstante los ojos de los curiosos fijos esperando que reventase el puñado de petardos que había dejado escapar al reventar. Seguíanlos la muchedumbre de chicuelos que atrae por centenares el ruido de las fiestas.

(1) Publicado en *El Nacional*, en Julio de 1883.

De tiempo atrás se habían suprimido las Tarascas y gigantes que en Lima y en Quito preceden todavía á la cruz, y que tienen por objeto dar pábulo á la alegría de los chicuelos, y llevarlos embelesados delante de la procesión oficial, á fin de que no embarazasen su marcha. Los cohetes voladores ejercían ahora la misma fascinación, atisbando la turba juguetona la caída de lo que fué cohete, para correr sobre él, hacerse cargadilla los unos á los otros en gloriosa disputa por la posesión de aquel codiciado despojo.

Desde la plaza principal á donde se hallaban reunidas las familias de más viso, y de alta prosapia, pues que solo como espectadoras les era dado asistir á la fiesta, que aunque muy devotas, era para gentes de baja esfera, dejábase oir ya el rumor de los cánticos, los golpes acompasados de la tambora y aun el tin tin del triángulo y los gemidos de los violines, cuando desembocó por la calle que del Convento de Santo Domingo conduce á la plaza de armas de la ciudad, la procesión de Nuestra Señora del Rosario que en otras partes se llama de Menores, por ser sostenida por la Orden Tercera de aquella advocación, pero que en Córdoba siguiendo la tradición, se llama la fiesta de Nuestra Señora de los Negros y Mulatos, no obstante que ya no quedan negros, y muchos de los antiguos mulatos han pasado á ser caballeros, siguiendo el natural desenvolvimiento y progreso de los tiempos.

Era aquella en efecto la procesión de la Vir-

gen de los Negros y Mulatos, que había acabado por abreviación en ser llamada la Virgen Mulata. El acompañamiento era numeroso; largas y cerradas las dos calles de antorchas de palo con candilejas que sostenían una vela encendida; muy lucida la banda de música de mulatos y negros del Convento de Santo Domingo que seguían las andas de la Virgen y acompañaban los cantos de los Reverendos Padres en número considerable de padres de misa y mayor número de coristas.

Esta Cofradía del Rosario la componían centenares de mulatos y de artesanos, vestidos ese día con sus trajes de domingo, y llevando al cuello el escapulario de la Orden cómo distintivo.

Arreciando el ruido de los cohetes voladores, fué agravado por el estampido de las camaretas que suplian á la artillería de todos calibres y de cuyas piezas, una formidable batería aguardaba en la plaza que asomase la cruz para saludarla dignamente.

La cabeza de la procesión asomó en efecto y se dirigió hacia el Cabildo á los gritos de los mayordomos: ¡ande la cera! ¡pare la cera! ¡que no se corte la cera! como comandantes y capitanes que dirigen la marcha de los batallones, y en medio del rumor atronador de las campanas de la hermosa catedral, suficiente para apagar las voces chillonas de los coristas y dejar los bajos profundos de las cogullas más graves, quedar como ronquidos de gente que duerme.

En el Cabildo había alg ode nuevo esta vez que

traía á las gentes alborotadas y hacía levantar la vista á todos los que con la Virgen pasaban en romería.

A más de los alcaldes de primero y segundo voto, los corregidores y cabildantes y grandes funcionarios públicos con sus familias y cuantos podían obtener un lugar en posición tan ventajosa para ver desfilar la procesión de los negros, que era siempre muy novelesca, veíase hacia el centro, rodeado de edecanes vestidos de gran gala, nada menos que al virrey don Santiago Liniers, á quien había invitado á honrar con su presencia la procesión de la Virgen del Rosario de los Negros.

Los que no han alcanzado aquellos felices tiempos no se dan cuenta hoy de la animación y entusiasmo que se veía pintado en aquellos pardos semblantes, al recorrer las calles en ordenadas filas, con la compostura y seriedad de una Orden religiosa, como lo hacían sus amos y patrones los Nobles en otro día del año.

Acompañaban al virrey como es costumbre de los altos funcionarios en viaje, á más de los cuatro edecanes que al rango de virrey correspondían, los secretarios y oficiales de la guardia del representante del soberano, y varios jefes y oficiales del ejército que un año antes había tan brillantemente batido al inglés bajo sus órdenes en las calles de Buenos Aires y que aprovechaban la ocasión de la ida del virrey á Córdoba su patria, para pedir licencia y obtenerla de sus jefes, á fin

de visitar á sus familias y volver á ver el lugar en que se deslizó su infancia.

El grande acontecimiento de la época, tan grande que su fama iba conmoviendo los espíritus por toda la América española y aun causaba asombro en la vieja Albión por lo inesperado, era la por siempre memorable Reconquista de Buenos Aires, obrada por los denodados tercios que con tanto ardimiento la acometieron. Haberse hallado en aquella jornada, haber desenvainado su espada contra el inglés y vencídolo y forzádolo á capitular, era motivo de orgullo tan legítimo, como haberse hallado en Austerlitz para un francés, ó en Waterloo para un prusiano.

El virrey y su acompañamiento eran objeto de contemplación y asombro para los pueblos como los héroes de la jornada, los cuales no acababan nunca de contar y repetir la gloriosa leyenda, variada según el punto que ocupaba el narrador en los combates parciales de las calles y aun azoteas de Buenos Aires.

Habíase distinguido como valiente en aquella jornada un capitán, cadete desde niño al servicio del rey, y formaba ya parte de los jefes y oficiales que quedaban reconocidos como regulares, y acompañaba al señor Liniers esa noche, porque de noche cerrada llegaba la procesión de la Virgen mulata al Cabildo, y por su rango tenía su lugar entre la comitiva que acompañaba al virrey y formaba como un lucido Estado Mayor en torno suyo.

Como era de costumbre, y aun se conserva en nuestros tiempos, la familia del capitán tenía entrada ese día á los altos del Cabildo, pues la madre aunque mulata, era una celebridad en Córdoba, á causa de su rara belleza, por entonces ya ajada por el transcurso de los años; pero substituída, como sucede afortunadamente á las mujeres, por el más sólido mérito de ser madre de un bravo capitán de las tropas del rey, y uno de los héroes de la Reconquista, cuya fresca historia andaba en boca de todos.

Era aquella afortunada madre mulata del Convento de Santo Domingo y por tanto esclava antes de declarada en 1813, la libertad de vientres. Su extremada belleza había sido, sin embargo, motivo ó moneda de su rescate, pues tan gran belleza en mulatas, trae consigo protectores naturales y provoca apoyos en el camino de la vida. No profundicemos estos misterios, muy comunes y aun aceptados en el clero regular en aquellos tiempos, y contentémonos con saber que la linda mulata tuvo larga familia, y que al primogénito Juan Bautista, cupo el insigne favor de ser recibido cadete al servicio de Su Majestad, y su hermano Francisco el de ser recibido doctor en leyes en la Universidad de Córdoba.

Juan Bautista en su infancia había tomado la delantera de la procesión y acaudillado también los muchachos andariegos que acuden á estas fiestas.

La ennoblecida mulata había seguido antes la

procesión de la Virgen y esta vez se mostraba interesada en la gloria de la Orden, y más que todo en la bendita imagen de Nuestra Señora del Rosario de Negros y Mulatos, advocación humilde hoy, pero que entonces sólo indicaba una división social aceptada por la religión misma. Si alguna señora hubiera querido mirar en menos ese día de la fiesta solemne de la Virgen tutelar, á la mulata que en los altos del Cabildo se rozaba con ella ó la tomaba acaso el lugar mejor para ver la procesión, no tenía más ésta, para confundir su orgullo, que levantar los ojos y mirar complacidos al gallardo capitán don Juan Bautista Bustos que estaba á su lado, pues con el grado de alférez un militar español, adquiere el título de Don y la nobleza que corresponde á un escudero.

II

La fiesta de Nuestra Señora del Rosario de los Negros era una de las funciones más solemnes y con más ansia esperadas, en medio de la monotonía de la vida claustral de un lado, y de la desocupación y falta de movimiento de los vecinos de una pequeña ciudad del interior. La fiesta de los negros y mulatos, como que éstos, ya fuesen esclavos ó libres, estaban íntimamente ligados con la familia, interesaba á éstas en su regocijo anual, único día en que se sentían elevados á la condi-

ción de hombres por la comunidad de culto, resultando una especie de carnaval cristiano según el espíritu de las fiestas de Saturno en Roma, en que los amos se ponían al servicio de sus criados y esclavos, y las galas y joyas de las señoras bajaban á adornar los cabellos ondulosos de las graciosas mulatas, y las *chaqueras* de perlas iban á ceñir las gargantas de ébano de las negritas. Hasta muchos años después de la emancipación, se conservaron en las provincias los bailes de mulatas, en que rivalizaban, no tanto las criadas, cuanto las familias á que pertenecían, en el lujo de los adornos y el valor de las joyas, si bien las portadoras se disputaban la palma, por el garbo para llevar los vestidos, la compostura de los modales, y la gracia de los movimientos de majas andaluzas y de la real moza castellana, que imitaban á la perfección.

Al pasar por el frente del Cabildo la Virgen Mulata, el virrey se sintió profundamente conmovido y exclamó (dicen las crónicas) viendo las bellas formas de la imagen: ¡qué hermosa es! Es con efecto bella, la Virgen de los Negros, aunque de estatura reducida. Aquella figura inmóvil de la estatua, adquiere en los países españoles tal realidad con los trajes de géneros preciosos y las joyas brillantes de que está recargado el pelo humano que lleva, la garganta, y aun los dedos con sortijas, que el devoto supersticioso acaba por darla vida, y aun dirigirle la palabra, como lo hemos presenciado no pocas veces.

El entusiasmo que veía brillar Liniers en los ojos y movimientos de los acompañantes, pues todos levantaban la vista para mirarlo al enfrentar al lugar que ocupaba en el Cabildo, debió fascinarlo y hacerle ver muestras de vida y animación de la adorada imagen misma á la cual imprimen movimientos ondulatorios los portadores, pues que no bien había pasado la Virgen llamó á uno de sus edecanes, y entregándole el bastón de virrey que tenía en las manos, lo envió conduciéndolo, á depositarlo á los pies de la Santa imagen, como homenaje y culto rendido por el poderoso virrey á la Virgen de los Negros y Mulatos de la Orden Tercera de Santo Domingo de Guzmán.

No olvidemos que allí estaban los Bustos, y madre é hijo presenciaron el acto del virrey de dar á aquella imagen el emblema de la autoridad real, y su satisfacción y orgullo no debió reconocer límites, si se tiene presente que era la una mulata del Convento y el otro un soldado predilecto del virrey. ¿No se diría que el bastón se ponía bajo la custodia de tan bravo capitán y la raza secundaria era constituída depositaria de prenda tan valiosa? ¿No estaría predestinado el soldado á defender la institución religiosa misma, y si necesario fuere defender y vengar al virrey cofrade por este acto de acatamiento á la Orden?

¡Extraño acontecimiento! ¡y más extraña inspiración! si se atiende que la beldad física de una imagen, no es motivo bastante á conmover el corazón de tan ilustre y elevado personaje, siendo

además francés del siglo XVIII, de quien no debe suponerse tan crasa superstición. El edecán llegó á ponerse al habla con los oficiales; y en Santo Domingo al entrar la imagen, fué bajada de las andas, dice la tradición; pero es más probable que al restablecerla en el altar de donde la tomaron los portadores de las andas, la colocasen en las manos, cuyo pulgar está apartado para sostener el magnífico rosario de oro que lleva con los vestidos de gala de la fiesta, el bastón de marfil, puño de oro y ceñido de una franja de diamantes que á la sazón llevaba el virrey Conde de Liniers.

. . . . . .

(*Tomo XXXVIII, pag. 70.*)

ORIGENES DE LA CIVILIZACIÓN ARGENTINA

Cuando se recorre la América del Sur, aun en el año setenta de su Independencia, se encuentra que cada ciudad, sea Santa Fe de Buenos Aires, ó Santa Fe de Bogotá, está trazada á cordel, cruzándose á guisa de damero sus calles de doce varas de ancho, con una plaza de armas que contiene el Cabildo, la cárcel, la iglesia matriz ó Catedral, y á una cuadra á todos los rumbos los conventos de Santo Domingo y San Francisco como santos de tabla, la Merced y Agustinos por complemento, y por añadidura monjas carmelitas, descalzas, claras, etc. Permitido que hayan belermitas para cuidar caritativamente de los enfermos; pocas veces faltarán beaterios y casas de ejercicios y por poco que se busque ha de encontrarse el colegio de enseñanza de los buenos padres jesuítas.

Si este tren de la colonia subsiste sin alteración sensible, podéis estar seguros que no ha entrado allí una idea nueva ni soplado el viento de nuestro siglo.

El viajero que desembarcará en el muelle del Puerto Madero, pues ya está en construcción, pasará por los malecones del mas vasto puerto artificial proyectado en la América del Sur. Costará veinte millones y con eso está dicho todo. A los pocos pasos del muelle se encontrará con un tronco común á todos los ferrocarriles que de esta ciudad parten á los extremos sud hasta Bahía Blanca y la Patagonia, al oeste hasta Valparaíso en el Pacífico, al norte hasta Tarija, Charcas y la Paz. Si resucitara el exánime Potosí, pudiera mandar sus *situados* de plata á embarcarse en este mismo puerto, pues por el pasan las barras de cobre, bismut, estaño y oro de otras minas.

La plaza que fué de Armas, no es ni el cuadrado que fué en la colonia, ni plaza de Armas sino un gran forum, mayor que el de Roma, donde está la Bolsa, el teatro y la Catedral, los centros de reunión más ó menos animada del pueblo; y en la vieja fortaleza la Casa que se conserva rosada, las inmensas aduanas al frente; bien es verdad que como rezagos de pasados tiempos, hay un templo elevado al Dios de la Guerra, mientras el Capitolio en que debiera oirse la palabra libertadora, es todavía una tapera, como fueron de antaño todos los edificios públicos.

Andase algunas cuadras en todas direcciones penetrando en la *city,* y no obstante la suntuosidad de los edificios exelsos, suprimidos los antiguos patios á la manera del de Diómedes en Pompeya, nótase que lo toma de la garganta en aire ence-

rrado en la colonia, sintiendo á humedad, á corrupción miasmática, opresión y falta de aire respirable para vivir, como si las casas amenazasen cerrarle el paso, como si la ciudad fuera toda ella un conventillo en que, bajo las exterioridades del lujo que le dan barrunto de galerías de palacios, se ocultasen casernas, mazmorras y guarniciones de disimuladas fortalezas.

Felizmente, no se han atrevesado diez cuadras en todas direcciones, cuando comienzan los pulmones á rellenarse de aire más puro, lo que fuerza á fijarse que las calles se ensanchan á veinte y veinticinco varas, y á poco se atraviesan bulevares y avenidas de treinta y cuarenta de ancho, que flanqueados de bellísimas construcciones modernas, ligan plazas, jardines y bosques, y llevan á distancias de leguas por plácidas y pavimentadas carreteras, trazando á la ciudad que ya se extiende por leguas, arterias que ligan estaciones de ferrocarriles, algunas de ellas dejando atrás al Charring Cross y otros monumentos de Londres.

Tropiézase así con el Panteón que ocultan bosques, columnas y grutas; con el Bois de Boulogne, á quien robaron su histórico nombre de Palermo, por apropiárselo á otro recuerdo, como los provincianos, cuando llegaba la noticia de haber sido asesinado un Emperador, cortaban á sus estatuas las cabezas para adaptarlas al mutilado cuerpo la cabeza en marmol de Carraca de su sucesor que les expedían por correo los artistas griegos esclavos de Roma, porque nunca hay héroes más aplau-

didos y decapitados en vida y en efigie que los imperantes.

Buenos Aires, pues, no es la colonia antigua que continúa en otras ciudades, aun después de la Independencia; es ya la Europa que ha atravesado los mares con sus formas que revelan la vida moderna, aunque todavía haya poetas coloniales que como lo hacía con éxito Ventura de la Vega, fastidiado de los dramones españoles, ponía al frente de sus socorridas traducciones de *vaudevilles* franceses, *adaptados al teatro español.*

He recordado un efecto palpable, tangible, del cambio material de las formas arquitectónicas, vías de comunicación y órganos respiratorios de una gran ciudad, para señalar el camino que se han venido abriendo las ideas desde la erección del Virreinato hasta nosotros; y como la vida nueva está ya dotada de sus anchos teatros, como el Coliseo de Vespasiano trazado para 120.000 espectadores, mientras el hábito y la rutina nos tiene encasillados en la vetusta armazón del Buenos Aires colonial y empeñados en desgarrarnos las entrañas por hacer que por bulevares ruinosos penetre el aire para que respire un difunto, sin ver que la ciudad se ha ido, se va yendo por los bulevares Callao, Rivadavia *extra muros,* Córdoba, Alvear y sus suntuosos y amplísimos derivados. Oh! colonos!

Puede, por un arreglo político, cambiar de un lugar á otro la sede del Gobierno y elevar en rango al que estaba oprimido. Pueden, como en la Pe-

nínsula, anexarse reinos, confundir lenguas, abolir fueros; pero las partes componentes de un nuevo todo tienden largo tiempo á desintegrarse, como si á cada uno se le degradase de su superior gerarquía.

El Virreinato no estuvo exento de estos retraimientos, aunque por lo tanto no se anunciasen, sino por sordos crujidos, como maderas mal ajustadas.

Las ciudades peruanas, por ejemplo, traían con siglos de existencia propia á peruana, como lo eran de origen sus habitantes, la intuición de su propio valer, visible á ojos extraños, por aquellos dotes que mas realizaban el valor moral de los pueblos. ¿Qué les pedirían que no ostentaran en grado superior? Tenían la posesión de los metales preciosos, la medida del valor colonial, pues no se poblaban aquellas comarcas donde los indios ó la leyenda no indujeron á buscarlo. No encontrándose en el Río de la Plata, sus ciudades languidecieron por siglos, sin que sea aventurado el decir que la fábula del Dorado, aquel país encantado colocado al sur del Continente, fuese una invención hábil de la política para impulsar la conquista para ese lado.

Potosí era la riqueza por antonomasia. Los galeones de plata daban vida, no solo al comercio sino que sostenían, con sus subsidios á los gobiernos de otras provincias, saldaban los gastos de las guerrras, colmaban en España los vacíos del tesoro y aun quedaba algo para el botín que hacía el

enemigo en alta mar, como sucedió en el buque que llevaba al colegio de San Ildefonso al niño que fué después el General Alvear.

En la Presidencia de Charcas estaba la universidad civil de estas colonias y sus 350 doctores daban brillo á ambas curias, donde quiera que hubiesen derechos ó intereses que defender. ¡Qué sería el distante Buenos Aires, en el togado y sabio concepto de aquellos habitantes, Buenos Aires poblado por pobres pastores, disecadores al sol de cueros de vaca para vender á los mercaderes en cambio de vestidos y quincallería! Charcas y Córdoba, arzobispados con clero numeroso, corporaciones religiosas de ambos sexos, predicadores célebres, habiéndose ya celebrado un Concilio Sinodal en la Sansa Catedral de Charcas. Hoy tenemos en poco estas excelencias y supremacia que reclamaban los pueblos y ciudades desparramados por la América, los que reputábanse tanto más ligados á la civilización, cuanto más torres, campanarios, cúpulas y agujas hacían que el labriego de los campos, el indio arreando sus llamas ó sus borricos se extasiase contemplando desde lejos los signos visibles de la superioridad de los conquistadores blancos.

Decíase que Buenos Aires era una ciudad que iba creciendo por los beneficios del contrabando que ingleses, holandeses y portugueses introducían en aquellas regiones con perjuicio de la real hacienda; y aun comerciantes á derechas que fueran, tenían al comercio por profesión innoble, como las

artes mecánicas que no debían encallecer las manos que estaban destinadas á manejar la espada.

Y tal era la verdad de estas cosas. Buenos Aires ni una universidad, ni casa de estudios mayores tenía hasta 1778 que el primer virrey sancionó, creando la de San Carlos. De jueces doctos proveíalo la España, y de abogados la universidad de Charcas. En la jerarquía de la Iglesia era simple obispado, desmembrado del Paraguay, siendo Charcas silla arzobispal, y Córdoba preeminente por ser obispado y universidad á la vez y dotada de un colegio preparatorio, un seminario conciliar, de un colegio máximo de jesuítas, que poseyeron los puntos más bellos y productivos de su mal regadas campañas, como Aita Gracia, Jesús María, etcétera.

Pero de aquellas mismas deficiencias coloniales, Buenos Aires había de sacar fuerzas de flaqueza. Dado los nuevos rumbos que andaba el siglo que iba á principiar, todo ese camino menos tenía que andar.

El regiamento presentado en 1816, fijando en dos años la enseñanza prescribía los elementos de aritmética, álgebra, geometría y geometría descriptiva, y las trigonometrías planas y esféricas con sus aplicaciones al modo de levantar planos y á la nivelación, para el primer año. En el segundo se

darán algunos principios de cálculo diferencial é integral, de mecánica y astronomía y de navegación (Juan María Gutiérrez, pág. 211).

El estudiantillo vulgar de nuestros colegios nacionales y particulares en la capital y las provincias actuales, se persuadirá al leer estos programas que se trata simplemente de adoptar la enseñanza al objeto de la institución ó de elegir textos de los que por docenas ofrecen diversos las librerías. Pues de algo más serio hablamos y pudiéramos decir como Mme. de Sévigné en carta á su hija: adivinad ¿qué será? Os la doy en diez, ¿os dais por vencidos? *vous jetez votre langue aux chats?*

Pues os lo diré: se trata en aquel sublime reglamento de hacer oir por la primera vez lo que hasta entonces no se había oído en toda la extensión de la América del Sur, en los claustros de las universidades, en las aulas de los colegios: las palabras con su sentido propio y uso correcto de aritmética, álgebra, geometría, trigonometría, cálculo diferencial é integral, de mecánica, astronomía y navegación, en lugar de las clases que con aplauso regenteaban en Córdoba, de *prima* el Rev. P. Rector, de *vísperas* el P. Fray Nicolás Lacungas, de *canones* el P. Fr. Luis Pacheco, *de moral* el P. Fr. Fernando Braco, *de escritura* (esta clase estaba ligada al Rectorado), de *derecho civil* el doctor don Victoriano Rodríguez, *de prima* y *de vísperas* el doctor don Dámaso Joseph Gigena y *de la filosofía primera* el P. Fr. Francisco Casta-

ñeda y la segunda Fr. Hipólito Soler; y gracias que no tuvimos cátedra de escolástica dogmática y otras distinciones con que fueron otras universidades favorecidas por bulas pontificias.

Al obispado de Buenos Aires, que pudo calificarse de *mínimo* en la jerarquía colonial, nada ó poquísimo le tocaba de aquellas santas munificencias, pues consta de estados de enseñanza en 1772 que había en sus aulas en teología 16 alumnos, en filosofía 77, en gramática 144; y á esto estaba reducido el saber de los habitantes de una región considerable de la superficie del globo.

Toda la América, y preciso es decirlo contra las preocupaciones que ha dejado de designios pérfidos la corona, todas las Españas se encontraban en situación análoga, salvo instituciones reales para proveer á necesidades del servicio. La instrucción pública continuó en América siendo eclesiástica, como lo había sido en Europa durante la edad media y la secularizó el Renacimiento y la Sorbona en Francia.

En España continuó la edad media que se difundió y estableció en América. Si son expulsados los padres jesuítas ¿á quiénes confiar la educación mejor que á los padres franciscanos?

La edad media, pues, en esta América iba á concluir con la erección de un nuevo Virreinato, con su capital á las riberas de la mar Atlántica, á fin que las brisas que les traerán los alíseos refresquen su mente y le transmitan como perfumes de

las humanas flores, los hábitos de la civilización moderna que está cambiando la faz del mundo.

Al crearse el colegio de San Carlos en Buenos Aires, en nada menos se pensó, que en introducir clase y curso de estudios, que desbordasen del vaso estrecho en que era mantenida la educación oficial, si bien es cierto, que ya se sentía la necesidad de fundar escuelas en que se enseñase la geometría, la náutica y la mecánica ; y como una prueba de que el espectáculo del Río de la Plata, esa dulcificada internación del mar, hacía nacer con sus naves, su comercio y movimiento, nuevas ideas en el espíritu de los colonos, reviviendo los vínculos, tan laxos ya por el apartamiento, con el resto de la humanidad, que apenas se crea el Consulado de Comercio, el secretario induce á alguien á fundar una escuela de geometría, arquitectura, perspectiva y toda clase de dibujo, no enseñándose en realidad ninguno de aquellos ramos sino el dibujo, por las dificultades opuestas.

Fué el joven Belgrano el secretario del Consulado, que había de ser *Marcellus* en la revolución de la Independencia, el que preludió por solicitar la regia autorización para crear la Escuela Náutica de Buenos Aires, que solo alcanzó á funcionar en 1800, rindiendo examen ante el virrey diez y seis discípulos que no fueron pilotos de ningún bajel que cruzase los mares, pero que lo fueron, ellos ó sus hijos, de la nave del Estado, según la frase consagrada, en el proceloso é insondable mar de las revoluciones políticas. A más del nombre del secretario del Consulado que rompió *la*

glace con su creación, figuran como examinados los apellidos de Rivadavia, Alvarez, Cruz, Arana, Lascano, Igarzabal, Fernández, Cuenta, Herrera, Elizalde, Goyena, Gordillo y otros.

Y rindieron examen... no se nos tache de cargosos repitiendo y ampliando lo antes dicho, porque en nuestro caso estos programas realizados traen aparejada la revolución de medio mundo.

¿Creérase que tan inocente enseñanza estaría exenta de contrariedad? "La Academia y la escue-
" la de dibujo reunidas en un mismo lugar, reci-
" bieron juntas el torpe golpe que acabó con una
" y otra. La corte española declaró que semejan-
" tes establecimientos eran de *mero lujo* y los su-
" primió por una orden que envolvía una severa
" reprimenda contra el Consulado que las había
" creado". (Gutiérrez, pág. 183).

Y sea este el lugar, sino de justificar á la España, al menos de atenuar los cargos que la Revolución le hizo, por estas restricciones impuestas como intencionalmente en América á la difusión de los conocimientos útiles. Es el caso de la popular ironía—tú que no puedes, llévame á cuestas. Si la España hubiese tenido entonces conciencia de su propio mal habría dicho como el emperador Guatimosin de Méjico (si es cierto que lo asaban á fuego lento para mayor gloria de Dios) ¿creéis que yo estoy sobre un lecho de flores?

La España de entonces estaba removiéndose apenas en el lecho de adormideras que le habían preparado para convalescencia de sus *quemaduras*

de tres siglos de hogueras, para aletargar el pensamiento y alejar las inspiraciones del renacimiento que principiaba á alborear en Buenos Aires, antes que en España, en cuanto á emancipación de las ideas.

Pruébalo esa clausura y la erección de inspiración americana que la motivó. No debía ser la marina la preocupación de los naturales de entonces, sino el estudio de las matemáticas. Pero sucede que el hábito amolda el cerebro humano de cierta manera que no puede en un punto, ó como dijeran los especialistas, en una de sus circunvoluciones, cambiarse una idea, sin que todo el orden de ideas anteriores se efecte, ó se subleve para traerlos al antiguo y habitual orden. Lutero peleará con el diablo que lo tienta; Calvino perseguirá á fuego á las brujas como Torquemada.

En la mente de los políticos de entonces salidos de cuarenta universidades peninsulares, modelos de la de Charcas á la que se le concedía los privilegios de Salamanca, era un *mero lujo* enseñar matemáticas en novedosas y ociosas escuelas de náutica en Buenos Aires. ¡Puro lujo! ¿Quién les va á encomendar á aquellas buenas gentes la dirección de buques de que carecen, no teniendo siquiera puerto en que se alberguen las pretendidas naves? Y esta era la verdad.

Los fundadores de la escuela nàutica de Buenos Aires lo que querían simplemente era una cátedra de matemáticas para la profesión de ingenieros civiles que no daban las universidades de teología,

sirviéndose para ello de un equívoco, pues no habiendo ingenieros, los *pilotos* de los buques de alta mar eran los encargados de medir las tierras, amojonar las heredades y aun hacer particiones de las testamentarías, como contadores, pues era también de mucho lujo entre doctores *in utroque*, maestros y definidores, no saber contar, como hemos tenido el honor de alcanzar á muchos que de la escuela de leer mal y escribir peor, los pasaban al arte de Nebrija á tartamudear musa, musoe y mascula sunt naribus, sin entenderlo.

Tan injusto es, pues, acusar á la Corte de España de intención torcida al mandar cerrar aquella Academia, como asucar á Basavilbaso, el actual Rector, de no proponer la reforma de los estudios univertarios siquiera introduciéndoles un poco de ciencias naturales. Sería exigirle á Basavilbaso que se anticipase él mismo de un siglo de lo que él es. Las ciencias naturales no fueron introducidas en el currículo de la universidad de Córdoba sino en 1872, haciendo venir seis profesores para enseñarlas, y costó un triunfo que el Congreso se resolviese á ajustar por el mismo tiempo doce mil pesos para la erección del Observatorio astronómico, no por obedecer á malos designios, ni á oposición, sino por ser según nuestra teoría, extraño á los movimientos de nuestro cerebro español todo lo que huela á ciencias naturales de que no sabemos que hacer todavía, estando casi ociosos los profesores en Córdoba y habiendo sido necesario habilitar *pilotos*, según la frase antigua, á los es-

tudiantes que debieron ser de mineralogía, metalurgia, geología y química de la escuela fundada en San Juan, donde empieza á revivir la minería, extendiéndose sus piques á las montañas de Córdoba, San Luis, Mendoza y La Rioja, á donde van ingenieros de minería (subterráneos como se llamaban antiguamente) para dirigir las labores y ensayar los metales.

En achaques de educación continúa sucediendo en América con los americanos mismos, lo que antes de la emancipación, se le colgaba á los españoles. Durante la administración libérrima de don Pastor Obligado, tan patriótica como la que más en la intención, negóse la creación de un departamento separado de educación primaria, afecta esta parte al Rector de la Universidad, no obstante presentarse persona especialmente entendida en estas materias: pero introducida en el presupuesto como de contrabando la separación, hubo de proponerse los *ítems* que para el año entrante debían añadirse, y el jefe (letrado ó perito en materia de escuelas) propuso 200.000 pesos papel, como 10.000 fuertes, para útiles y libros para todas las escuelas de la Provincia, que había restablecido y se proponía fomentar las que ya había establecido Rivadavia, para la ciudad que contaba catorce y la campaña que no acabaría de contar las que necesitaba. Por poco no se cae de espaldas el buen gobernador al leer la cifra corregida del anterior presupuesto que rezaba 20.000 $ (menos de mil fuertes). Era de no creer á sus ojos. ¡200.000 pe-

sos en útiles y libros! Ya empezaba á cobrar fama de loco el autor de la enmienda; pero se atribuyó el error á no estar en antecedentes este mozo que venía de fuera.—Venga doctor, díjole al entrar á las oficinas del despacho al doctor Vélez Sarsfield (traductor de la Eneida, codificador de nuestra legislación comercial y civil), quien acertaba á ser ministro de gobierno; venga doctor á ver la graciosa equivocación de su amigo el jefe nuevo del Departamento de Escuelas! Como no está en antecedentes su amigo ha leído en el presupuesto del año pasado el *ítem* de 20.000 pesos para útiles, y al copiarlo se le ha agregado un cero y propone doscientos mil!—Rieron mucho gobernador y ministro de la peregrina ocurrencia; pero el ministro que tenía mejores antecedentes del asunto, sugirió antes de enderezar el casual entuerto, hablar con el causante, porque, decía el cándido doctor, no sé que le he oído á Sarmiento y bueno fuera que le oyera usted.—Llamado con efecto á conferencia particular y expuesto el caso, el Profesor de Escuelas dijo que al llegar á aquella partida había meditado mucho para fijar la suma indispensable para proveer de mobiliario, mapas, textos á todas las escuelas de la Provincia y calculado necesarios *dos millones de pesos* papel... —¡Dos millones! le interrumpió el gobernador con visibles muestras de espanto, pudiendo leer el interlocutor en su semblante signos manifiestos de que encontraba confirmada la sospecha popular de que tenia propensiones á la locura.—¡Dos millones en escuelas!

Es inútil abundar en razones hoy que ya están gastados cien millones en edificios y útiles de escuelas, y en que el gobierno de Chile se propone invertir tres millones y medio que su Congreso ha resistido medio siglo sancionar. La lucha entre gobernador y jefe duró largo rato, empeñado el uno en mantener la propuesta cifra de 200.000 pesos, obstinado el otro en rstrocederla á la de 20.000 que creía exhorbitante. A fuerza de regatear se fijó la suma de 70.000 pesos que consta del presupuesto. ¡Del lobo un pelo!

Medida tan violenta como la de mandar cerrar una escuela de náutica poco antes autorizada y abierta en Buenos Aires, repugna á la idea que nos formamos del Ministerio del conde de Aranda, tan ilustrado bajo otros conceptos y puede atribuirse á causas de mayor importancia. Téngase presente que la clausura se ordena en 1781, cuando las colonias de Inglaterra han triunfado de la metrópoli, y aunque la España contribuyese á ese triunfo, tiempo había sobrado para que empezasen los hombres de estado españoles, á prestar oído atento á los rumores que, cual síntomas precursores. les llegasen de aquella parte indicaciones del espíritu dominante en ellas.

La solicitud de secularización de la instrucción superior por su aplicación á las cosas prácticas,

como una escuela de medicina y cirujía, otra de matemáticas é ingeniería, daban sobradas muestras de despertarse mayor actividad intelectual en Buenos Aires que en las viejas universidades; pero el equívoco de *pilotos*, por agrimensores de que carecían, el de escuela náutica por clase de matemáticas para proveerlas, tomaba alarmante realidad en el ienguaje de los americanos.

Belgrano, al dar cuenta de los exámenes de segundo año que rinden los alumnos, se olvida que su discurso con el informe ha de ser transmitido á la Corte, y que maldita la gracia que han de hacerle á los ministros y al rey de España en 1802, cuando ya las colonias del Norte tenían asiento en el comité de las naciones, saber por boca del protector celoso de la antigua escuela de náutica, que con los principios que en ella se enseñan, tendremos *militares excelentes.*

En la nota del director de la academia de matemáticas á la junta de gobierno en 1810, decía: " Ilustres escritores, (que cita) hablando acerca " de la ciencia de la guerra no dejan dudar un mo- " mento de la necesidad del estudio para poseer " la ilustración que se requiere para formar un " buen militar"... "dos son los objetos á que se " dirige la ciencia de la guerra"... "la matemáti- " ca es la ciencia más útil para un militar".

Parece que fuera ahora, en nuestra época que estuviéramos oyendo las palabras que el presidente debió pronunciar y no pronunció por demasiado sabidas, á la inauguración de la escuela naval en

1872, la que era simplemente reinstalación de la academia de matemáticas, hecha en 1810, que era la resurrección de la escuela náutica procurada por Belgrano en 1779 y mandada cerrar por la Corte española en 1784.

"Vista la necesidad de defender los principios, dice J. M. Gutiérrez narrando las cosas de antaño, que la revolución profesaba, *sintióse la de educar á los oficiales de la guarnición* y esta fué la tendencia que se dió á la nueva institución, considerándola como el principio de la ilustración de esa brillante carrera que una política destructora había degradado, sepultándola diestramente en las tinieblas de la ignorancia. El gobierno patrio quiso hacer comprender al público por medio de demostraciones materiales, cuán grande era la importancia que daba al cultivo de una ciencia, que había de influir en el lustre y en la capacidad de los defensores de las nuevas instituciones. El día que tuvo lugar la inauguración de la escuela de matemáticas fué de verdadera fiesta. Los salones de la casa del consulado se abrieron para la ceremonia á que concurrió la Junta Gubernativa, la Real Audiencia, el Excmo. Cabildo y una numerosa oficialidad. Las músicas militares atraían hacia aquel lugar á la población y la entusiasmaban con armonías de guerra y de júbilo. El protector de la escuela y vocal de la Junta, don Manuel Belgrano y el director y el padre Zambrano, que se distinguió por su patriotismo, tomaron sucesivamente la palabra y pronunciaron discursos análo-

gos á las circunstancias de aquel acto. El futuro vencedor de Salta y Tucumán, dijo entre otras cosas notables: "En este establecimiento hallará " el joven que se dedica á la hermosa carrera de " las armas, por sentir en su corazón aquellos " afectos varoniles que son los introductores al " camino del heroismo, todos los auxilios que pue- " de suministrar la ciencia matemática, aplicada " al arte mortífero, bien que necesario, de la gue- " rra..."

He aquí, pues, la primera fiesta popular decretada por la Junta Gubernativa, para celebrar la transformación de los propósitos y objetos de la educación pública de las colonias, lo que era en verdad la secularización de la ciencia y aplicación á las necesidades sociales por la industria, la navegación y la dirección de la guerra.

La revolución estaba hecha en los espíritus y era necesario llevarla á las universidades y colegios, donde hasta entonces estaba consagrada á retruécanos de palabras, á las posibilidades imposibles de la casuística y de la retórica—Dios es omnipotente, es monstruosa herejía negarlo — ¿puede Dios destruir el alma?—Un físico, médico ó fisiólogo moderno, no habría tenido pepita en la lengua para decir que sí y quedarse muy fresco. Pero que me responda usted á esto:— siendo Dios omnipotente, ¿puede destruirse á sí mismo?

Cuando se revisan los cursos de enseñanza de colegios y universidades de la época colonial, qué-

dase uno abismado de la cantidad de aire que el estudio de la nada científica, depositaba en aquella alma de cántaro que podíamos atribuir á nuestros padres, por la carencia de nociones útiles ó que tuviesen conexión con la vida común.

¿Era de algún provecho aquella educación sin asunto, cual *quimoera bombians in vacuum*, como dice Rabelais? Eralo por el hecho de ejercitar el espíritu, como la esgrima que robustece el cuerpo y aviva la sutileza y vigilancia de los sentidos. Aprendían á razonar sobre asuntos hipotéticos ó presumidos y buscarles sus derivados, adquiriendo además el sentimiento de la superioridad del raciocinio á todas las otras dotes, sin excluir la fuerza, de que acaba por enriquecerse el hombre con el capital acumulado del saber humano.

El latín, única lengua que se enseñaba, pues en el Nebrija se recogían á hurtadillas las reglas de la sintaxis española, y las causas de su prosodia ayudaban grandemente á ponderar el valor de las palabras y á encontrar los secretos y á veces profundas circunvoluciones del pensamiento, para dar expresión con la palabra á las ideas; pero la revolución que hoy se intenta en Europa y Estados Unidos de poner las lenguas clásicas entre las artes de ornato, como la música y la poesía, en el capitel corintio de la columna y no en la base como está desde la edad media en que fué la lengua del único saber, se ha hecho ya en esta América, no enseñándose sino pro forma en las universidades y suprimiendo el latín en los colegios, que en cuan-

to al griego, nunca pudo entrar en nuestros cursos, no obstante decretarlo los gobiernos por el qué dirán.

¿Éran ignorantes nuestros abuelos, por no enseñárseles nada de provecho? Precisamente de este vacío del vaso resultaba la necesidad de llenarlo. La América estaba plagada de excelentes libros que se pasaban de mano en mano. Virreyes, jueces de la Real Audiencia, capitanes de soldados y de buques, todos los traían á destajo, para desaburrirse en estas sociedades sin movimiento á que estaban destinados. Faltábales á los americanos la posibilidad de ver lo que pasaba en Europa y Estados Unidos, de que apenas conocían la existencia; pero la literatura del siglo XVIII era tan polémica y tan contundente en sus golpes, que el ruído y el murmullo de las voces irritadas llegaba hasta las profundidades de la América.

No había sermón sin San Agustín, y los nombres de Voltaire, Rousseau, Diderot recibían de cada predicador su maldición condigna, con lo que se despertaba la curiosidad de los estudiantes y los sobrinos de los curas lograban con sus importunidades que entre casullas y capas de coro, misales y breviarios que no habían de ser registrados en la aduana, por especial privilegio que aún subsiste, se introdujese la Enciclopedia, cuán voluminosa es, y existió en América por centenares de ejemplares y las obras de Voltaire y las de Rousseau eran del dominio público, como lo re-

vela el hecho de haberlas quemado el padre Piñero en auto de fe en 1878 en el colegio nacional de Santiago del Estero, donde las encontró, no siendo de data reciente su introducción, pues hacía casi un siglo que no eran materia de lectura, salvo la *Nueva Eloísa* y el *Contrato Social,* que la risa del otro es inextinguible aunque cambia de excitativos.

Esa oleada pasó. Pero qué decir, como instrumento contundente, punzante, cortante é hiriente de educación, de la revolución francesa que desarrollaba sus cuadros grandiosos y aterrantes hasta ver salir de aquella fulguración incesante la Gran Bestia del Apocalipsis (así nos lo decían) llevando la desolación á los cuatro extremos de la tierra.

Y la desolación alcanzaba á América, puesto que á Fernando el querido, le echaba la zarpa en Bayona, y lo contempla con curiosidad, como el gato á la laucha que tiene bajo su garra.

Napoleón fraguó su imperio con las corrientes de lava que salían de aquel cráter en actividad de creación. En América no tuvo secuaces, porque ya la platea había aplaudido á los grandes actores del drama que interesaba á los pueblos; pero había otro aspecto bajo el cual era como providencial su aparición. El enseñaba *le chemin de la Victoire,* como decía la canción, y si nada podía enseñar en materia de arbitrario y despotismo á españoles y americanos, cuyos reyes podían darle lecciones, en el arte de vencer, mucho podía suge-

rir á espíritus sagaces como el de Bolívar, San Martín, Alvear, Zapiola, Belgrano y tantos otros que asistieron con provecho á los cursos y lecciones que daba en España misma, en Bailén y otras batallas en que aquellos como Guardias de Corps ó alumnos del Real San Ildefonso tomaron parte.

Esta era la otra educación que venía recibiendo la América y se comprende que en nada dañaba la de las universidades, de jesuítas y franciscanos, que tenían clase de prima, de víspera, de teología teórica y de teología práctica, con la teología canónica, etc., porque esta ciencia de Dios theoslogos, en nada se oponía á las aspiraciones puramente mundanas de ser dueños de su propia casa los habitantes de estos continentes.

Y con las lecciones de la revolución francesa y las detonaciones del cañón de Austerlitz al remodelar imperios por la gracia de Dios, venía al espíritu otra lección que sin aquel cataclismo habría pasado olvidada y es la que habían dado las trece colonias inglesas del norte de la América, precisamente porque la Corona de España había tomado carta en aquella jugada y el conde de Aranda que creaba el Virreinato, había firmado el pacto de alianza con los insurrectos, con la Francia para asegurarles su independencia á los colonos ingleses.

¿Por dónde podrían interesar las cuestiones europeas á estos americanos? Por su posible emancipación, y entonces las miradas se volvían hacia el norte, y el nombre augusto de Washington, se

presentaba rodeado de una aureola como si fuera aurora boreal.

Para terminar con el programa de lo que llamaremos la grande educación del pueblo blanco de América, recordaremos que la refulgencia de la revolución francesa y las gloriosas batallas de Bonaparte transformado en Napoleón, que las hacía trascendentales á la América del Sur, hizo popular el conocimiento del francés en las clases inteligentes por toda América con el que se aprenderá á leer entonces para saber lo que ocurría, se decía, esperaba ó temía. Al inglés le llegará su tiempo de difusión.

(Tomo XXXVIII, pág. 187 á 202.)

EL PARQUE DE LA PLATA

Sr. D. Francisco Moreno: Prometí á usted algunos apuntes sobre lo que me proponía é indiqué á usted hacer para aclarar el bosque de eucaliptos de la ciudad de La Plata, que tuvo la fortuna de nacer al lado de un parque, lo que en esta América es raro, aunque en la otra, cubierta del bosque primitivo, sea casi normal.

Baltimore tiene en sus afueras el bosque más tupido con encinas y robles seculares.

Desgraciadamente los eucaliptos á causa de su mal plantío original, van tomando forma de espárragos y á medida que crezcan, más largo ha de ser el tallo pelado, esforzándose el cogollo por ver la luz del sol, madre de la *madera;* pues los tallos no crecen en ancho diré, si no pueden atesorar rayos luminosos, de donde viene, usted sabe, la idea de que la leña es el sol mismo, guardado su calor y su luz para después convertirse en carbón de piedra.

De aquí resulta que las varas de eucaliptos que no han adquirido volumen en quince años, no sólo no crecerán nunca hasta constituir un madero, sino que quitan á los palos más gruesos la luz y el

aire que los engrosa, y el alimento de la tierra, por ser el eucalipto voraz.

Nada se pierde, pues, en cortar los eucaliptos que se han quedado delgados, y sólo habrá que pensar en el modo de aprovecharlos.

Puede emprenderse el corte de una parte (entresacando) y dejar si se quiere para años venideros ir raleando más y más. Los eucaliptus debieron ser plantados de diez en diez varas ó metros para que un día alcancen su altura cien metros el palo liso sin la copa. Rameando desde abajo es bellísimo y solemne.

Esto permite extinguir manchas que hay de plantas delgadas, sin cuidarse de la simetría, al contrario, tratando de disimular la mal aconsejada simetría en líneas que trae el plantío.

De aquí que desaconseje el cortar una línea y dejar otra, pues así se extirpan árboles favorecidos de desarrollo y se dejan en la conservada varejones envejecidos.

Desde luego debe cuidarse de disimular á la vista los palitroques pelados de ramas y verdura que afean la vista. Regla general.

Cada macizo de árboles debe ser *chapodado* en su línea exterior á la altura de siete ó diez metros ó menos en la avenida que va á casa que fué de Iraola en la línea exterior; para embellecer el paisaje y darle más luz á los eucaliptos del interior que forman la alameda. Se iría hasta descabezar uno de diez en diez metros para darle más aire y más cuerpo á las líneas. No cruza sus ramas,

por ser el árbol propenso á tomar altura. No así el plátano, el roble, etc.

Los frentes que dan á la ciudad, como que tienen muralla por delante, deben ser descabezados á cuatro varas del suelo, la primera línea para cubrir los troncos del fondo.

La calle que debe abrirse en el macizo norte para dar comunicación con el puerto, sea tan ancha como la prolongación de la ciudad á que va á servir, debe conservar las líneas de ambos lados que servirían para sombrear las aceras á diez varas de distancia de las murallas, pues ya están plantados los árboles.

Donde sólo hay dos líneas ó cuatro como yendo al museo, deben descabezarse las dos de afuera, para que den sombra á las avenidas y la central se eleve con desembarazo y más sol. Todo esto, con la vegetación reparadora en los cortes dará otra animación á la lúgubre vista de tanta uniformidad de forma y de color y en diez años veredas y avenidas sombredas.

Bastaría acaso este trabajo para este año; pero esto no cura al bosque central de cada macizo de la lentntud de la vegetación por falta de luz entre unos y otros eucaliptos. Hay medio de procurarle sin daño de los árboles, ganando en perspectiva y lozanía.

Se hacen triángulos, losanges, paralelógramos, etc.

Esta es la base; pero en el fondo le describe una línea horizontal de alturas iguales de todos los eu-

caliptos. Si del cogollo del más central se hacen descender tres cordeles hacia los tres ángulos amarrándolos á tres varas del suelo, todos los palos que sobresalgan se cortan por esa medida y tendrá usted eternamente una pirámide de verdura que irá creciendo, por la proporción guardada en los costados.

En los paralelógramos y pentágonos obrar como convenga; pero en un largo macizo de cuadras que hay en el centro, debe procederse de otra manera, y es lo que permite llevar la luz al centro, y favorecer el crecimiento de los árboles.

Supongo que esa es la masa de plantío impenetrable, obscura, etc. En el centro se traza una línea en el suelo, y en todos los puntos que pongo puntillados. Los árboles de esos puntos y uno ó dos vecinos que sean gruesos se dejan *intactos*, y esos hacen la cresta y quebradas de una montaña cubierta de bosques como ha visto usted en todas partes.

Desde esas cumbres que se dejarán intactas bajarán los cordeles hasta las rayas negras que serán los valles entre las quebradas, y el hacha dará cuenta de los millares de cabezas cortadas por sobresalir de la línea que dibuja, la pretendida montaña. Los despojos pagan la operación de ganar palos, perder el árbol que seguirá vegetando por orquetas, esperando el verde y quitando la monotonía, pues no va á mostrar el interior del bosque, como un diamante con facetas llevando la luz á todas partes y acelerando la vegetación.

Si en la poda se encuentra un árbol lozano y fuerte, se deja fuera de línea y entonces tendremos unos eucaliptos plantados en todas las alturas de la montaña que diversifiquen la vista.

Esto es lo más hacedero que me ocurre hacer con un cordel y un hacha, sin gastar dinero. Si sacan las palmas de las avenidas donde están mal, pues allí no dan sombra, pueden comprarse algunas para aquellas fementidas quebradas hondonadas y valles, donde ha de sobrar sombra siempre, y se necesita algo que rompa lo monótono del eterno eucalipto.

Siquiera tuviéramos diez de las *noventa* variedades que reunió el doctor Aberg en su quinta y subsisten aún, entre ellos un eucalipto de tronco negro con flores rosadas y olorosas! Ojalá pudiera injertarse el eucalipto y embellecer el parque de La Plata, haciéndolo el museo del árbol que rompió la monotonía de la Pampa, y llevó á todos sus extremos aquel aviso á diez leguas á la redonda, mientras no lo estorbaba la curvatura de la tierra que hasta llegaron las buenas ideas que hacían cruda guerra al solitario é inútil ombú, con la ociosidad y barbarie que representaba.

Quedo con esto desobligado su amigo

(*Tomo 42, pág. 366 á 369*).

VIDA DE ABERASTAIN

ITINERARIO DEL PRIMER CUERPO DE EJÈRCITO DE BUENOS AIRES

. . . . . .

El coronel Rivas refiere un episodio terrible de la entrada á los indios en 1857, mandada por el coronel don Emilio Mitre, al frente de 2000 hombres, con cuatro piezas de artillería y el 2 de línea.

La expedición llegó sin novedad á la Laguna del Espinillo, 120 leguas al oeste de la Loma Negra. Cuatro leguas más adelante termina la pampa, sucediéndosele un bosque de añosos algarrobos que se dilata por centenares de leguas. Este bosque sombrío es, sin embargo, un espantoso desierto, que interrumpe de tarde en tarde las faunas perennes ó accidentales, sólo conocidas de baqueanos experimentados. La expedición buscaba la Laguna del Recado, residencia habitual de los Ranqueles, cuyos toldos trataban sorprender. Los salvajes lo atraviesan por sendas de ellos conoci-

das y al galope, tanto es el temor que inspiran aquelals soledades. La expedición partió animosamente de aquel punto hacia el oeste al entrar la noche. El baqueano oficial había renunciado guiarla, ocupando su puesto uno que decía haber conducido desde allí al coronel Bustos en otra entrada, y llevádolo á la Laguna del Recado, que distaría doce leguas. Marchó la división al trote y galope hasta las diez de la mañana del día siguiente, hora en que se hizo alto, para mandar partidas en todas direcciones en busca de agua, las que volvieron sin encontrar rastro de su existencia. La marcha continuó hasta las ocho de la noche, en que se dió con un charco fangoso que llamaron Fortuna, por haber apagado un tanto la sed de los hombres. Calculóse que habían avanzado veinte leguas. El baqueano declaró no conocer los parajes, y por tanto no poder guiar en adelante. El jefe de la expedición, guiándose por las engañosas indicaciones de nuestras cartas geográficas y la aguja, ordenó continuar la marcha esa noche y el siguiente día hasta las diez, en despecho de la observación de los inteligentes, que no oyendo al amanecer cantar las aves, dedujeron de este síntoma no haber agua á muchas leguas á la redonda. A las diez del siguiente día dieron con una lagunita que llamaron con gratitud religiosa "Providencia", creyendo que sólo Dios podía haberla puesto allí para salvar de una muerte horrible á dos mil seres humanos. Habíanse internado en el desierto veinte leguas más.

Habíase cumplido con el honor militar, y estirado la cuerda de la energía humana hasta el heroísmo, acaso hasta la obstinación. Dióse la orden de contramarchar. Los soldados no podían hacerse ilusiones; cuarenta y ocho horas de sed tenían por delante. Se enterraron municiones para aligerar los trenes; más adelante la caballería abandonó dos piezas; los caballos, ganado y yeguadas perecían por centenares; los soldados no obedecían ya, y al siguiente día todos los cuerpos se desbandaron. El interior de la boca presentaba la misma sequedad que el cutis exterior; salvo cuando aparecían flemas precursoras de la muerte. En la tarde, una tormenta empezó á acumular sus negras baterías en el horizonte, invadiendo rápidamente el cielo. Los soldados tendían las manos. pidiéndoles una gota de agua que aplacase los tormentos de la sed. Las nubes lanzaron rayos sobre la cabeza de la columna con gruesas y escasas gotas que recogían en los ponchos y chupaban con avidez, extrayendo la tinta azul y el polvo.

La división Gorordo dió con un árbol algibe que contenía en su seno ciento diez y seis caramañolas del agua más límpida, más fresca y dulce que hayan tomado hombres á punto de perecer de sed. Los indios hacen entalladuras en los troncos huecos que contienen agua de lluvia, á fin de reconocerlos.

Los jefes y oficiales, y los que aún conservaban sus caballos, se adelantaron con caramañolas á la Laguna del Espinillo á que la cabeza de aquella

larga tragedia se acercaba, volviendo en auxilio de los moribundos que se enderezaban como Lázaro al solo contacto del agua echada á gotas en sus labios secos.

Perecieron nueve hombres, cinco mil caballos, y las yeguadas y ganados.

Después se supo que habían llegado á ocho leguas de las márgenes del Río IV; y por el indio que debió servirles de baqueano y llegó tarde, que habían tenido la segunda noche agua abundante á tres leguas de distancia.

. . . . . .

EL CAPITÁN GAUNA

En todos los países fronterizos en que arden por siglos guerras civiles como los *borders* entre Escocia é Inglaterra, los *Indian haters,* en la orla de las poblaciones norteamericanas lindantes con los indígenas, se desenvuelven caracteres fuera de las reglas ordinarias que rigen las sociedades humanas. La tradición de los odios de raza, el desamparo y dominio de la fuerza se trasmiten por la sangre, ó por la palabra y el ejemplo. La *vendetta* es la ley de la tierra, y el culto que el hermano y el hijo pagan á la memoria de los suyos, expresa en escenas de sangre los sentimientos más dulces del corazón.

La Banda Oriental del Río de la Plata, ha sido desde la conquista hasta nuestros tiempos el campo de batalla que portugueses y españoles ensangrentaron de padres á hijos, disputándose la eje-

cución de la bula de Alejandro VI que tomaba un meridiano del cielo como límite terrestre de la dominación de ambas coronas. Artigas, Rivera y tantos otros famosos caudillos de jinetes han salido del seno de estas envenenadas luchas de frontera, comunicando á los territorios vecinos de Entre Ríos y Santa Fe el sistema de guerra á caballo, el levantamiento en masa de las poblaciones de jinetes, con la crueldad y espíritu devastador que ha caracterizado nuestras luchas civiles.

Estos antecedentes históricos de la Banda Oriental han impreso á sus paisanos un carácter heroico de que tenemos muestras en Flores, Caraballo, Sandes, Fausto, Gauna, que afiliados hoy á la causa de la libertad que sostuvo el partido colorado contra Rosas, han venido á levantar nuestra caballería donde quiera que se hallan presentes.

El capitán Gauna es la expresión más genuina del espíritu de frontera, del *outlaw* inglés, del contrabandista español, si jamás hubiese hecho el comercio del partidario, en fin, de todos los países y épocas en que la guerra civil se prolonga hasta entrar en los hábitos y las costumbres del pueblo. ¡Singular contradicción! Gauna es hijo de padre y madre irlandeses, cuyo apellido debe ser Gawn y el vulgo ha hecho Gauna; establecido en Paisandú donde poseía bienes, y hoy muerto el padre, la madre viuda reside en Tacuarembó frontera del Brasil, donde posee una estancia.

Tiene Gauna treinta y dos años, y de ellos cuenta ocho que no ha dormido bajo techo, alzado en

los campos contra las autoridades que lo perseguían, contra los blancos á quienes hacía cruda guerra, desde que vió despojar á su pacífico y honrado padre por Pinedo, comandante entonces de Paisandú, de nueve carretas cargadas de harina y cuarenta y ocho bueyes y rematarlas en Mercedes.

A la edad de catorce años Gauna presenció la muerte violenta dada á uno de sus hermanos por dos portugueses brasileros, y juró desde entonces venganza expiatoria. A los 22 años encontrólos ó los buscó, lo que es más creíble, y dió muerte á ambos. La justicia debió intervenir, y desde entonces data esa vida extraña de aventuras, violencias y combates, en que han caído indistintamente comisarios de policía y oficiales del ejército al mando de tropa, lo que ha dado á su nombre celebridad que alcanza á las poblaciones fronterizas del Brasil, llena todas las sinuosidades y bosques del Uruguay, y pasado á Entre Ríos, su asilo en los malos tiempos, y á Buenos Aires desde que ha consagrado su brazo á nuestra causa. De una estatura colosal aunque esbelta, de facciones europeas, si bien americanizadas por el porte y actitud del jinete americano, nada revela en su apariencia el carácter enérgicamente templado, y el valor de que ha hecho ostentación tantas veces.

Once días antes de la matanza de Quinteros, Gauna se las había habido con un capitán Fernández, comisario, y su partida, dejando tendido á aquel después de un combate desesperado, y recibiendo de la otra un balazo que le fracturó la

mano. No obstante esta herida que picaba en gangrena, Gauna precedió á los blancos hasta el paso de Quinteros guerrilleándolos catorce leguas, y sólo salvó de aquella odiosa carnicería, por hallarse cubriendo un punto durante la capitulación, cuya existencia ignoró hasta después de consumada, volviendo, para salvarse, á su vida de aventuras, hasta que un año después tuvo que aceptar con cinco secuaces el combate con un capitán al mando de cuarenta y tres hombres de tropa. Cuál debía ser el terror que inspiraba, puede deducirse del hecho que los cuarenta y tres echaron pie á tierra para defenderse, y aun así perdieron á uno de los oficiales, muertos y varios caballos, retirándose Gauna en su presencia sin ser molestado. Pasó entonces á Entre Ríos donde el general Urquiza le prodigó todas las atenciones que acostumbra para captarse la gratitud de los valientes. Gauna comió á su mesa, montó en sus parejeros, pudiendo en una corrida de toros ostentar su destreza como picador, y su audacia, descendiendo del caballo con grandes espuelas á hacer un lance.

El capitán Gauna pasó el Paraná con los entrerrianos que invadían á Buenos Aires en 1859; pero en el campamento de las Saladas, el recuerdo de la causa que había sido inmolada en Quinteros habló más alto en su corazón que la gratitud á distinciones interesadas, y tomando la Pampa con tres secuaces suyos, no más conocedores que él del suelo nuevo en que pisaban, fué á caer sobre el fuerte de Melincué guarnecido por nueve hom-

bres. La batalla se trabó incontinenti; fueron heridos dos de los suyos, mató á un contrario, y prolongando el combate hasta la noche, pudo alzar sus heridos é incorporarse al ejército en vísperas de la batalla de Cepeda en que tomó parte, y fué prisionero, cortándose el bigote para disfrazarse.

Un año después se presentaba en las mismas filas que debían reivindicar en Pavón la pérdida de Cepeda. El general en jefe necesitaba datos, y encargó al capitán Gauna traerle un prisionero vivo. Fuése á la guerrilla más á mano y tomó al alférez Flores, escogiendo al que le pareció más entendido para dar noticias; unos dicen que lo tomó de un pie; otros que del pescuezo lo sacó del caballo. Al día siguiente fué herido por Birrichin, y herido tomó parte en la batalla de Pavón.

El capitán Gauna se encontró en la Cañada de Gómez, y es excusado decir el estrago que hacía su espada, allí donde dejaron de acuchillar cuando los caballos dejaron de puro fatigados de obedecer á la espuela y al rebenque!...

. . . . . .

BAIGORRIA

Distínguese en la columna de caballería la fuerza de Baigorria por la presencia de cuarenta lanzas indígenas que alzan sus moharras sin banderolas ó con adornos de plumas de avestruz á cuatro varas más sobre la cabeza de los jinetes, blandiéndose sobre delgadas cañas tacuaras. Este es el escaso contingente que manda con su hermano el cacique Coliqueo. El número 7 de línea que los

precede, se distingue por la hermosa banda de clarines, única en nuestra caballería.

El comandante general y el auditor de Guerra aprovechan el descanso de un cuarto de hora para visitar esta división que tanto se distinguió en Pavón, arrollando delante de sí cuanto se presentó, hasta quedar comprometida á la retaguardia del enemigo.

El coronel Baigorria recuerda al auditor de guerra la primera vez que llegó su nombre á las tolderías de las tribus ranqueles de que era hijo adoptivo en 1851.

Uno de los caciques, en un asalto á pasajeros en los frecuentes malones sobre los caminos y poblaciones cristianas, tomó una valija llena de papeles, que cedió á Baigorria como cosa de ningún valor. Entre ellos encontró 17 números de "Sud América" que le instruyeron del estado de la política en los pueblos cristianos, reanimando los esperanzas del antiguo unitario, vencido treinta años há, y lanzado al desierto en busca de amparo.

La entrevista con los capitanejos fué corta y expresiva. Baigorria señaló al hermano de Coliqueo, el comandante en jefe, quien le dió la mano felicitándolo, y pidiéndole noticias de su hermano y familia, á que contestó con sencillez y reciprocidad. Llamó á los capitanejos, uno de los cuales, Chapilao, reclamó el auxilio del intérprete, pronunciando en seguida un discurso con el tono declamatorio de la oratoria indígena. No entendiéndose el sentido de las palabras, podía gozarse más

todavía del artificio de la entonación, especie de música, con notas prolongadas y corcheas que se sucedían rápidamente, agrupando palabras como descargas, acceso, aseveraciones de afecto, amistad y alianza. Sentíase que este era el tono declamatorio, puesto que otros indios, diciendo poco más ó menos lo mismo, usaban el estilo llano, que llamaríamos recitado. Todos los pueblos primitivos han cantado sus idiomas en las ocasiones solemnes, testigos los griegos, y hoy las tribus indígenas de ambas Américas. Hemos oído á un intérprete traducir ante el gobernador de Buenos Aires un discurso y revestirlo de accidentes de persuación tan eficaz, como lo habría hecho el autor original.

Baigorria es un nombre que suena hace veinte años en la historia de las fronteras del Sud; y el que lo lleva es uno de los tipos más singulares de la vida argentina. Al contemplar sus facciones no sabría discernirse si es un cacique verdadero ó un cristiano. Tiene toda la fisonomía indígena, pequeño de estatura, color cobrizo tostado, pelo negro y fuerte, barba escasa y dura. Una enorme cicatriz desde la oreja hasta la boca ha deformado el óvalo aplastado de su cara, habiendo demolido la carretilla de este lado. Su aspecto es suave sin embargo; su lenguaje sin el pulimento de las clases cultas, carece de los defectos de los hombres del pueblo. Discurre sencillamente, con muestras de buen sentido, acaso exagerando un poco su amor á los buenos principios de gobierno. Su his-

toria principia por un accidente á que debió la conservación de su vida. Oficial subalterno del regimiento mandado por el coronel Echevarría en 1831, cayó prisionero en el Desaguadero y fué conducido á Mendoza poco después de haberse apoderado de aquella provincia Facundo Quiroga. Cuando fueron fusilados por él todos los oficiales prisioneros de guerra en número de veintiseis, Baigorria fué olvidado y poco después puesto en libertad.

Regresó á San Luis en busca de su cuerpo, y allí supo que el coronel Echevarría había sido entregado por el indio Galván, y fusilado como era entonces la práctica de los jefes federales. Con tales noticias ganó á los indios, desde donde inquietó largo tiempo las fronteras de las provincias limítrofes.

Excitándose luego la envidia y los celos tan naturales en los indios contra el valiente jefe cristiano que muchas veces había hecho vencer á los de la tribu que lo hospedaba en sus querellas incesantes con las otras.

Instruíalo una querida de estas veleidades, revelándole lo que se tramaba contra su vida; pidió y obtuvo la mano de una hija de Epudeo, de que era cacique Quechude, cuyo nombre significa cinco ratones, y quedó desde entonces, según la costumbre indígena, adoptado hijo de la tribu ranquel á que pertenece su mujer; y esta alianza que era poderosa por sus relaciones con numerosos capitanejos indios, destruyó ó dejó frustradas las

conjuraciones que contra su vida tramaban sus émulos, siendo respetado y obedecido como el más prestigioso cacique de la tribu.

Durante su larga permanencia en el desierto cuidó Baigorrria de conservar y cultivar las adquisiciones de la vida civilizada. Su rancho de paja construído con la solidez y confort posibles estaba apartado de los groseros toldos de los indios, y cuando papel impreso y libros caían en manos de los indios en sus correrías y ataques á los pueblos iban á enriquecer la pequeña biblioteca con que mantenía vivas las ideas de los hombres civilizados, En los últimos tiempos cuando los hermanos Saá asilados antes entre los indios y que dirigieron varios malones contra San Luis, regresaron á su país, y volvieron contra sus antiguos huéspedes y cómplices de la guerra del desierto, Baigorria atacado por ellos recibió la terrible herida que desfiguró su semblante.

Al fin lució un día para que Baigorria se reconciliase con los pueblos civilizados que lo habían proscrito. Después de la caída de Rosas, Urquiza ló mandó llamar, y dándole el grado de coronel le confió la guarda de la frontera de Córdoba.

. . . . . .

(Tomo 45, pág. 132, al 153.)

VIDA DE DOMINGUITO

. . . . . .

Pasó los primeros años de su tierna infancia en una quinta de Yungay, pueblecito á las afueras de Santiago, entonces aislada en otras habitaciones, lo que dió á la educación del niño un carácter particular, pasando sus horas en estrecho contacto con sus padres, á falta de niños de la vecindad con quienes solazarse.

Desde la tierna edad de tres años y medio daba tales muestras de inteligencia, que los domésticos repetían algunas de las observaciones que hacía al experimentar alguna sensación nueva.

Más adelante se verá que este adaptar á la vida real las imágenes, las palabras, ó las ideas adquiridas por oídas, por grabados, ó por lecturas, es una peculiaridad de su inteligencia y le hace pasar por ilusiones las más extrañas.

Siendo de tan corta edad, que era necesario que un peón lo llevase por delante en el caballo, al ir la familia de Santiago á Santa Rosa de los Andes, al descender los últimos contrafuertes de la cuesta de Chacabuco, ofreciósele á la vista de un golpe.

y mirado de lo alto el bellísimo valle de Aconcagua, encerrado en un marco de montañas, como una masa de verdura de seis leguas de fondo, salpicada aquí y allí de casitas y alquerías. A los hombres hechos deleita aquella vista. Al niño lo tomaba de nuevo, y tendiendo los bracitos como para abrazarla, exclamó alborozado: ¡qué bosque tan lindo!... y á un rato de contemplarlo: ¡pero no como los del Brasil!

El peón que oía, quizá por la primera vez, Brasil, y acaso la palabra bosque no muy casera, como monte, arboleda, huerta, etc... le preguntó:—Patroncito, ¿en qué son mejores los del Brasil?... ¡Oh! ¡tanto Titi!

El peón maravillado, contó la aventura, y comprendió entonces la diferencia, sabiendo que Ties son unos monitos muy monos, los más monos de los simios que se encuentran en las grandes selvas tropicales. Conocíalos el niño por uno embalsamado que había sobre la mesa en la sala como ornato, y había oído hablar de su país y origen. Creía que poblaban los bosques, y se les veía saltando de rama en rama. Luego los bosques de Aconcagua (las huertas de frutales) eran inferiores á los del Brasil. Tendría tres años y medio el naturalista.

. . . . . .

La *Ilustration de París,* que está en volúmenes sobre la mesa, trae grabados describiendo las escenas que más llamaban la atención en Europa; y preguntando algo, conjeturando mucho, y adivinando lo que las láminas representan, pasa las ho-

ras viviendo por la imaginación en Europa entre personas y escenas desconocidas, pero que él hace reales.

¿Dónde está sentado don Manuel Montt, preguntaba el hemiciclo de un Congreso de Francfort? Montt era orador chileno, y señalando una figura cualquiera como la de Montt (en Francfort) ya estaba en caja y se daba cuenta de todo. *L'Ilustration* fué su enciclopedia, cuatro volúmenes. Cuanta cosa sabe y toca vive con él, en el papel, como él vive con su padre, los amigos de éste, emigrados argentinos, hablando siempre con calor de un país, de escenas, de hombres que no por no estar en láminas ni de cuerpo presente, son menos reales para él.

No aprende á distinguir claramente porque no le enseñan la diferencia de un niño y de un hombre adulto, en aquella vida secuestrada de Yungai, y acaba por considerarse hombre más pequeño que los demás, pero en las mismas condiciones, ¿por qué no? Ejemplo: Las elecciones de renovación del Congreso ó de electores de Presidente caían en Chile en 1851, según recuerdo. Debía tener seis años. Hablábase en el almuerzo de boletas de elecciones que había impreso M. Belin y se discurría como de asuntos corrientes sobre la votación que estaba haciéndose.

—Papá, pregunta Dominguito, ¿que yo no voto?

—¿Por qué no? eres chileno.

—¿Dónde se vota?

—Tú perteneces á la parroquia de San Isidro, cuya mesa está aquí cerca.

A un rato:

—Papá, ¿cómo se vota?

—Es la cosa más sencilla del mundo. Tomas una de estas boletas, vas á la mesa, donde hay mucha gente, dices que vas á votar, presentas el voto, te lo reciben y ya está.

No se habló más de elecciones, yéndose la conversación á una legua de distancia. Acabado el almuerzo, ¿y Dominguito?

—Ha de haber ido á votar, contesta el padre, que conocía á su sonámbulo, y como nada podía suceder, nadie volvió á pensar en ello, hasta oir el grito de triunfo y de gozo del niño que decía desde lejos: ¡Papá, ya voté!

¡Estás borracho! y contó su gloriosa hazaña, que confirmaron amigos que habían presenciado la escena. Algunos de los votantes apiñados en torno de la mesa, sintieron como una cuña por entre las piernas de unos y otros, para abrirse paso. Prestando atención uno de ellos al importuno, éste dijo su objeto, que era votar, y con tal convicción y ojos tan brillantes lo dijo, que ya se supuso que alguna alucinación había de por medio. Hízole gracia el caso y tomando al chicuelo de un brazo lo trepó sobre la mesa, diciendo muy serenamente al Presidente: ¡Un ciudadano que quiere votar! Y como en manera alguna se turbase, Presidente y electores hicieron que tomaban el caso á lo serio:

—Sí, señor, puede usted votar.

—¿De qué parroquia es usted?

—Parroquia de San Isidro.

—¿Su nombre?

—Domingo Sarmiento.

—No, señor, no puede votar, ha de ser hijo del cuyano Sarmiento.

—¡Soy chileno!

—¿Es usted casado?

—No, señor (risa general que no lo desconcierta).

—¿Por quién vota?

—¡Por don Manuel Montt!

—¡Ah, pícaro! que no se le permita votar, gritó en tumulto la oposición.

—¡Es partidario del despotismo!

El Presidente restablece el orden, le recibe el voto, y la oposición se lo pasa de uno á otro, lo besan, lo aplauden y lo bajan ébrio de contento.

. . . . . .

Un día, yendo cerca de la Casa de Moneda en Santiago, encontréme con un roto que conducía del cabestro un mampato, poney ó petizo, como llamamos nosotros.

—¿Vende, amigo? — Sí, señor. — ¿Cuánto? — Nueve pesos.

—Sígame, y si encuentro en aquella talabartería una silla de niño, es mío por el precio.

—Casualmente, dijo el talabartero, hace tres meses que un caballero me mandó hacer aquella, y como no ha vuelto, me creo con derecho á venderla.

Una hora después entraba el roto en el patio de Yungay seguido de un mampato, hermosamente

enjaezado, aunque nada de hermoso tenía él con su cabeza grande, sus patas cortas, y sus andar poco afanado, lo que era una cualidad apetecible para el caso. No había habido designio, ni pensado en tal cosa, sino que la casualidad de encontrar un mampato sugirió la idea de asociarlo á la educación del infante.

Al alboroto de tan inesperada aparición acudió, entre las maritornes de la casa, el que ya se sintió al ver la sillita, que era el héroe de la fiesta; y teniéndole las riendas yo, y alzándolo de un brazo, sentóse él en aquel elevado trono, desde donde, como Sancho desde Clavileño, debió ver el mundo pedestre cuán mezquino era.

Usamos con frecuencia el epíteto de *inefable* que no he cuidado de definir, al lado de placer, sin darnos cuenta de la sensación que tal título merece, como usamos la palabra *sublime*, sin darnos cuenta de lo que es ello, sino cuando nos enseñan que es sublime aquello que dijo Diós: hágase la luz..... y la luz fué hecha! sin duda porque no es como soplar y hacer botellas. Entónces ví el placer inefable pintado en la cara de un parvulillo. Levantó ambos brazos al aire, con las manecillas vueltas hácia fuera para indicar á padre y madre que estaban á ambos lados que se alejasen, que no lo tocasen, para tener la dicha, la gloria de tenerse el solo en el caballo, á quien impulsó á andar más bien con la voluntad; y siguiendo al caballo, y teniéndoselo de la rienda, dió la procesión vuelta al patio en cuadro, él en la mis-

ma postura de los brazos fijos, con la mirada hácia adelante, con la sonrisa de beatitud que los escultores griegos ponían á sus estátuas de divinidades, inefable, inmóvil, religiosa, revelando el arrobamiento del alma, mezcla de placer y de veneración.

. . . . . .

(*Tomo 45 pag. 184 al 198.*)

CURUPAITÌ

Este capítulo acaba con lo contenido en las primeras páginas de un librito en blanco, que con aquelas comienza y enmudece. El lector recordará que esta biografía principia también con las páginas de un librito en blanco, escritas á carbón, á lápiz, con tinta, á medida que las lecciones que conuene avanzan. ¡Ay! el un librito estuvo al lado de la cuna, el otro quedó al lado de la tumba! En aquél hablaba el espíritu, aquí el corazón. Allá el maestro que enseña, el padre que guía. Aquí, la madre que presiente, que escucha voces plañideras dentro de sí, como creemos oir gemidos cuando el viento agita los árboles en la tempestad, y tendremos el oído temiendo que alguno pida socorro y no sea escuchado.

¡Hay presentimientos! La razón se niega á admitirlos sino son las deducciones de la ciencia ó los efectos de las causas, y sin embargo, la tradición, la voz del pueblo, se obstina en admitirlos oponiendo á la razón la evidencia, el testimonio de los siglos, la persistencia del convencimiento íntimo. No creo en presentimientos, dice alguno, echándoselas de despreocupado; pero yo no puedo poner en duda, lo que por mí mismo pasó.

Y yo creo en muchas y muy misteriosas relaciones que escapan á las leyes naturales conocidas, y que la lógica repugna. Cuando alguien dice: *"Precisamente estaba yo pensando en eso mismo. ¡Qué coincidencia!"* Yo he anotado el hecho, como una de las cien veces que he dicho ó me han dicho lo mismo. Luego dos cerebros estaban en comunicación, y se movían al unísono, como vibran las octavas acordes del arpa ó de la guitarra, si se tona una de las cuerdas; y cuando oigo decir: *"Hablando del rey de Roma, luego asoma"*, tan antiguo, tan constante es el hecho, que ya hay proverbios, sin que sepamos quién y dónde se apareció un rey de Roma que nunca hubo, sino es alguno de los Etruscos Tarquinos, y los etruscos, se sabe, eran pueblos muy dados á las ciencias ocultas y divinatorias. Lo que es yo creo firmemente que nos rodea una atmósfera de efluvios nuestros, simpáticos á los de nuestros amigos, que nos sienten venir, con lo que nuestra imagen y recuerdo se despierta en su memoria y ya nos están aguardando cuando llegamos.

Hoy se admite la existencia del éter, que no puede ser ni imaginado siquiera, tan desleído que llena el universo, conduce la luz, la electricidad por oleadas ó como quieran, y está por tanto dentro de nosotros mismos, como si viviéramos dentro de un mar que nos penetra y une al mismo tiempo. ¿Por qué no han de tocarse así los cerebros y agitarse en dos por simpatía la misma idea? ¡Los perros encuentran el olor del amo, en

el aire que se ha removido, ha sido respirado y mezclado, tres días después que por ahí pasó! Llamémosle olor á falta de otra palabra. Será atmósfera.

Empieza á hacer lugar la ciencia á lo increíble, y sin embargo, la comunión de las almas fué el medio y el fin de todas las religiones, y la ciencia respetó, por siglos, lo increíble. Hoy creemos en el teléfono, que es más increíble que la comunión de las almas que nos empeñamos en negar. El teléfono está basado sobre un mar de vibraciones que hace olas, y transmite sonidos en segundos dando vuelta la tierra. Estamos ya en los dominios de lo increíble.

Hánse empezado á recoger escritos sobre visiones, apariciones, avisos y todo lo que llamamos *abusiones,* y se han reunido millares de testimonios, algunos tan comprobados, verificados, que no se pedirían mayores pruebas para sentenciar á muerte á un reo. Un joven militar inglés está en una mesa redonda comiendo con sus camaradas en la India, y de repente lo ven inmutarse. ¿Qué sucede? le preguntan. Nada, dice, sonriendo; he visto pasar á mi hermano por esa ventana, no obstante que está en Inglaterra. Tómase nota auténtica de la hora y auténtica es la respuesta de regreso de la mala de Indias á Calcuta, que el hermano murió precisamente á aquella hora. Y como éste, mil.

En multitud de casos, en la mayor parte llega á encontrarse un motor, un hecho, un recuerdo,

un color, un olor,—(los olores están más intimamente adheridos al cerebro. ¿Por qué? Porque son la atmósfera que rodea á una violeta, como el aire á la tierra)—que despertó en dos almas una idea, por lo que se llama asociación de ideas; pero admitiendo la verdad de este hecho, mi práctica de hombre crédulo, sin gazmoñería y sin partido tomado, me hace persistir en mi teoría de un mar de algo en que vivimos y nos penetra. ¿Dios ve lo que pasa dentro de nosotros? Luego ya estamos en camino de creer que algo nos ve, y se ve, y se deja ver á un tiempo, en nuestros amigos, parientes y sobre todo, entre padres é hijos, y más que todo, entre la madre y el hijo de sus entrañas; porque de estos conocemos la lengua que habian su espíritu ó su corazón.

En este género de fenómenos entra el trágico fin del capitán Domingo Fidel Sarmiento. Estaba anunciada en Buenos Aires la proximidad de un combate general en el Paraguay, y natural es la desazón que las madres experimentarían con tan terrible expectativa. La mayor parte de los jefes, oficiales y soldados tenían madre, y el desasosiego maternal debió ser común. ¿Sería tan inmenso en las madres de los que no murieron? ¿Seríalo en el corazón de todas las que perdieron sus hijos? Seríalo en hora buena; pero no han dejado un drama escrito, no se pusieron, como en este caso, en contacto dos almas, ni dejó la una un testamento de consuelos á la otra. En una cartera, que para el caso recibió de la misma madre, de-

jándola depositada en el bolsillo izquierdo de su saco, dice, como si al entrar en línea, previniera al que hubiere de levantar su cadáver, que allí encontraría la carta que dirige á su madre, para que se la envíe.

Quien haya leído *Recuerdos de Provincia,* recordará que mi maestro y mentor, el presbítero D. José de Oro, trabajó constantemente en curar mi espíritu de supersticiones y mis nervios de miedos, haciéndome entrar en una capilla á la sacristía obscura, dejando atrás un difunto, lo que me dió por resultado dormir en verano por evitar insectos dentro del Campo Santo anexo, cerca de almohadas abandonadas. El respetable sacerdote recordó muchas veces, por este motivo ó el otro, haberse perdido joven en las Pampas de Buenos Aires tres días, salvado solo por el inerrable instinto del caballo, cuando la sed lo aquejaba de muerte, y que al llegar á San Juan, entre sollozos de dicha, su madre doña Elena Albarracín, le preguntó qué le había acontecido, pues casi había sucumbido al dolor, teniéndolo por muerto el día cuya fecha apuntó por creerlo un presentimiento, y visto, resultó ser exactamente el día que estuvo en peligro de muerte. Córtase, es verdad, el cordón que unía á la madre con el hijo, pero son, separados ó unidos, la misma carne, la misma naturaleza, si tienen atmósferas que lo rodean en la vida, tan pequeño es nuestro globo, para que no se crucen, ¿por qué no han de vibrar como el aire con sonidos, como el éter con la luz, que corre á

200.000 millas por segundo; con la electricidad que se la mueve también de un cabo al otro del mundo? ¿No será por esto que recordamos siempre con amor á nuestra madre San Agustín, Renan, Lamartine y tantos otros que la erigen un altar? El corazón de la madre á su vez sangra cuando el otro pedazo es herido de muerte ó corre inminente peligro de serlo.

El drama misterioso comienza por la correspondencia anónima que el capitán Sarmiento dirige por la primera vez á *La Tribuna,* como si necesitara poner al corriente á su madre de la situación y escenario en que van á desarrollarse los inminentes acontecimientos. Don J. Carlos Paz le comunica el mismo día 6 de Septiembre la acogida favorable que su correspondencia ha tenido; y ese mismo día 6, la madre le escribía, por salir entonces vapor:

"Todas las correspondencias que nos han dado los diarios traídos en este correo, dicen que ayer ú hoy habrán atacado el campamento enemigo. No sé qué decirte, hijo mío, estoy sumamente preocupada. Mi imaginación me hace desconfiar de todo y no hallar sino peligros. ¡Oh! Dios mío, ¡cuándo te veré en casa para descansar de esta inquietud! No sé cómo oiré la señal del primer vapor, que, según dicen, nos traerá el resultado del ataque...

"Te mando entre los diarios dos libritos de bol-
" sillo, porque uno me parecía poco. Prudencia
" en todo, mi querido hijo, y deseándote la ma-

" yor felicidad en los peligros que te rodearán,
" te envía un abrazo tu mamá.—*Benita.*"

¡Oh! ¡Uno era demasiado! Sólo contiene la dedicatoria y la carta que llegará á su destino *post mortem*, como las cartas que dejan los suicidas.

Enviósela el día de cabo de año siguiente con la cartera que la contenía, el doctor Rawson. "Allí
" en un librito de memorias de Dominguito que
" le envío, encontrará usted los últimos pensa-
" mientos de su hijo. Tenga el coraje de leerlos
" y confórtese con esos nobilísimos sentimientos,
" dignos de un héroe y de un hijo tierno. Nadie
" puede repetir palabras como las que va á leer,
" escritas en la hora suprema y dirigidas por el
" mártir á la madre. Su afectísimo.

G. Rawson.

Como su vida, como su discurso de inauguración del Club de Estudiantes de que es nombrado presidente, como su introducción á *París en América*, su librito de memorias es el prólogo de una grande obra que iba á escribirse y la pluma cayósele de la mano, con la mano misma inerte como en otra carta escribe á su mamá que un comandante brasilero escribía el parte de un combate naval en que derrotó á los paraguayos y una bala de cañón le cortó el aliento y la oración.

El temple en que está la lira del futuro Homero, puede colegirse en esta otra nota:

"Si mañana atacamos, espero poder marcar en

esta misma página la hora en que ponga el pie sobre la trinchera que mi batallón tendrá la gloria de tomar primero."

¡Otra cosa ha escrito en seguida...! Pero lejos, y como reminiscencia, ha copiado la orden del cuerpo, que mandaba el coronel don Juan Ayala, su jefe, en la cual ofrece un ascenso á oficial al primer soldado que escale la trinchera y espera "que sus soldados y compañeros, sostendrán en el día de hoy, el honor del batallón, peleando como soldados de orden, subordinados y valientes. Campamento de Curuzú, Septiembre 17 de 1866. —*Juan Ayala.*".

"Recibí este librito, dice la dedicatoria, el 14
" de Septiembre en el campamento de Curuzú.
" Habíamos llegado el día antes, y esperábamos
" por momentos el ataque á las fortificaciones de
" Curupaití. Resolví entonces hacer algnuos
" apuntes personales, y "*dejar correr á esta car-*
" *tera su suerte, en el bolsillo izquierdo de mi*
" *blusa*".

" El 17, día anunciado para el asalto, pensé ha-
" cer algunos apuntes; no los hice, é hice muy
" bien. Ahora comienzo á servirme de él usando
" de esta primera página, que he escrito á las
" diez de la mañana del 21 de Septiembre en el
" mismo campamento de que hice mención más
" arriba.

" Querida vieja. Septiembre 21 de 1866. (*Vís-*
" *pera de la batalla*).—La guerra es un juego de
" azar. Puede la fortuna sonreir, como abando-
" nar al que se expone al plomo enemigo.

" Si las visiones que nadie llama y que ellas
" solas vienen á adormecer las duras fatigas, dan
" la seguridad de la vida en el porvenir que ellas
" pintan; si halagadores presentimientos que
" atraen para más adelante; si la ambición de un
" destino brillante que yo me forjo, son bastan-
" tes para dar tranquilidad al ánimo, serenado
" por la santa misión de defender á su patria, yo
" tengo fe en mí, fe firme y perfecta en mi cami-
" no. ¿Qué es la fe? No puedo explicármelo; pe-
" ro me basta.

" Mas si lo que tengo por presentimientos son
" ilusiones destinadas á desvanecerse ante la me-
" tralla de Curupaití ó de Humaitá, no sientas mi
" pérdida hasta el punto de sucumbir bajo la pe-
" sadumbre del dolor. Morir por su patria es vi-
" vir, es dar á nuestro nombre un brillo que nada
" borrará; y nunca jamás fué más digna la mujer
" que cuando con estoica resignación envía á las
" batallas al hijo de sus entrañas.

" Las madres argentinas transmitirán á las ge-
" neraciones el legado de la abnegación y del sa-
" crificio.

" Pero dejemos aquí estas líneas que un exce-
" so de cariño me *hace suponer ser letras póstu-*
" *mas que te dirijo.*"

Tal es el libro, tal la carta, tal el presentimiento, tal el fin. Estas líneas tristes lo asaltan un día antes del combate, como los fantasmas que vió Brutus la víspera de Farsalia. No quiso abrir el registro de su último pensamiento el 17, é hizo

bien, dice, porque no era víspera de batalla. Todas las razones en que se fortifica su fe en el porvenir, son razones para él, pero no de gran peso para el corazón de una madre. Hay ostentación en sus seguridades, como para encubrir la segunda parte que es el objeto de la carta; pero si todo ello, porvenir, gloria, nombre brillante, fuesen ilusiones, que mal llama *presentimientos,* porque estos sí, que vienen sin que los llamen, entonces consuela el dolor que ve venir; y se atrinchera en el deber, en el patriotismo, excitando á la madre á subir á tan altas regiones, porque, ¿presiente?... que está carta llegará después de su muerte.

En esta misma página, en lugar de marcar la hora en que su batallón montará sobre las trincheras de Curupaití, con lápiz más negro, con letra más grande y firme pulso, está escrito:

Septiembre 22 de 1866

Son las diez. Las balas de grueso calibre estallan sobre el batallón. ¡Salud, mi madre!

En Washington recibieron los oficiales de la Legación Argentina la infausta nueva, que comunicaron con delicados intervalos y á dosis preventivas primero, hasta vaciar el amargo cáliz y mostrar las heces. ¿Qué decir de los dolores de entonces, veinte años después? Un contraste todavía hacía más penoso el natural sufrimiento. Habían separádose, padre é hijo, en San Juan, para seguir cada uno su destino por rumbos opuestos. Con los

años aquella movible fisonomía del púber de diez y siete años debió tomar los lineamientos del hombre adulto, hasta el retrato del capitán con su pelo cortado á la *mal content,* pero la imagen grabada en la memoria paterna era la del suave, la del tierno, la del alegre niño apenas adolescente que vió en San Juan; y cada vez que el dolor quería presentarle la imagen del capitán muerto en el campo de batalla, acaso mal ó intempestivamente asistido por el escaso cuerpo médico, presentábasele la cara sonriente del festivo galán, echando hacia atrás por un movimiento de brioso corcel la espesa melena de cabellos que con el agacharse á fuerza de reir quería venírsele sobre los ojos. En el silencio de la noche, en las largas horas de insomnio, á veces creía oir la inextinguible risa del joven travieso, como desde el bufete la oía todos los días, en la pieza donde las niñas se reunían antes de comer, y les contaba las anécdotas del baile, las bromas y los dichos que amenizaban los salones ó las reuniones públicas.

¿Era esto un mal? El genio griego apartó de la muerte sus tristes pavores; y nuestras costumbres tienden á embellecer las moradas de los muertos disimulando los sepulcros bajo masas de verduras, flores y coronas, para dulcificar las penas que no pueden ser consoladas.

Cuando de regreso á la patria pude abrazar en silencio el depósito de sus restos, hospedado en el sepulcro de los Varelas, al lado del mártir de los mártires argentinos, don Florencio, pensé en cum-

plir con las cláusulas de su testamento, en cuanto era dado al paternal afecto, ya que la historia enmudece después que Hebé, la copera celeste, cayó por acaso y derramó la copa del néctar destinado á los dioses.

Tenía el robusto niño derecho á la vida por más largo tiempo, y sus ilusiones de un porvenir brillante, su noble ambición de legítima y merecida gloria que buscaba, le hacían soñar en la prolongación de la existencia por la gratitud y veneración de sus semejantes.

Pedí al cincel de un escultor romano de nota buena compañía sus manes, está cerca de Franklin, de Washington, Lincoln, San Martín, Vélez, Montt y otras glorias que le eran caras. Una columna corintia tronchada á media caña, señala su el busto en mármol, que, para que se hallen en sepultura en el Cementerio de la Recoleta; y siguiendo la inspiración clásica consagréle últimamente dos vasos bronceados. Uno de ellos es el vaso que se llama de los Borghese y que representa una fiesta presidida por Baco, acompañado de Sileno y el cortejo de las alegres bacantes. Este vaso es cinerario ó votivo en honor de un héroe á cuyos manes vienen á hacer menos pesada la losa que los cubre el bullicio de la tierra, las alegrías de la vida, la danza juvenil, y la embriaguez que hace olvidar las penas. Como todo ello no isgnifica nada, ningún sentimiento moderno perturba tquellas representaciones del arte antiguo. Recibiéronse con indulgencia las palabras que á

la fiesta de los muertos, consagré el año pasado, y entrarán en este opúsculo, por haberlas motivado mi ofrenda y mis visitas al sepulcro de mi malogrado discípulo, cuyas ideas hasta la exaltación puedo atribuirme, aunque haya sido desgraciado el ensayo. ¡Tantos otros con méritos ya reconocidos murieron por la patria, que no he de abstenerme de decir que yo lo empujaba por ese camino que conduce á la gloria, por sobre la muerte que detiene á los demás! No pudo dar el salto por ser demasiado joven, y cayó... simple mortal como los demás, aunque era de la piedra en que se tallan los héroes.

(*Tomo 45 pág. 253 al 261.*)

LEYENDAS MAYAS

FRAY CAYETANO EN UN VEINTICINCO DE MAYO

25 Mayo de 1882.

Estamos este año de reminiscencias. La historia vuelve á presentarse, reclamando su preeminencia en la atención y en la política de la generación presente. Nos hemos cansado de gritar: ¡viva la patria! porque cada uno siente que se le atraviesa un recuerdo doloroso al evocarla.

López, Mitre, Guido, Lamas, Avelaneda, Sarmiento, han vuelto este año á registrar nuestros anales, desenterrando aquellos preciosos documentos inéditos, comprobándolos, y discutiéndolos: rectificando las últimas apreciaciones del orden moral á que se prestan esos mismos hechos.

Apelaremos también nosotros este año á reminiscencias de escenas de otros tiempos ó de fiestas de otros veinticinco de Mayo, que la memoria retiene, como aquellas tintas descoloridas de estampados bellísimos, de los que, con el uso y el tiempo ha desaparecido el dibujo general, que-

dando solo, á manchas, en flores ú hojas, los colores más penetrantes y vivos.

El espectador de la escena que vamos á describir era un niño de nueve años, y recientemente llegado á Córdoba en 1820, destinado al Colegio de Montserrat, y viendo las cosas como por un vidrio de aumento, grande la ciudad, soberbia la Catedral, y sin cuento las torres y cúpulas de conventos y monasterios; atronador el armonioso órgano de la Catedral, aterrante el numeroso ejército del general Bustos, y todo superior á la comprensión de un niño forastero.

Antes de salir el sol, el 25 de Mayo de 1820, ocupaba el narrador, su puesto en la calle ancha, delante de la gran parada de tropas de línea, de negros unos batallones, de indios otros, y con uniformes magníficos los de á caballo, artilleros ó húsares. Acaso formaba en la línea, Capitán ó Mayor, don José María Paz.

Sabía que ese ejército había peleado en el Alto Perú, lo que le infundía respeto, si bien había conocido en sus mocedades, de siete años, el *Número Uno*, de los Andes, los Dragones, y otros cuerpos, con sus jefes gloriosos de Chacabuco y Maipú.

Porque desde tan tierna edad y á causa de ser aquella una época esencialmente guerrera, tenía el niño grande afición á las armas, asistiendo en su tierra á los ejercicios diarios de los batallones que reconquistaron á Chile. Conocía, por ejemplo, por sus nombres, á los tambores y pitos que

echaban llamada por las tardes en el vecino cuartel de Santo Domingo, pudiendo enumerar los clarinetes, trompas, fagote, serpentón, chinesco, de que la banda se componía, y dar testimonio de que jamás el Tambor Mayor, al romper la marcha, y lanzando al aire su bastón con su bola de plata, dejó de recogerlo, cuando caía precisamente en el lugar á donde alcanzaba con el progreso de la marcha, sin discrepar una pulgada. La presente generación no ha visto tales *hazañas*.

Conocía á todos los jefes y contemplaba estático los enormes y clinudos bigotes del comandante Zequeira, que poco después mataron.

No sólo por estos hechos de un carácter privado, empezaba á interesarse en la vida pública de su país, y prepararse para mayores proezas en el arte militar y á tomar parte temprano en la historia patria, sino que sabiendo que llegaba su padre, capitán de milicias que había concurrido á la batalla de Chacabuco, circunstancia que le recordó San Martín en París andando los años, conductor aquél de trescientos prisioneros españoles tomados en tan gloriosa jornada; se trasladó inmediatamente á casa de S. E. el señor gobernador don Ignacio de la Rosa, adonde se hallaba el capitán dando cuenta de su comisión; y estando cerrada la estrecha calle con los caballos de escolta, comitiva y ciudadanos atraídos por la novedad del caso (coches, Dios los diese por aquellos tiempor remotos, salvo la Calesa dorada de llevar á su Majestad) arremetió en lo encapillado, es decir,

la camisita, su único arreo, á los seis años apenas cumplidos de edad, por debajo de las barrigas y pescuezos de tanto caballo, hallando la cosa más natural del mundo y con sólo agacharse un poco, el tránsito por debajo de aquella bóveda de barrigas y cabezas. Llegar al salón de gobierno, plantarse en el centro hasta poder discernir á su polvoroso y asoleado padre y saltar sobre sus rodillas, fué todo uno, hasta que y sabiéndose luego por qué milagroso camino había llegado al salón, á falta de Legión de Honor como el comandante Espinosa, el doctor don Ignacio de la Rosa lo decoró con alzarlo en brazos; todo lo cual deben tenerlo en cuenta los que disminuyen el número de sus hazañas militares, mientras le cargan años en cada pata, como balas de cañón á los cadáveres que se sepultan en el mar. E pur!.....

De lo que se le da un comino, aplicándose á sí mismo esta observación de Guizot.

"Es un hecho grave en toda sociedad *democrática,* el alejamiento de los hombres, los más eminentes, y los mejores entre los más eminentes, para el manejo de los negocios públicos. Washington, Jefferson, Madison han aspirado ardientemente al retiro, como si en este estado social, la tarea del gobierno fuera muy dura para los hombres capaces de medir su extensión, y que quieren cumplirla dignamente.

"A ellos solos, sin embargo, esta tarea conviene y debe ser confiada. El gobierno será siempre y en todas partes, el más grande empleo de las

facultades humanas, por consiguiente, el que requieren las almas más elevadas. Va en ello el honor como el interés de la sociedad que tales almas sean atraídas y retenidas en la administración de sus negocios, porque *"no hay garantías, no hay instituciones que puedan reemplazarlas."*

II

Para volver de tan docta y necesaria digresión al 25 de Mayo de 1820, tras las salvas al sol saliente y maniobras de las tropas en la calle ancha de Córdoba, habiendo las bulliciosas y alegres campanas de la Catedral dado sus tres alegres y sempiternos repiques, el aficionado se dirigió á la iglesia, donde, merced á ser sobrino de cura y conocido de monaguillos y sacristanes, pudo penetrar hasta el fondo de la cuestión, como es su costumbre en todo, á saber, hasta el presbiterio, donde están las autoridades, los oficiantes, canónigos y monaguillos armados de ciriales, incensarios, campanillas y demás accesorios del culto en una gran fiesta.

¡Espectáculo de dejar lelo á un aldeano!

Cuatro ó cinco órdenes de religiosos con sus capuchas y sus hábitos de diversos colores en fila interminable; una hilera de galoneados jefes y oficiales del ejército—estudiantes de la Universidad con bandas coloradas sobre sus sotanas de un lado. ¿Estaría el doctor Vélez allí, pues aún no

había rendido exámenes finales? Del otro lado los de Montserrat con su banda celeste, en cuyas filas formaría luego con dignidad y compostura el ahora simple espectador.

A la izquierda, bajo un dosel carmesí, en una silla poltrona está el general don Juan Bautista Bustos, todo bordado de oro, gobernador de la Provincia, acompañado de un maestro de ceremonias y edecanes cubiertos de galones.

No recuerda quién es el provisor después que fué Lascano, pero que conocían entonces canónigo al frente del coro, en Sede vacante.

Delante del gobernador y al pie de la mesa se sientan dos maceros, cuyas mazas de plata reposan sobre la mesa, los cuales son dos mulatos gemelos, de la misma fisonomía y talla, vestidos de pana verde botella, de manera de tomarlos uno por otro.

III

Pasadas las ceremonias pomposas del introito á grande orquesta de violines, triángulo y tambora, un padre dominico se arrodilló ante el oficiante á recibir la bendición y acompañado de un corista atravesó magestuosamente la nave, seguido por las miradas complacidas y ansiosas de todos, como si esperase que el Espíritu Santo descendiese y batiese sus alas sobre la cabeza del grande predicador.

Las miradas de todos los presentes se dirigieron hacia el púlpito, cuyas gradas subió majestuosamente el padre dominico, de ancho semblante á lo que recuerda el niño de nueve años de quien tenemos estos detalles, y á que da suma importancia al nombre que después supo llamarse fray Cayetano José Rodríguez, uno de los luminares y protagonista de la Independencia, pues fué diputado por Buenos Aires al Congreso que en Tucumán había declarado la independencia de estas colonias que formaban las Provincias Unidas del Río de la Plata en Sud América, cuyo acto era la confirmación legal de la revolución contra la dominación española, iniciada en Cabildo abierto el 25 de Mayo de 1810 por los notables y Cabildo de la ciudad de Buenos Aires, cuya conmemoración se celebraba aquel día de la patria.

Daba grande interés al acto la circunstancia de ser el funcionario civil á quien dirigía la palabra el insigne desertor de las filas de los ejércitos que hacían la guerra á la dominación española, el orador sagrado.

El general Bustos había abandonado con el ejército que retenía en Córdoba, la línea del Desaguadero, confiada á su guarda.

Cuando el padre sacó de la manga del blanco hábito un pañuelo para limpiarse el rostro con el majestuoso y acompasado ademán de un padre de campanillas, cuando extendió sus manos sobre la cornisa del púlpito, después de una invocación y del texto latino, el movimiento de atención de

la concurrencia se tornó en silencio, como si nadie respirase, como si algo hubiera de suceder. El sermón discurrió sobre tópicos correspondientes al exordio; y andando la frase, y sucediéndose los períodos, el niño á cuyos recuerdos nos referimos, y que por la novedad y grandeza para él estupendas de las cosas, ejército, catedral, concurrencia, cañones, húsares, maceros, miraba al predicador de hito en hito, oyóle entrar, levantando la voz con júbilo y glorificación ó bajándola como en el oficio de difuntos, en una de aquellas figuras de retórica, de que no pocas se abusa hasta el cansancio, que consiste en repetir el sujeto de la oración al principio de cada período cuando se enumeran una á una las circunstancias, cualidades ó actos que se le atribuyen. Así principió el reverendo fray Cayetano Rodríguez con voz llena de majestad y volviéndose hacia el pueblo exclamó:

Veinticinco de Mayo de 1810

Día por siempre memorable en los fastos de las naciones, y señalado por el dedo del Altísimo para...

No nos atendríamos á la simple memoria de un niño, para seguir la frase y magnificaciones del grande orador patriota; contando con que el lector se sabe de memoria esta parte de la lección, según que la ha oído á sus padres, ó la repiten hoy todos nuestros diarios, y acaso el sermón de

costumbre en tan solemne día. En seguida vino:

Veinticinco de Mayo de 1811

Consagrado á registrar en los anales recién abiertos de la naciente patria, las victorias de... ó la derrota de... pues la memoria infiel no puede apuntar nombres que no le eran familiares y oía por la primera vez; pero de derrotas y de victorias hablaba... acaso de la de Sipe-Sipe.

Veinticinco de Mayo de 1816

¿Cuál sería la leyenda afecta al Congreso de Tucumán, de que el reverendo predicador había sido ilustre miembro, no nos lo ha dicho M. Groussac en su Ensayo Histórico de la Provincia de Tucumán, dádole ciertos aires de concilio el doctor Avellaneda, y Sarmiento contentádose con hacerlo menos casero, y menos criollo de lo que se pretende, y algo así como las revoluciones de Roma y Atenas, cuando en ambas se puso término á la autoridad de los reyes.

Veinticinco de Mayo de 1817, 1818 y 1819

No recuerda el narrador los caracteres que atribuyó á aquellos en que debió deplorar la guerra civil, las desmembraciones de territorios, la es-

pantosa anarquía en Buenos Aires, hasta que llegando al tristemente célebre "año veinte", bajando la voz, humedecida ya por el dolor, y entrecortada por la vergüenza de tener que recordar tantos desastres, tantos crímenes, hubo de recordar *la sublevación de Arequito,* y volviendo sus miradas hacia el solio que ocupaba como gobernador el general que tal atentado cometió y había inutilizado ese ejército que formaba la parada, para diversión y asombro de chicuelos, después de haber espantado á los leones de Castilla en los campos de batalla, exclamó con la voz tonante de Samuel por la sublevación de Arequito.

Veinticinco de Mayo de 1820

"¡Día de luto y de vergüenza para la patria, funesto día que no debieran recordar los Anales; en que sus hijos volvieron sus armas contra el seno de su madre...!"

Seguro, que el Padre Cayetano dijo estas mismas palabras, porque el niño recordaba siempre lo "de los hijos que vuelven sus armas contra la madre", y además porque las que oyó repetir en conciliábulos de clérigos en el alojamiento de su tío el cura, pues allí comentaban la audacia del sermón, glorificando al sabio orador y la pintura que hacía de los males de la patria. En la Catedral, cuando el orador sagrado llegó á este punto y sus reproches, sus maldiciones llovían sobre la

cabeza del poderoso y hasta entonces ensoberbecido culpable, los oyentes empezaron á moverse y maquinalmente volvían la vista hacia el gobernador, esperando sin duda la orden á los maceros de intimar prisión al audaz dominico. El narrador recuerda que tenía al contrario el general, la fisonomía muy plácida, como si tuviese á grande honor el que se usase en su presencia de tanta libertad. Después ha pensado que bribones que tienen en la parada cuatro batallones de línea, una brigada y un regimiento de húsares, pueden dejar decir lo que quieran á profetas y predicadores, sin prohibición, sin alarma, etc.

IV

Ahí terminó el sermón famoso que debió ser una reseña histórica de los principales acontecimientos de la revolución de la Independencia, el rumbo que la daban las batallas perdidas ó ganadas; y los lamentables desórdenes y desunión traídos por la anarquía y la discordia. Al concluir el Padre la oración, deseando al auditorio la gloria eterna, se levantó un inmenso rumor de vestidos y voces, como si un torrente de agua detenida se abriese paso ó una bandada de torcazas se alzase del suelo de un golpe agitando un millar de alas á un tiempo. La función concluyó como de costumbre, aunque en los semblantes el niño observase mayor animación que la que convenía á

tan solemne misa de gracias. En casa de su tío, y durante cuatro días, donde quiera que se reunían gentes ó visitas, el asunto del día era el sermón de 25 de Mayo predicado por el Padre Cayetano y las duras verdades que hizo oir al poltrón general que acabó con desmoralizar aquel magnífico pie del ejército, aniquilándose por la deserción, pues no había con qué pagarle sus salarios, y haciendo sufrir á Córdoba su pobre tiranía, hasta que después de haber impedido que la República se constituyese en 1826, y ayudado, con encabezar las resistencias del interior y de Santa Fe, á malograr los resultados obtenidos en la batalla de Ituzaingó por el ejército argentino, negándole refuerzos ó favoreciendo la deserción, no pudo resistir en San Roque al empuje del Regimiento de Coraceros y un batallón que mandaba aquel capitán Paz, arrastrado por la disciplina en Arequito; pero que se incorporó al ejército argentino, y llegó á general en la campaña del Brasil, por sus talentos militares.

Imposible sería desde entonces, 1829 y 31, seguir la historia del Veinticinco de Mayo, suprimido en Buenos Aires por el dictador Rosas, quien odiaba por instinto su memoria.

Hay, sin embargo, una página que lo recuerda; y aunque en la tierra de extranjeros, como los hebreos á las márgenes del Eufrates, llorando la Patria ausente, tiene el mérito singular de ser una Cena á que concurrieron los últimos héroes de la Independencia, como el general Las Heras, los

nuevos campeones que se levantaban para continuar la obra como Mitre y Sarmiento, los más brillantes poetas argentinos, como Gutiérrez y Juan Godoy, y hasta un hijo del general Lavalle, niño aún que venía con la bandera de Mayo á buscar la tradición de la Patria. Vale la pena de agregar aquel Veinticinco á la lista de los de fray Cayetano.

(Tomo 46 pág. 31 al 39)

MIS PAJARITOS

Zárate, Mayo 11 de 1885,

. . . . . .

Quedaba usted á su llegada presa en el lazareto de Lisboa, y como las aves en su jaula se ocupa de contar y recontar los alambres que la tienen cautiva. La prisión no deja que desear, á fe. "Es una ancha aspiral que costea y sube una preciosa eminencia que tiene los pies metidos en el mar. Son muchos los pisos de que se compone, y muy entendida la distribución en alas que convergen á un punto dado; una verdadera fortaleza por la forma, las precauciones tomadas y la imposibilidad de escaparse." A la fecha se habrá olvidado de las molestias de la cuarentena, y estará en Sevilla, admirando lo único admirable: el Alcazar morisco, la Catedral y la Giralda con su célebre campana. Ojalá que se consagrase usted á tomar de las andaluzas, corregido por las madrileñas en seguida, el tono y las cadencias de la lengua que nos es común para borrar las entonaciones americanas diversas, degenerando en canto, tonada, cadencia desabrida, y monótona sucesión de palabras.

Mientras se habitúa á la vida europea, lo que debe complacerla infinito, es la impresión de agradable sorpresa primero, de simpatía y entusiasmo después, causada aquí por la descripción á verdadero *vol d'oiseau,* que usted hacía de su ascenso al Corcobado. Fué el asunto del día en los corrillos; encomiáronla los diarios, y entre las damas del *high-life,* usted contó á sus amigas, entre ellas Carmen, cuyas felicitaciones muy cordiales, dejaba sentir la atmósfera literaria que respira. No pude resistir á la tentación, y puesto que había de hacer llegar al ingeniero de la vía, recuerdo de sus emociones de usted, parecióme más del caso que las tuviera directamente con el colorido y frescura de la primera emoción, cual capullo que abre su corola para saludar la luz del sol, por la vez primera.

Hablaréle ahora de lo que á mí me concierne, y á los lugares que usted visitó, pues era de su deseo mantener, ó tal podía, un pie en América, como le sucederá leer de punta á cabo los avisos de los diarios que nunca leyó aquí, pero que allá le recordarán la calle Maipú por mentada, ó tal ó cual persona cuyo nombre le es conocido. Eugenia le mandará luego un boceto de la isla, con los colores con que el otoño, á duras penas, esmalta aquella eterna lozanía de la húmeda vegetación; y como me llegan de Chile los últimos pliegos de un volumen de la Edición Nacional de mis obras, dáeme al recorrer sus páginas, bajo la vista, una descripción del otoño, que sienta tan bien al as-

pecto que la isla presenta. "Cuán apacible es el otoño bajo el cielo azul de Chile, esa tarde del año en que la naturaleza satisfecha de haber obrado bien, se retira lentamente y desnuda sus galas de estío, para dormir el sueño del invierno. Ciertas flores inodoras pero brillantes de colorido le sirven entonces de sonrisas postreras, y de velo para ocultar á la vista el despojo de sus atavíos que principia con lentitud y con gracia. Entonces los colores de la paleta matizando de amarillo ópalo y rojo el verde de la vida que se extingue, disimula la desnudez de la forma, los síntomas de la decrepitud y de la muerte; como las delicadezas del estilo, encubren por largo tiempo el vacío que dejan en el alma las ideas que desaparecen. los principios vencidos, las creencias muertas."

Le opongo á usted esta tranquila descripción á la suya del Corcobado que hiciera yo á su edad con la energía de la primera impresión de almas juveniles.

Permanezco aún en la isla, no obstante lo avanzado de la estación por requerirlo obras comenzadas, y por gozar y sentir la vida del otoño en la naturaleza, como la siento en mi espíritu que también está en días de invierno, aunque no sean todavía crueles los fríos que la previsión deja presumir. Si se temiera que se embotan por el desuso, la inteligencia y el amor á lo bueno ó lo bello, sepa que mantengo la correspondencia de Zárate que dejo en comienzo y en la que irá incluída ésta.

Principio por el muelle que acabo de construir y es una obra acabada de arte, de solidez é ingenio (lenguaje andaluz que oirá todo el día por allá, como el de aquel que ofrecía á su manola bajar la campana de la Giralda, y de rodillas irla sonando delante de ella para anunciar su salero, y su aquel, ó el chalán que enseñaba su mercancía, diciendo: "y en jamás aquí z'a visto un jaco con tanta crin... ¡Era un burro! Pero mi muelle pertenece á otro orden de ideas, sin menoscabo del Arsenal, cuya cabria iza hoy en lugar de *Amstrongs* y *Parrots,* para que fué establecida, estupendos calderos y maquinaria para destilerías, ya en vía de evaporar á setecientas fanegas de maíz diarias.

Excuso detalles sobre mi muelle; la fotografía le transmitirá imágenes reales, y sin retoque de pincel.

Pero los incidentes fortuitos revelan y los accidentes dan realce á la belleza, como los lunares negros naturales en cutis terso, y aquellos hoyitos en la barba, en las mejillas y aun en la mano (de que usted carece, sea dicho mejorando lo presente). Pues oiga usted algo en efectos dramáticos, mejor que *mouches* ni *fosettes.* Conoce usted, por reprobarlos mis aires de dictador salvando la Patria, cuando dirijo una costura, una acequia, un trazo al lápiz. ¡Corte usted allá, el serrucho aquí, una punta de París de seis pulgadas!...

Estaba yo en mis setenta y más abriles de vigor, de mando, de cóleras olímpicas, excitadas

por la *"maladresse d'un vain peuple"*, cuando levantando la vista al cielo, acaso para protestar contra mi *entourage*, ¿qué veo?... apenas me persuado de ello... un *hornerito* industrioso, afanado, sobre mi cabeza en una rama de sauce que había hecho podar un mes había para desembarazar la perspectiva del río, afanado en construirse su nido de arcilla, sin tanta bulla como la que yo metía, por hacer un muelle de dos varas de frente, aunque una monada de perfección. ¿Habría usted contemplado sin enternecerse esta competencia entre un anciano y un joven; entre un ex todo lo humano y honradamente apetecible, *parmi les hommes*, y una avecilla, que construyendo más sólidos edificios que Semiramis en Babilonia de la misma arcilla, ha dejado á los indios atrás con sus toldos de pieles? Usted sabe cuánto quiero yo á los horneros, á quienes creo dotados de más inteligencia que á los hombres de la época primitiva, y que se persuaden que los postes del telégrafo han sido puestos para servir de base á sus hornos, según han tomado posesión de ellos en todas partes.

Construía uno su bóveda en la puerta de una escuela, en San Fernando, y usted lo recuerda el día que murió Rosario en Jesús María, se cayeron los pichoncitos ya emplumados de la familia hornera que había anidado sobre la puerta de entrada del hotel de Mendicuti

Y á propósito de aquel nuestro colosal huésped, parece que lo hubiera tenido presente, cuan-

do con motivo de las proezas del de Eibar, tomaba al vasco por el modelo moderno del *Hércules* antiguo. Se me presentó el lunes en casa, deplorando haber sabido tarde que yo había estado en el juego de pelota, de lo que como vasco, se enorgullecia, asegurando á los suyos, que éramos antiguos amigos. Si hubiera leído antes mi encomio del Chiquito, me abraza, es decir, me revienta. ¡Qué coloso! Pero vuelvo á mis horneros. Dos días han dejado pasar sin trabajar, no obstante de estar al terminarse la bóveda é iniciada la mampara, biombo, ó como se llame en lengua de pajarito, la muralla que respalda la entrada, de manera que el viento no dé de frente sobre los polluelos. Se ha observado que todos ponen la entrada, la puerta de calle, al norte, precaviéndose acaso del viento reinante; no obstante hay ejemplos de entrada á la parte del sud. Sus buenas razones tendrá para ello el innovador. Su primo González me dió noticia de un progreso que habían hecho los horneros de Bolivia, de que los nuestros no participan; pues la mampara tiene sus inconvenientes cuando uno vive entre pícaros. No es raro que un pajarito sin delicadeza, un gorrión por ejemplo, que vive á costillas del prójimo, se apodere del nido del hornero, y cuando éste viene á entrar como á su casa, encuentra un picazo abierto y un cuerpecillo que llena todo el pasaje. ¡Y vaya usted á decirle á un pícaro: esa casa es mía, salga usted de ahí!

El hornero sobrio en argumentos se retira ca-

llado su pico, y dos horas después se presenta con una comisión de diez ó doce horneros á intimarle rendición y entrega de la plaza, sin condiciones; pero Leonidas, sabe lo que importa un desfiladero, y á toda la turba reunida y más que fueran, presenta su pico abierto, en lo más obscuro y estrecho del pasaje. A la una, á las dos, á las tres, ¿no se rinde? pues manos á la obra, y que cada "inglés" cumpla con su deber. Dispérsanse los auxiliares, y á poco vuelven, cada uno con su pelotilla de barro, como albañiles que son, y principia algo más práctico que la torre de Babel, que es una zoncera, y uno tras otro la deposita en la entrada, cuidando de afirmarla y amasarla con pico y patas, subiendo la muralla nueva por minutos, como una oleada de lava fría en las épocas de la creación, haciendo la obscuridad dentro de la fortaleza sitiada, con su sublevada guarnición adentro que falta de luz y de aire querría rendirse ahora, antes que la última vislumbre desaparezca; pero su suerte está echada, y "toda vez, me decía González, que en Bolivia vea usted un horno tapiado, sin puertas, esté seguro que adentro está, para escarmiento de usurpadores, el esqueleto de un intruso que quiso vivir á expensas de los otros ó apoderarse del reino."

Dos días hace que mis horneros han dejado de trabajar. ¿Por qué? lo ignoro. ¿Habránse amedrentado, con el movimiento y mis gritos dirigiendo la maniobra al parar un estacón? ¿Qué significan, sin embargo, estos amores en Abril?

(Otoño y no primavera como allá). ¿Los pollue-los vendrán en lo crudo del invierno? ¿Se cons-truirán Filemón y Bancis, un albergue para pa-sar el invierno? ¿O es simplemente coquetería conmigo, y construyen una casa, para que reco-nozca su profesional habilidad; como la Chuña se envenenó picando y tragándose fragmentos, brillantes de vidrio, toda vez que ponía yo aten-ción en su figura desmelenada, á guisa de *heron*, y sus ojos de profunda é inteligente mirada? En pocos días lo sabré. Lo cierto es que no hay hor-neros en las islas, y estos han pasado el río desde que ven señales de habitaciones humanas. Me ha-cen monadas y fiestas cuando nos encontramos, yendo cada uno á sus quehaceres. ¿Comprende-rán que los amo, como aquellos cardenales que se asilaron enfrente de mis ventanas en la vieja Casa Rosada?

Apenas se abrió la sucursal del Banco de la Provincia en Zárate, acudieron dos horneros á construir sus moradas en un ángulo del tímpano que corona el vestíbulo corintio de la casa frente á la mía que usted vió. El estilo corintio domina en Zárate. No sé si han terminado la obra que dejé muy adelantada; sabe usted que gustan los de su especie de la sociedad humana, lejos de te-merla, como el *moking bird* viene á anidar en el árbol más próximo del *log house* que se construye en los bosques solitarios, el Squatter norteame-ricano, para acariciarlo con sus cantares imitan-do á todos los pájaros y aun gritos humanos. Trá-

jome cuatro el comandante Davidson de los Torpedos y el uno que llegó murió de nostalgia echando de menos las selvas espesas del valle del Missisipí. Cantaba en voz baja, como tararean las niñas cosiendo, y nos acercábamos con precaución á escuchar aquellas melodías no oídas en nuestros países, y que parecían cantos lejanos traídos por el céfiro.

En medio de tantas felicidades compadézcame sin embargo. Algo he tenido que deplorar á la par de su ausencia. No necesito usar de circunloquios al anunciarle la triste nueva como lo usaron conmigo para prepararme á oirla. Oígala usted con su corazón helado, cuando de pajaritos se trata. Le diré todo de una vez: ¡Murió uno de mis pajaritos amarillos! ¡Lo mataron! Lo dejaron morir á mano y colmillos de un ratón aleve. ¡Cómo! Queda por saber cómo. Se lo comieron y san se acabó. Y hubiérale usted hecho el duelo, sabiendo que le dió á usted la razón, en el largo debate sobre *bichos colorados* y mosquitos. Es el caso que manteniéndolos á ambos encerrados en sus jaulas meses hacía, por temor de que tomasen las llaves del campo, un día, compadecido les dí suelta, fuéronse gozosos á los vecinos duraznos, triscaron, cantaron, saltaron de rama en rama y no opusieron objeción seria á la idea de volver á entrar en sus jaulas. Animado por esta comportación de personas grandes, traje otro día una jaula en pos de otra á mi silla poltrona, y á ambos *Caciques,* abrí de par en par las puertas.

¡Qué salir! fué preciso echarlos fuera por fuerza. Aquel á quien por toda gracia le he enseñado á pelear, se mantuvo media hora sobre mi muslo, provocándome á la lucha.

Estira para ello el cuello como víbora; yergue alta la cabeza, eleva el pico hacia el cielo, y cubre el ojo con tela amarilla sin duda como una coraza, no dejando visible sino unos puntitos negros que son el centro de las pupilas. Así apercibido al combate me aguarda con una patita más adelante que la otra, diciendo clarito: "atajáte, cordobés", como decía un loro de casa con igual postura, "atajáte, atajáte".

Mi juego es darle estocadas con el índice de punta, después de muchos golpes falsos, y los buenos, cuidado de que pasen por debajo del ala, como si no acertara á bandearlo de parte á parte. Alguna vez sucede que lo asalto y no le dejo más recurso que la fuga. ¡Qué esperanza! se tiende en el suelo ó sobre mi pierna ó colgado de una rama, antes que retroceder un palmo, enderezándose, así que dejo de oprimirlo. Mientras tanto, al menor descuido, volando, de un salto, se viene sobre mí y de repente me arrima un picotazo haciéndome derramar una gota de sangre y volviendo á su puesto (mi muslo), ó una rama de árbol donde se ha trabado el combate. Conócesele el gusto de herirme, al mismo tiempo que la cólera que se le despierta. Yo pierdo siempre; y cada vez que me apercibe, que tosa siquiera, se endereza y aguza y estira el cuello, provocándome á descomunal combate.

Este es el que está vivo. El muerto, que llamaban el malo, era el más bueno conmigo y respondía como el papagayo de José Posse (que se me muere de viejo) *rrrcoco* que es el canto que yo le he enseñado no sabiendo qué deciries de más amoroso. El loro sabía hablar castellano y lo ha olvidado en mi escuela, gracias á mis lecciones de gruñirme como yo le gruño. Ráscame la cabeza, al sentirme venir, porque es el cariño que yo le hago.

Vamos ahora á la lamentable historia de los Caciques. No quisieron aquella segunda vez ir á los árboles, y recapacitando sobre tan extraño proceder, nos convencimos que habían sido picados por los *bichos colorados* en la primera salida, razón por la cual por todo el oro del mundo, no quisieron volver á los duraznos la segunda.

En fin, al regresar la familia á la ciudad se los llevaron y durmiendo la primera noche sobre una mesa se oyeron á horas avanzadas gritos descompasados, como de cristiano, dicen; tan extraños eran los gritos que corrieron desoladas, encendieron luz y vieron fuera de la jaula á uno de los pajarillos desgarrado, ensangrentado y exánime. El que quedó vivo estaba aterrado en lo alto de la jaula, con algunos arañazos y un dedo menos. No es el que abría la aldabilla de la portañuela y se salía; y que clavándosela con un clavo, ocupó una mañana en empujar el clavo y se salió para pararse sobre la jaula misma á hacer pitos á sus carceleros.

Cuatro días después, llego yo al lugar del siniestro, é impuesto de lo sucedido, corro á medir el tamaño y la gravedad de las heridas y contusiones. El pajarillo se mantenía en lo alto de la jaula hasta que no la izaban fuera del alcance de rapaces malandrines, pues entonces bajaba á su dormitorio que es la taza en que comió su pienso de huevos cocidos, tomándola acaso por el amoroso nido materno. Pero no obstante erguir su cuello al verme, por si deseaba echar una manita de esgrima á pico, notábase por su plumaje erizado que estaba enfermo y frebriciente. Había perdido la falange del dedo *índice* (de que hacen los de su especie poco uso, para indicar nada), al examinar la patita descubrí un tumor en la articulación del otro dedo.

Podía sobrevenir la gangrena, y me asaltó como un remordimiento el sentimiento de mis deberes, como Presidente de la Sociedad Protectora de Animales. ¿Había de dejar morir á un compañero de causa, sin prestarle los auxilios del arte? Volé á casa del Dr. Gil y con Aguiló nos encaminamos á la morada del enfermo para proceder á Junta de cirujanos á fin de estudiar el caso. Toda la familia alarmada y afamados doctores rodeaban al paciente. Fué preciso que yo esgrimiese mi tajante dedo índice puesto afilado de punta, para que se dejase tomar el Cacique. Rosario lo tenía del cuerpecillo, y cuando los Esculapios se decidieron á operarlo, Manuel acudió con el lavatorio, Ana con paños de manos y algo-

dón para restañar la sangre. Vióse mover una tijera; una uña cayó al suelo, y en lugar de vendajes, el advertido Aguiló pidió y obtuvo colódium, para un *pansement*. Ordenóse ponerlo en lugar abrigado, encendióse la chimenea y sobre mi mesa ha permanecido dos días, visitado una vez por el médico de cabecera, con frecuencia por la familia y cada hora por mí, hasta estar satisfecho que no se declara hemorragia. Está ya fuera de cuidado y en prueba de ello le manda Eugenia su retrato, devueltas á su fisonomía sus formas esbeltas y elegantes. Para completar el estado de las Relaciones Exteriores de mi ínsula, añadiré que se descubrieron dos hermosos camaatís, cerca de las casas, y que en adelante serán la mejor decoración de los jardines de Tiberio en esta nueva Caprea.

(*Tomo 46 pág. 261 al 269.*)

LAS CULEBRINAS DE SAN MARTIN

En 1845 llegaba á París, y lo primero que solicitaba mi curiosidad entre los grandes monumentos. era la figura de San Martín, el héroe de la Independencia, al que adherían nuestras ardientes simpatías de patriotas. Ver á San Martín, hablar con él, era mi gran anhelo que debía realizar don Manuel de Guerrico, introduciéndome en su presencia.

Cosa singular y que viene bien recordar aquí. Mi primer escrito en la prensa de Chile, mi diploma de escritor americano, me viene de la descripción de la batalla de Chacabuco, y lo que va del 11 de Febrero al 5 de Abril de 1841, fecha del aniversario de Maipú, que también describí, había bastado para dar al joven emigrado obscuro, una posición brillante y asegurarle la amistad del general don José Gregorio de Las Heras, que cultivé largos años, así como del general Dehesa, del coronel de la Plaza, y del famoso coronel Barañao.

Todos estos jefes me ayudaron con sus testimonios á redactar una descripción de la batalla de Maipú, que debe ser tenida por la más completa

y verídica, puesto que era escrita siguiendo el testimonio de los actores mismos en aquella brillante jornada, á saber: el teniente Dehesa que mandaba la guardia del campamento de Cancha Rayada, cuando los españoles en columna cerrada asaltaron el campo por la noche; el coronel Las Heras que salvó del desastre la derecha, y el coronel de la Plaza que mandaba la artillería argentina. Y para corregir á veces la jactancia de los bravos, el coronel Barañao que mandaba la caballería española y les tiraba las riendas á sus amigos los enemigos, diciéndoles: yo cargué por ese lado y no encontré tales tropas...

El escrito militar que firmaba un fingido teniente de artillería, describiendo la batalla de Chacabuco, no tiene por cierto, la autenticidad histórica del otro; pero fué de mayores consecuencias y produjo ó aceleró un cambio de opinión en Chile, y de posición para el general San Martín. Entre las galas de un estilo que se ignoraba á sí mismo, se hacía sentir la viril empresa que acometía un escritor anónimo de rehabilitar la memoria del vencedor de Chacabuco y de Maipú, proscrito de su patria y borrado de la lista militar de Chile, cuya independencia aseguró definitivamente, por las pasiones que aquella lucha de titanes sublevaba entre los protagonistas.

Al presentarme, pues, en Grandbourg, residencia de San Martín cerca de Fontainebleau, contaba de antemano con una cordial recepción, pues que estaba informado por sus amigos de Chile de

la buena parte que me cabía en su rehabilitación. Nuestro don Gregorio Gómez, el general Las Heras y otros restos del mundo antiguo, me habían recomendado con amor, con interés, y el general Blanco dichole tan buenas cosas de mí, que me recibió el anciano sin aquella reserva que ponía de ordinario para con los americanos en sus palabras cuando se trataba de América. Había en el corazón de este hombre una llaga profunda que ocultaba á las miradas extrañas, pero que no escapaba á las de los que la escudriñaban. ¡Tanta gloria y tanto olvido! ¡tan grandes hechos y silencio tan profundo! Había esperado sin murmurar cerca de treinta años la justicia de aquella posteridad á quien apelaba en sus últimos momentos.

"He pasado con él momentos sublimes que quedaron siempre en mi espíritu. Solos un día entero, tocándole con maña ciertas cuerdas, reminiscencias suscitadas á la ventura, un retrato de Bolívar que veía por acaso... Entonces, animándose la conversación, lo he visto tranfigurarse y desaparecer á mi vista el *campagnard* de Grandbourg y evocárseme el general joven, que asoma sobre las cúspides de los Andes, paseando sus miradas inquisitivas sobre el nuevo horizonte abierto á su gloria. Sus ojos pequeños y nublados ya por la vejez, se abrían por momentos, mostrándome aquellos ojos dominantes luminosos, de que hablan todos los que le conocieron; su espalda encorvada por los años se había enderezado, avan-

zando el pecho rígido, como el de los soldados de línea de su tiempo; su cabeza se había echado hacia atrás, sus hombros bajádose por la dilatación del cuello y sus movimientos rápidos, decisivos, semejaban á los del brioso corcel que sacude su ensortijada crin, tasca el freno y estropea la tierra. Entonces la reducida habitación en que estábamos, se había dilatado, convirtiéndose en país, en nación; los españoles estaban allá, el cuartel general aquí, tal ciudad acullá, tal hacienda testigo de una escena, mostraba sus galpones, sus caseríos y arboledas en derredor de nosotros...

¡Ilusión! Un momento después, toda aquella fantasmagoría había desaparecido. San Martín era hombre y viejo, con debilidades terrenales, con la terrible pesadilla de haber abandonado su patria, su gloria, huyendo de la ovación que los pueblos americanos reservan para todos los que los sirven.

De nuestras largas pláticas salió mi discurso de recepción en el Instituto Histórico de Francia cuyo asunto debía referirse á cuestiones americanas, por cuanto la historia de Francia debía suponerse extraña á los estudios del recipiendario. Como había sido hasta entonces un punto muy discutido el asunto de la entrevista de Guayaquil entre los dos campeones de la Independencia, importaba mucho hacer conocer la versión auténtica de uno de los actores, el más sincero,

puesto que de su parte estuvo la abnegación. Aquella relación fué compuesta casi bajo el dictado de San Martín y mereció su completa aprobación.

Hizo más franca y cordial nuestra primera entrevista, una feliz reminiscencia del general.

—Conocí un capitán de milicias de San Juan, don Clemente Sarmiento, á quien entregué después de la batalla de Chacabuco, los prisioneros españoles que debían llevarse á San Juan.

—Es mi padre, señor, y yo vi llegar los prisioneros...

—Pero... Debía usted ser muy niño...

—Seis años justos, pues he nacido el 15 de Febrero y siendo el 11 de 1817 la batalla, los prisioneros han de haber llegado el 20 á más tardar.

—Es raro acordarse.

—Como si fuera hoy. Mi madre había quedado con sus chicos á cargo de mi tío el cura de la Matriz, el hoy obispo Sarmiento y debía yo haberme escapado hacia la plaza, cuando oí la bulla de la llegada de gentes formadas y el alboroto popular de los que corrían de todas partes á ver los prisioneros godos, pues no se les llamaba de otro modo. Debí oir el nombre de mi padre que llegaba, y siguiendo el ruido de la gente, entre hombres y caballos que llenaban la calle (hoy Laprida) en que vivía el gobernador don Ignacio de la Rosa, (casa de Ferreira después), yo aparecí asorado, pero sin desconcertarme, dentro del sa-

lón de recibo del gobernador, buscando con los ojos á mi padre, y una vez encontrado y sabídose que había pasado por entre las patas de los caballos, don Ignacio de la Rosa me tomó en sus brazos... y he aquí mi primer campaña militar...

Y no parezca tan impropia la calificación, teniendo presente la época. Eralo de entusiasmo por la naciente patria, de aparatos militares, de ruido de armas, entre cuyo fragor me crié, pues el número 1 de los Andes se formó en San Juan en 1814, mi padre era de la milicia afecta al servicio del ejército, y como tal se encontró en la batalla de Chacabuco, y tras de los prisioneros, llegó de regreso el número 1 de los Andes á remontarse en 1818 y entraron de sargentos ocho jóvenes sanjuaninos, entre ellos don Francisco Oro Banegas, amigo íntimo de mi familia, el después general Maurin, y el que fué mi primer comandante, el valiente don Javier Angulo y otros que sería prolijo nombrar.

Los niños no oían sino narración de combates, pues á más del de Chacabuco, de San Juan fueron las fuerzas que ocuparon á Coquimbo.

Sabíamos apreciar la gloria, admirando al tambor mayor en primer lugar, el serpentón y el chinesco de la música, con relaciones formadas con un tambor chileno muy abordable por su poca edad, quien en cambio de pasas de moscatel, nos refería cómo había sido la batalla, y desde el punto de vista de un tambor debía ser digna de la historia.

Recuerdo la imponente figura del comandante Sequerra, la del colosal capitán Ross, francés, que corrió muchas cuadras por alcanzar á un pícaro que me quitó el sombrero en una noche de fuegos.

El cuartel de Santo Domingo, cerca de la casa paterna, era por tanto el teatro, la escuela y el colegio de los pilluelos del barrio, y yo me he encontrado entre mis papeles cuando joven, no sé como venido á mis manos, el libro de órdenes del número 1 de los Andes.

Cuando se sublevaron tras de los partidos políticos, la casa del cura fué el campo neutral, donde se presentó mi padre, enviado como parlamentario desde el valle de Zonda, donde se habían asilado los leales, y recuerdo con orgullo el tono arrogante y altanero de mi padre, el capitán Sarmiento, que intimaba rendición á los jefes insurrectos. Parecíame un héroe de otra especie, al oir tal lenguaje, extrañando que no lo matasen en el acto, tantos oficiales ceñudos y bigotudos que arrastraban agitados sus charrascas sobre la baldosa de la celda de mi tío el cura.

Ahorro al lector la historia de aquellos días de alarma y de zozobra, como pudiera contarla un historiador de ocho años, que se halló presente en todos los parlamentos, y vió desfilar delante de sí, no digo el número 1 de los Andes cuyos jefes y muchos oficiales, sargentos y tambores conocía, incluso el Mayor Corro de la revolución, al capitán Bundicho que fusiló á Sequerra y sus tres

compañeros, y vi degradado y fusilar á su turno en la plaza pública, como vi asimismo al tambor que recibió sus despojos, casaca, etc., y era conocido mío; no sólo todo esto, sino lo que es más importante por lo novedoso, la entrada de las tropas mendocinas á San Juan, al mando del coronel Alvarado, que después fué mi general, en persecución de los sublevados que iban ya camino de La Rioja, y en número de dos mil hombres. Era aquello de nunca acabar, pasando batallones, mitad tras mitad, y luego la artillería...

¡Oh! la artillería, no recuerdo haber visto antes cañones, y si vi, ni la mitad tan enormes, ni tan largos, ni tan terribles, según me dijeron, como eran las culebrinas de Mendoza.

Eran cuatro, esbeltas y elegantes como cuello de cisne. Debió dejarlas San Martín, como demasiado grandes para pasar la Cordillera.

Esto era en 1820, creo. En 1829, las encontré en Mendoza y formaron la base del tren de artillería del ejército que contra los Aldao allegó el general Moyano, de quien fuí ayudante, pasando luego al servicio del general Alvarado. Cuando desesperando aquel de la pachorra del último, salió á campaña en busca del enemigo, se cometió la imprudencia de dejar en la ciudad las culebrinas, sacando solo á campaña la artillería ligera.

Esto fué nuestra ruina. Sitiados en las Lomas de Luján por los enemigos, trajeron éstos al fin las culebrinas y las asestaron á nuestro campamento. La derrota de tropas, ya desalentadas por

muchos combates sin resultado, se pronunció á los primeros disparos.

¿Qué sería de las culebrinas?

En 1872, siendo Presidente, visité el Parque de Buenos Aires por no sé qué motivos de servicio. Acompañábame el comandante para darme razón de lo que excitaba mi interés. Entramos en una sala donde había varias piezas de artillería. Mirélas con interés. Como fuésemos ya de retirada, volví á mirarlas, y mi vista no podía desprenderse de aquellas bellas piezas de ordenanza en bronce.

—¿Qué cañones son estos? pregunté al comandante.

—Si creo que son unas piezas que trajo el general Pacheco del interior.

—¡Las culebrinas de Mendoza! exclamé alborozado, echándome sobre una de ellas, con tanta efusión como si fuera un amigo de años ausente.

Las ingratas estaban las cuatro reunidas, prisioneras hechas por Rosas, después de habernos destruído á nosotros, sirviendo al fraile Aldao.

Ordené que las sacasen al patio y las aprestasen para enviarlas á Mendoza, devolviéndole aquellas prendas, como devolví á San Juan dos piezas que Saá se trajo á San Luis. Pero comandante y edecán eran de aquí, y no obstante contarles casi enternecido esta historia de familia, aquellas relaciones de las culebrinas conmigo desde la edad de nueve años, supe tarde para remediarlo, que la orden no había sido cumplida.

Deben estar aún en el Parque, inútiles ahora, que con los estudios de la resistencia de los metales y la fuerza de los explosivos, los cañones modernos han suplantado á nuestras antiguas piezas de sitio.

(Tomo 49 pág. 17 á 23.)

DISCURSOS

RECEPCIÓN DEL PRÍNCIPE TOMASO DI SAVOIA

7 de Agosto de 1874.

SEÑOR DUQUE DE GÉNOVA:

Tengo un verdadero placer en ofrecer á V. Alteza la hospitalidad de la República Argentina. Habéis hecho bien, señor Duque, de arribar á nuestras playas en vuestro viaje de circunnavegación. Al acercaros á nuestro continente, los nombres de Colón, Américo y Gavoto, han debido enorgullecerse de la parte que tomó la Italia en el descubrimiento de nuevos mundos.

En nuestras playas os han recibido en medio de aclamaciones, millares de vuestros compatriotas, que lo son nuestros también. El nombre de Garibaldi figura gloriosamente en las filas de los héroes de aquende y allende el Atlántico, y á la cabeza de nuestra marina está un italiano que es hoy jefe, argentino.

Si recorréis esta ciudad, os regocijará el carácter de la arquitectura italiana, que embellece las moradas particulares; y siento no tengáis tiempo de remontar nuestros ríos, para que oyérais los

gritos del marinero de Génova ó de Venecia, que animan los numerosos canales de los grandes ríos, con sus cantos, sus banderas y sus trabajos.

Habéis hecho bien, os repito, señor Duque, en visitar esta parte de América. La aristocracia inglesa, al dejar la Universidad de Oxford ó de Cambridge y antes de sentarse en el Parlamento viaja por el continente europeo, á fin de adquirir las nociones prácticas de la vida, que dan solidez y oportunidad al pensamiento del hombre del Estado. Los antiguos buscaban la luz al Oriente. La civilización moderna, por fortuna no teniendo centro hoy, no hay para nadie ni Oriente, ni Occidente, ni Sur ni Norte. Hay algo más grande, más completo: el mundo; y V.Alteza ha seguido el derrotero que al Príncipe de Wales llevó á California y á los Estados Unidos.

Los intereses de las naciones están en su propio seno, y desparramados además por todos los puntos del globo donde hay productos del trabajo y materia para crearlos.

Llevaréis á vuestro gobierno la grata noticia de que á ambas orillas del Plata, centenares de miles de italianos trabajan con éxito, prosperan y son felices en medio de una atmósfera de libertad y de simpática hospitalidad. Millares son padres dichosos de numerosas familias, y todos bajo un cielo caliente como el de Italia y claro como el de Nápoles, sienten las inspiraciones de las bellas artes. La Ristori, Tamberlick, la Grua, la Viscachanti, son miembros, diré así, de esta familia.

Si me detengo en estos pormenores, es para daros ocasión, cuando toméis parte en la dirección de los negocios públicos de vuestro país, para que corrijáis errores que tienden á introducirse en la política exterior del gobierno. Alarma á algunos estadistas de Europa el movimiento de emigración hacia éste ó el otro continente americano, que se desprende de aquellas playas, y considerándolo un mal, quisieran poner un dique á esta corriente.

A más de que tal idea subvierte el orden y contraría las tendencias humanas, que desde los tiempos históricos arrastran á los pueblos á poblar ó repoblar los puntos del globo que más ventajas ofrecen, es á mi juicio un grave mal que hacen á sus propias naciones, manteniendo á sus habitantes en condiciones inmuebles y hereditarias, y empobreciéndolos, con estorbarles que se enriquezcan donde quiera que haya medios de prosperar.

No son las leyes inglesas las que han atenuado los males seculares de la Irlanda, que hubo de morirse de hambre hace veinte años. No fué atmpoco la emigración á los Estados Unidos, la que disminuyendo el exceso de población, estableció el equilibrio entre la producción de las materias alimenticias y los consumidores que requiere la dura ley de Maltus.

Es que habiéndose establecido en los Estados Unidos dos millones de irlandeses, desde que cada uno de ellos empezó á prosperar, envió socorros á su familia, á sus viejos padres, á sus hermanos, y la Irlanda, recibiendo millones de dólares anual-

mente, fué mejorando de condición y corrigiendo la falta capital é incurable que mantiene las muchedumbres en la miseria secular, la ignorancia y el atraso.

Esto mismo sucede en las márgenes del Plata, y lo siente ya, y lo sentirá en escala mayor en adelante.

La subdivisión de Italia en pequeñas monarquías y principados que Víctor Manuel ha tenido la gloria de refundir en Italia, unificada como en los bellos tiempos de Roma, fué el origen de guerras eternas y de la destrucción del capital.

Los excesos del fervor religioso durante la media edad y el predominio del sentimiento artístico, trajeron la erección de millares de templos, y un mundo nuevo de estátuas y cuadros en cuyo costo se han inmovilizado miles de millones, disipándose así la herencia de caudales y de riquezas que de toda la tierra llevaron los romanos primero, y Venecia y Florencia después.

Las masas populares son pobres, incurablemente pobres en Italia. Pero la emigración italiana, siguiendo las huellas de Colón y Vespucio, viene á América y encuentra trabajo remunerado, y con la honradez, la fortuna; entonces cada vapor llega á la última aldea de Italia, los auxilios que los ausentes envían á sus deudos, y el bienestar se difunde en torno. En el puerto de Génova el viajero argentino es saludado por centenares de emigrados *repatriados,* que reconocen á sus patrones y amigos de América y se complacen en recordarles sus re-

laciones. El comercio italiano en el Río de la Plata es mayor que en toda la América del Sur junta, porque los italianos aquí establecidos piden de preferencia á su patria los productos á que están habituados. Acaso, señor Duque, la tajada de limón que sazona nuestro plato en este momento, se ha producido en Sorrento ó Castellamare, porque limones, naranjas y otros artículos menudos de consumo, nos vienen de Italia.

Dejen, pues, venir á los italianos á América. Yo diría más: estimúlenlos á que vengan, y en medio siglo de relaciones, por cada diez italianos que vengan pobres é incapaces de medrar allá por falta de capital, volveránles uno rico, con el sentimiento adquirido de su propia dignidad, pues la estadística de todos los países, y la de Norte América sobre todo, ha mostrado que un pueblo rico ó donde el bienestar se ha difundido en las clases inferiores, es más poderoso, aun para la guerra, que una numerosa población pobre y atrasada, pues que la guerra se hace hoy más con dinero que con sangre, más con ciencia que con valor estéril ante las ametralladoras y los encorazados.

Brindo, señores, por la bienvenida de un príncipe italiano á esta América, á presenciar el bienestar que adquieren sus compatriotas, y los buenos servicios que prestan á la cultura y desarrollo de la riqueza, á la vez que las simpatías de que él mismo es objeto.

(*Discursos populares, pag. 302 á 305*)

ROSARIO VELEZ SARSFIELD

Córdoba, 6 de Enero de 1880.

Tócame, señores, á nombre de la familia desolada, dar las gracias á la escogida porción de amigos que acompañan á los deudos de Rosarito Vélez, venida de Buenos Aires, para hallar una tumba en lugar de la salud que buscaba.

No se explicaría á los ojos de los indiferentes, por qué se reunen alrededor de esta tumba, que va á encerrar los restos de una joven, hombres de edad provecta, sabios, magistrados y ancianos doblegados por los años.

El secreto está en que todos ellos sienten renovar la memoria del ilustre jefe de la familia, como si el alma del Dr. D. Dalmacio Vélez Sarsfield descendiera á recoger en su seno el alma de su hija, para llevarla á la mansión de la paz.

Y esta tierra, con que van á confundirse luego los restos de la viajera, no solo le será ligera por hospitalaria, sino que le será simpática, porque la compone el polvo de sus antecesores y el de sus parientes contemporáneos. Este es el sepulcro de la familia de los descendientes de los Vélez y de los Sarsfield, volviendo al seno de la familia uno de sus vástagos á reunirse á los suyos, y la hija á ocupar el lugar que dejó vacío el ilustre padre.

Por aquellas cúpulas de los templos que descuellan á lo lejos han subido al cielo las plegarias de cuatro generaciones de esta familia. Sus prohombres dejaron oir sus consejos en aquel Cabildo; sus jóvenes sostuvieron sus tésis en aquella vieja Universidad, de donde el Dr. Vélez sacó la chispa luminosa que convirtió en llama su poderoso aliento.

Queda, pues, bien la viajera, en el columbario de la familia paterna, para confundir sus cenizas con las de su estirpe.

La biografía de una joven como Rosarito, está comprendida entre dos límites que trazaba Job, al que de la cuna pasa al sepulcro. Ningún incidente tuvo la quieta sucesión de sus días, como he visto en Jesús María deslizarse en silencio aguas escapadas de cercana fuente, para perderse sin ruido en las arenas sedientas de la llanura. Las tempestades que turban la existencia, los dolores que causan sus espinas, las pasiones que la agitan, no la alcanzaron. Diríase que desde la playa contemplaba el magnífico, terrible é indiferente espectáculo de otras existencias.

Conservó hasta sus últimos días el reir inextinguible del niño, y la blandura de su carácter se traducía por la suavidad de la voz que expresaba sus sentimientos, como el céfiro da lenguaje á las flores y á las hierbas de los campos.

Tuvo la educación de nuestras jóvenes, con el auxilio de las lenguas vivas, y el arte, porque el sentimiento de la músa le era innato. A estas do-

tes de agrado ó de inteligencia, había agregado los talentos de la matrona, guiada en la práctica por una biblioteca de maestros clásicos en el arte de la cocinera, de que se hacía un título y un deber.

No teniendo penas suyas, gustaba de aliviar las ajenas, y cesarán con su muerte pensiones que tenía asignadas á sus pobres.

La muerte la encontró preparada, recibiendo con serenidad apacible sus amagos.

Cuando vió que la pobre barquilla de su vida sin timón, se acercaba al borde del piélago sin fondo á donde van á hundirse todas las existencias, vió sus tinieblas sin inmutarse, "se me hielan los piés", dijo; "me sube á las rodillas", "esta es ya la muerte", "pásenme el rosario", y poniendo una breve pausa, con la voz soñolienta del niño que se siente adormecerse, añadió: "adiós Petiza!"—sobrenombre de afecto que desde su infancia dió á la nodriza, la hermana, la amiga y la enfermera que tuvo siempre y tenía entonces á su lado.

Podemos decirle lo mismo ahora. Que descanse en paz. La lápida que cubre la fosa, es el telón que cae en el drama de la vida que concluye.

(Discursos populares, págs. 338 á 340.)

PALERMO DE SAN BENITO

PARQUE 3 DE FEBRERO

11 de Noviembre 1875.

EXMO. SEÑOR PRESIDENTE:

Me permitiré anticipar algunas ligeras observaciones, al poner en manos de S. E. el primer Informe anual, que de los trabajos que le fueron sometidos, presenta la Comisión auxiliar del Parque 3 de Febrero.

Si aceptar con gusto un encargo de inmensa responsabilidad y desempeñarlo con consagración asidua, fueran por sí presunciones de acierto, vuestra Comisión se mostraría satisfecha, puesto que cada uno de los que la componen, lo mismo que los hombres profesionales cuyo saber ha requerido, han puesto para obtenerlo, todo lo que de ellos dependía.

Como se ocultan á la vista los cimientos sobre los cuales reposan los grandes monumentos, así las miradas no ven aquí los millares de metros cúbicos de tierra removida para dar formas artísticas á la superficie, ni esas plantas en embrión dejan presagiar las armonías de forma, colorido y di-

mensión con que el arte del jardinero paisajista se propone embellecer las perspectivas, cuando, merced al tiempo y á favor del crecimiento respectivo, la encina habrá de distinguirse del hisopo.

Al remover este suelo antes inculto ¡cuántos recuerdos sin embargo trae de pasadas revoluciones! Bancos de conchillas acusan la presencia aquí de mares ignorados de un mundo desconocido. De la tosca que encubre aquellos restos acuáticos, D'Orbigny, Darwin, Bravard, Burmeister han extraído los esqueletos de una fauna gigantesca que pobló estas comarcas, y que con los nombres de "Megaterium", "Cliptodontes" y otros, enriquecen el Museo de Buenos Aires, el primero hoy del mundo por los tesoros palentológicos que contiene. En el fango actual, la azada tropieza á veces con las armas y utensilios de piedra del hombre prehistórico, de que nuestras tribus salvajes eran todavía los últimos restos.

El caudaloso Río de la Plata, en tanto, se labraba embocadura digna del estupendo caudal de aguas que vierte en el mar, y en sus días de cólera ha destruido la obra de otros agentes de la creación y modificado la topografía del país circunvecino.

A estas playas abordaron con Solís las naves españolas, y la primera semilla de la civilización fué arrojada en el suelo, fecundo aunque mal preparado por entonces.

Cuatro siglos ha durado la lucha, de razas primero, de dominaciones y de forma de gobierno

después, hasta que alboreó el día feliz que representan nuestras armas, y nuestros padres fueron llamados á gobernarse por sí mismos y á proveer á su propia felicidad.

Como el resumen de todas las pasadas épocas, como el último retoño de la antigua barbarie, aquí en Palermo de San Benito se atrincheró contra toda idea de libertad y de progreso, el hombre de la época pampeana, como Bravard llamó á esta formación, el tirano de ejecuciones á lanza y cuchillo, que terminó su reinado el 3 de Febrero de 1852.

El Congreso Nacional, al dar nombre á este Parque, se inspiró sin duda en aquellos recuerdos; y ya que no es digno de pueblos cultos, como de antiguo, sembrar de sal lugares inocentes de los crímenes de que fueron teatro, mandó erigir un monumento al pueblo, como la piedad cristiana levanta capillas espiatorias, ó como el labrador convierte en humus y abono fertilizante los restos orgánicos en descomposición, de existencias que han dejado de ser.

El Parque 3 de Febrero será de hoy en adelante el patrimonio del pueblo, verdadero tratamiento higiénico, que robustecerá sus miembros por el saludable ejercicio, dilatará su ánimo por el espectáculo de las perspectivas grandiosas que alcanza en todas direcciones la vista, y cultivará el buen gusto, con la combinación de bellezas naturales y artísticas que estos dilatados jardines ofrecerán. Si Nerón, al estrenar la *Domus Aurea*, pudo ex-

clamar: "al fin estoy alojado como un hombre", el pueblo argentino puede desde hoy considerarse iniciado en todos los esplendores de la civilización más antigua de sus padres, y sin abandonar su país, pasearse complacido por su *Bois de Boulogne* su *Hyde Park* ó su *Central Park*. El que visita estas afortunadas comarcas, ó el que viene á engrosar la falange de los *pioneers* que atacan el desierto, para hacerlo patria feliz y cuna confortable para sus hijos, no llorará á la sombra de los sauces del Eufrates la antigua patria ausente, sino que, recorriendo estos mullidos caminos, vagando á la sombra de las plantas de todas las floras del mundo, se sentirá por asociación de ideas y de plácidas reminiscencias, en su propia patria.

La idea de crear un Parque, iniciada por los poderes combinados de la Nación, obtuvo desde su origen el asentimiento de todos, como su ejecución ha encontrado de parte de todos la más cordial cooperación, porque llenaba un vacío, que cada día iba tomando creces. Esta sociedad en que vivimos se compone de muchas sociedades superpuestas, pero sin vínculo de cohesión. En los templos por las disidencias; en las fiestas públicas por las nacionalidades diversas; en las relaciones sociales por las clases y aun por las razas, y en las afecciones patrias por las adoptivas ó naturales ciudadanías, el pueblo que la forma se divide y subdivide por afinidades. Solo en un vasto, artístico y accesible Parque, el pueblo será pueblo: sólo aquí no habrá ni extranjeros, ni nacionales, ni

oligarcas, ni plebeyos. La estatua de Mazzini se alzará probablemente aquí, para regocijo de los argentinos é italianos, para americanos y europeos. La frescura de esos lagos, la blandura de esas avenidas, el verde de esas plantas, serán, como el aire y la luz que la vivifican, la propiedad de todos, sin pedir permiso á nadie para gozar de su encanto.

Si hubiera de justificar con razones de otro orden el pensamiento que ya está realizado, observaría que las instituciones que nos hemos dado, tienen por objeto proveer á la felicidad, cultura y mejoramiento del pueblo, y que no ha de reservarse á la limitada acción de localidades, aquello que es esencial á la cultura de todos, y que reclaman el espíritu del siglo y las necesidades de una nación. El extranjero que llega á esta ciudad populosa, que es la faz de la República, no se pregunta si la Municipalidad del lugar descuida sus deberes, sino que lleva solo la molesta impresión de que, en medio de los refinamientos de la vida individual, con hoteles suntuosos, la primera ciudad de la República y de Sud América no tiene otro aire que el pulverulento de sus estrechas calles.

Cuando el sentimiento artístico se haya entre nosotros depurado, avanzándose en Museos y Observatorios las ciencias, lanzándose locomotivas y rayos eléctricos al interior, difundídose la educación y mejorándose moral y físicamente la condición humana, yo quisiera que el pueblo en cada punto del territorio diga como por instinto: por

aquí pasó el soplo vivificante de la Nación, como en cada campo glorioso de batalla de los tiempos heróicos de la Independencia, la histoira ha dejado inscripto:

"Aquí el brazo Argentino triunfó".

En nombre da la Comisión Auxiliar que presido, por delegación de S. E., os ruego plantéis un arbolillo en conmemoración de este día, seguro de que, alimentado por tierra fecunda y protegido por la afección pública, contribuirá medio siglo después con su sombra á dulcificar en los que vienen en pos, las molestias inseparables de la vida, á adormecer rencores, ó á recordar horas y escenas felices.

La sección primera terminada, es ya una miniatura de un parque. Cuando las otras hayan sido sometidas á la cultura, el Parque será un modelo, presentado al público, de lo que el país entero puede ser con los progresos del gusto decorativo, que ya se generaliza y embellece los alrededores. *Merry England* es un vasto parque, y en la Pampa y á las márgenes de nuestros grandes ríos tenemos donde trazar, en cuanto á bellezas rurales, muchas "Inglaterras", en una República embellecida.

(Discursos populares, págs. 311 á 314)

INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA DE BELGRANO

24 de Septiembre de 1873.

CONCIUDADANOS:

Llenamos uno de los más nobles deberes de la vida social, rindiendo homenaje á la memoria de los altos hechos que inmortalizan el nombre de nuestros antepasados. Un montículo de tierra sobre los restos mortales de un héroe, fué el primer monumento humano. Las Pirámides eternas de Egipto conservan aún el plan de esta arquitectura primitiva, y es hoy idea aceptada que, alrededor de una tumba, se despertó en el hombre, aun salvaje, el sentimiento religioso que nos liga al Ser Supremo, y empezaron á bosquejarse la familia, el orden social y las leyes.

Cuando el sentimiento artístico, innato como el religioso en nuestra alma, se hubo expresado en las formas plásticas de la belleza, la estatua suplantó al mausoleo; y nosotros mismos, los últimos venidos á participar de las bendiciones de la civilización, repetimos lo que Grecia y Roma hacían para perpetuar la memoria de sus héroes, de sus padres y de sus grandes ciudadanos. Ante

la imagen de uno de nuestros hombres públicos, repetimos este acto instintivo de nuestra especie, volviendo á lo pasado, trayendo hacia nuestra época, y legando á la posteridad el recuerdo en hombres y hechos de nuestro origen, como pueblo que tiene hoy su puesto conquistado y aceptado entre las naciones del mundo.

Aunque nuestra alma sea inmortal, la vida, en los estrechos límites que la naturaleza ha asignado al hombre es pasajera. Pero la especie humana se perpetúa hace cien siglos, dejando tras sí, entre el humo de las generaciones que se disipan en el espacio, una corriente de chispas que brillan un momento, y pueden, según su intensidad y duración, convertirse en luminares, en llama viva, en rayos perpetuos de luz, que pasen de una á otra generación, y se irradien de un pueblo á otro pueblo, de un siglo á otro siglo, hasta asociarse á todos los progresos futuros de la sociedad y ser parte del alma humana.

¿Quién se profesa republicano, y no siente en su espíritu rebullirse el alma de Washington, la última y más acabada personificación de las virtudes públicas; la mayor de todas, hacer triunfar el derecho sin apropiarse los despojos de la victoria, trazando el camino por donde habrán de avanzar los demás pueblos hacia la conquista de la libertad?

Hay, pues, una inmortalidad humana que se adquiere por el genio, la abnegación ó el sacrificio; pudiendo extenderse según la perfección é

influencia de aquellas virtudes, á un pueblo, á toda la tierra, á un siglo, á todos los que le sucedan mientras exista la raza humana. Belgrano, cuya efigie contemplamos, participa para nosotros, y en la medida concedida á cada uno, de esas cualidades que hacen al hombre vivir más allá de su época. Hace cincuenta años que desapareció de la escena, y no ha muerto sin embargo. Apenas se conserva el recuerdo de la casa en que nació aquí, y todas las ciudades y pueblos argentinos lo reclaman como suyo. Su apellido puede extinguirse según la sucesión de las generaciones; pero dos millones de habitantes desde ahora lo aclaman Padre de la Patria.

No es la biografía del general Belgrano la que habría de trazar, para dar más vida al bronce, que la que le ha comunicado el artista. Belgrano era muy hombre de la época crepuscular en que apareció. General sin las dotes del genio militar, hombre de Estado, sin fisonomía acentuada. Sus virtudes fueron la resignación y la esperanza, la honradez del propósito y el trabajo desinteresado.

Su nombre, empero, sin descollar demasiado, se liga á las más grandes faces de nuestra Independencia, y por más de un camino, si queremos volver hacia el pasado, la candorosa figura de Belgrano ha de salirnos al paso.

Cuando el Gobierno agradecido, quiso premiarlo por la memorable victoria ganada en Tucumán en este día, disminuyendo su pobreza, fundó con el premio cuatro Escuelas Primarias, las primeras

que cuatro ciudades que son hoy capitales de provincia, veían abrirse para la educación de sus hijos. Acaso algún senador hoy, asistió á alguna de ellas en su niñez.

Estos desvelos por levantar al pueblo de su postración intelectual, sin lo cual no hay libertad duradera; su empeño de establecer la moral relajada en escuelas y ejércitos; su profundo sentimiento religioso que difundía sobre el soldado, para santificar la causa de la Independencia, poniéndola bajo la protección de la Virgen de Mercedes que conserva aún el bastón del mando, depositado por él al pie de su imagen en Tucumán; su eclipse de la escena, cuando en los tiempos de discordia y de guerra civil, como dice Tácito, "el poder pertenece á los más perversos"; su muerte obscura; su carrera tan gloriosa, tan olvidada, todo esto lo caracteriza como á Rivadavia, como al general Paz y á otros; y es esa la base firme en que se asienta la estatua que hoy levantamos en su honor.

Los primeros movimientos del patriotismo americano, se sienten en el alma de Belgrano. Funda la primera Escuela de Educación Científica que existió en Buenos Aires, pues Charcas y Córdoba eran hasta entonces el centro de la civilización colonial.

Como el malogrado Montgommery, que llevó en vano al frígido Canadá la noticia de que sus hermanos estaban en armas para conquistar la libertad, Belgrano llevó al tórrido Paraguay la

enseña de la nueva Patria. La historia castiga á los retardatarios de la primera hora. El Canadá es todavía dominio de la corona, como el Paraguay, menos feliz por haberse tapado los oídos al llamado de sus hermanos entonces, cayó en las redes sombrías del tirano Francia, en las garras del tigre López, y todavía no ha visto el último día de sus tribulaciones.

También como Franklin, Belgrano fué á buscar acomodo con la dinastía real para poner término al conflicto, y como Franklin volvió desesperando de la prudencia y de la previsión humana, á activar el Acta de nuestra Independencia.

En nombre del pueblo argentino, abandono á la contemplación de los presentes, la Estatua Ecuestre del general Belgrano, y lego á las generaciones futuras en el duro bronce de que está formada, el recuerdo de su imagen y de sus virtudes.

Que la bandera que sostiene su brazo flamee por siempre sobre nuestras murallas y fortalezas, á lo alto de los mástiles de nuestras naves, y á la cabeza de nuestras legiones; que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa!

Todos los capitanes pueden ser representados como en esta estatua, tremolando la enseña que arrastra las huestes á la victoria.

En el caso presente, el artista ha conmemorado un hecho casi único en la historia, y es la invención de la Bandera con que una nueva nación surgió de la nada colonial, conduciéndola el mis-

mo inventor, como Porta-Estandarte. Nuestro signo como nación reconocida por todos los pueblos de la tierra, ahora y por siempre, es esa Bandera, ya sea que nuestras huestes trepen los Andes con San Martín, ya sea que surquen ambos Océanos con Brown, ya sea, en fin, que en los tiempos tranquilos que ella presagió, se cobije á su sombra la inmigración de nuevos arribantes, trayendo las Bellas Artes, la Industria y el Comercio.

Tal día como hoy, el general Belgrano, en los campos de Tucumán, con esa Bandera en la mano, opuso un muro de pechos generosos á las tropas españolas, que desde entonces retrocedieron y no volvieron á pisar el suelo de nuestra Patria, siendo nuestra gloriosa tarea, de allí en adelante, buscarlas doquiera conservasen un palmo de tierra en la América del Sur, hasta que por el glorioso camino, de que Chacabuco y Maipú fueron solo escalones, nos dimos la mano en Junín y Ayacucho con el resto de la América, independiente ya de todo poder extraño.

Y sea dicho en honor y gloria de esta Bandera. Muchas Repúblicas la reconocen como salvadora, como auxiliar, como guía en la difícil tarea de emanciparse. Algunas se fecundaron á su sombra; otras brotaron de los girones en que la lid la desgarró. Ningún territorio fué, sin embargo, añadido á su dominio; ningún pueblo quedó absorbido en sus anchos pliegues; ninguna retribución exigida por los grandes sacrificios que nos impuso.

En la vasta extensión de un continente entero, no siempre son claros y legibles los términos que Dios y la naturaleza imponen á la actividad de las grandes familias humanas que pueblan la tierra. ¿Cuál es la extensión de la que cubre hoy y proteje nuestra Bandera?

La República Argentina ha sido trazada por la regla y el compás del Creador del universo. Ese anchuroso río que nos da nombre, es el alma y el cerebro de todas las regiones que sus aguas bañan. Puerta de esta América que abre hacia el ancho mar que toca el umbral de todas las naciones, por ahí subirán ríos arriba con la alta marea del desarrollo, las oleadas de hombres, de ideas, de civilización que acabarán por transformar el desierto en nación, en pueblo. Aquí, en estas playas, han de cambiarse los productos de tan vasta hoya, de tantos climas, por los que hayan en todo el globo preparado siglos de cultura, y la lenta acumulación de la riqueza. Aquí ha de hacerse la transmutación de las ideas; aquí se amalgamarán las de todos los pueblos; aquí se hará su adaptación definitiva, para aplicarse á las nuevas condiciones de la existencia de pueblos nuevos, sobre tierra nueva.

No hablo del porvenir. Es ya, este sueño de nuestros padres, un hecho presente.

He ahí, en esos millares de naves, nuestros misioneros hasta el seno de la América. Ved ahí en la masa de este pueblo, el ejecutor de la grande obra, acudiendo de todas partes á alistarse en

nuestras filas, y por el trabajo, la industria, el capital, las virtudes cívicas, hacerse miembro de la congregación humana que lleva por enseña en la procesión de los siglos hacia el engrandecimiento pacífico, la Bandera bi-celeste y blanca.

Esta Bandera cumplió ya la promesa que el digno ideográfico de nuestras armas expresa. Las naciones, hijas de la guerra, levantaron por insignias, para anunciarse á los otros pueblos, lobos y águilas carniceras, leones, grifos y leopardos. Pero en las de nuestro escudo, ni hipógrifos fabulosos, ni unicornios, ni aves de dos cabezas, ni leones alados pretenden amedrentar al extranjero. El Sol de la civilización que alborea para fecundar la vida nueva; la libertad con el gorro frigio sostenido por manos fraternales, como objeto y fin de nuestra vida; una oliva para los hombres de buena voluntad; un laurel para las nobles virtudes, he aquí cuanto ofrecieron nuestros padres, y lo que hemos venido cumpliendo nosotros, como República, y harán extensivo á todas estas regiones como nación, nuestros hijos.

Hasta la exclusión del sangriento rojo, del blasón de todos los pueblos; hasta el color celeste que no tiene escritura propia en la heráldica, se avienen con la idea dominante en este emblema.

Las fajas celestes y blancas son el símbolo de la soberanía de los reyes españoles sobre los dominios, no de España, sino de la corona, que se extendían á Flandes, á Nápoles, á las Indias; y de esa banda real hicieron nuestros padres divisa

y escarapela, el 25 de Mayo, para mostrar que del pecho de un rey cautivo, tomábamos nuestra propia soberanía como pueblo, que no dependió del Consejo de Castilla, ni de ahí en adelante, dependería del disuelto Consejo de Indias.

El general Belgrano fué el primero en hacer flotar á los vientos la Banda Real, para coronarnos con nuestras propias manos soberanos de esta tierra, é inscribirnos en el gran libro de las naciones que llenan un destino en la historia de nuestra raza. Por este acto elevamos una estatua en el centro de la plaza de la Revolución de Mayo, al General Porta-Estandarte de la República Argentina.

Y si la barbarie indígena, ó las pasiones perversas intentaron alguna vez desviarnos de aquel blanco que los colores y el escudo de nuestra Bandera señalaban á todas las generaciones que vinieran en pos, reconociéndose argentinas á su sombra, los bárbaros, los tiranos y los traidores inventaron pabellones nuevos, obscureciendo lo celeste para que las sombras infernales reinasen, y enrojeciendo sus cuarteles para que la violencia y la sangre fuesen la ley de la tierra. En Caseros ésta era la Bandera que enarbolaba el tirano contra el proscrito pabellón que volvía para aplastar la sierpe, con sus hijos dispersos por toda la América. En Caseros, por la unión de los partidos, desaparecieron esas dos manos entrelazadas, como siempre lo estarán en defensa de la Patria. Al día siguiente de Caseros, vuestras madres y

hermanas; ¡oh pueblo de Buenos Aires! tiñeron de celeste telas, para victorear á los libertadores; porque, sea dicho para recuerdo del odio de los tiranos á nuestra Bandera, en 1852 no había en una gran ciudad civilizada, emporio de un gran comercio, una vara de tela celeste para improvisar un pabellón; y una generación entera existía, que no conocía los colores de la Bandera de su Patria.

El pendón negro con sus gorros sangrientos, que en los Inválidos de París recuerda como trofeo la ruptura de la cadena con que Rosas intentó amarrar la libre navegación de los ríos, no es por fortuna nuestra bandera.

La Bandera blanca y celeste,—¡Dios sea loado! —no ha sido atada jamás al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra!

La petipieza de la horrible tragedia que concluyó en Caseros, se está representando ahora en la otra margen del paterno Río; y no sería extraño que oyéramos desde aquí los cañonazos con que, acaso en estos momentos, nuestro pabellón somete los últimos restos de la barbarie y de los caudillos. He aquí el Pendón de la rebelión, que solo pide al parecer empapar en sangre el de la República. Habíalo dejado olvidado el general Urquiza al tomar la bandera Nacional por suya, á fin de hacer servir la victoria para fundar la Magna Carta de nuestras libertades. Un asesino lo recogió del suelo y para simbolizar la barbarie y el crimen, lo opone rebelado, á la Bandera Nacional. ¡La traición de la Patria está detrás de ese sangriento trapo!

Al abandonarlo á la execración de los presentes y de los venideros, no temáis que hiera sentimientos, ni aun preocupaciones nobles del pueblo, ni de las masas entrerrianas. Allí, en aquella escogida fracción de nuestro territorio, el sentimiento nacional se agita más vivo, si cabe, que en parte alguna de él.

La vil trama del rebelde vencido, sorprendió á las poblaciones, merced á las tinieblas de la noche, y amanecieron bajo el imperio de la rebelión, que muchos aceptaron por las funestas divisiones de partido, que á tantos extravían.

Cerremos los ojos sobre ese cuadro, y contemplemos el presente, que él vindica el nombre entrerriano del baldón que han querido arrojarle los traidores.

Batallones de infantería entrerriana guarneciendo las ciudades; los ejércitos nacionales considerablemente aumentados por regimientos numerosos de caballería de la misma Provincia; el guardia nacional Mgiuel Ocampo, arrancando de la mano de un traidor la enseña de la rebelión y empapándola en su propia sangre, realizando con ese hecho, acción igualmente heróica que la del legendario Falucho, muriendo al pie de esta misma bandera en las fortalezas del Callao, libradas por traición al enemigo; la Banda Oriental llena de emigrados, los bosques pululando de prófugos, las islas pobladas de escapados, ¿dónde está el pueblo rebelde entrerriano en que quiere apoyarse la traición? Sí; hay traidores, es cierto:

hay algunos miles de oprimidos, hay niños y ancianos arrastrados por la leva, retenidos por el terror del degüello, generales y aventureros extranjeros: he ahí el ejército y el poder de la rebelión.

Quiero que el último paisano que en este momento sufre los rigores de la estación y las fatigas de la guerra, por vivir siempre á la sombra de esta Bandera, sepa que el Gobierno de su Patria tiene en cuenta su humilde, pero valioso sacrificio, porque da lo único que posee, que es la vida, pues ni un nombre tiene el pueblo anónimo que en la guerra se llama soldado. Sepan los valientes y fieles entrerrianos que están combatiendo, que con ello ponen el capitel al edificio de nuestra nacionalidad, y cierran para siempre el abismo de las segregaciones del territorio que recibimos en herencia de los fundadores de la Bandera Nacional.

Al terminar la historia de la misión y de los obstáculos con que ha luchado esta Bandera, necesito añadir que aun le falta recibir como hijos suyos, á millares de los que aquí están presentes y que la acatan y saludan como huéspedes.

En los Estados Unidos, nuestros predecesores y compañeros de peregrinación en este nuevo mundo, no hay extranjeros, sino los viajeros que visitan sus playas. Hay dos millones de alemanes ciudadanos, y otros tantos irlandeses, ingleses y de todo origen, hasta venidos del Celeste Imperio. Aquí la amalgamación marcha con más



lentitud. Acaso el fuego sagrado de la Libertad, no es tan vivo todavía, para fundir las nacionalidades y hacer correr el duro bronce del pueblo regenerado, en que la humanidad va á presentar un nuevo tipo americano.

No importa. La Providencia sigue aquí otro sendero tal vez. Debemos á la España la sangre que corre en nuestras venas, y cuando la desgracia aflige á sus hijos, podemos pagar la de sus héroes, los Solís, los Ayala, los Irala, los Garay, que se sacrificaron por fundar estos pueblos. Habrá patria y tierra, libertad y trabajo para los españoles, cuando en masa vengan á pedírnosla como una deuda. Y para los italianos, cuya historia es la de los pueblos de nuestra lengua, cuya arquitectura es el ornamento de nuestros edificios, cuyas bellas artes con intérpretes como la Ristori, Tamberlick, Mansoni y tantos otros, que nos han visitado embelleciendo la existencia, habrá siempre una carta de ciudadanía para ellos y sus descendientes; y nuestros rios, nuestras ciudades y nuestros campos, para teatro de sus variadas industrias.

Y los hijos de la Francia, que tanto ha sufrido por la redención de la inteligencia, que tantos errores ha cometido, rescatándolos y rescatándose por la gloria ó el patriotismo, tendrán bajo esta Bandera, ancho lugar en nuestros gustos, en nuestra cultura y en nuestras ideas.

Y la poderosa Albión, la enérgica raza inglesa, cuya misión parece ser someter el mundo bárbaro

de Asia, Africa, y de los nuevos continentes é islas al influjo del comercio, é improvisar naciones que trasplanten el Habeas Corpus, la libertad sin tumulto, la máquina y la industria, bienvenida fué siempre; y bien empleados serán sus capitales en las grandes empresas que completan nuestra existencia como nación civilizada.

Y á todas las nacionalidades de la tierra, cuyos hijos tocan estas playas en busca de un lugar para hacerse un domicilio y una patria, ofrézcoles en nombre del pueblo que esta Bandera representa, la protección que ella da gratuitamente, recordándoles solo, que el hombre es familia, tribu, nación, con deberes para los demás, y que los sentimientos más generosos, el heroísmo, la gloria, el amor de la patria, se amortiguan no ejercitándolos; y que la elevación del alma humana desciende y desaparece con la satisfacción exclusiva de las necesidades materiales.

CONCIUDADANOS:

Una nación está destinada á prevalecer, cuando obedece en su propio seno á las inmutables leyes del desenvolvimiento humano.

Sin el espíritu de conquista, Roma vive en nosotros con sus Códigos, como Grecia con sus artes plásticas, su lengua y sus instituciones republicanas, completadas por el sistema representativo. Acaso es providencial que debamos existencia y nombre á Colón y á Américo Vespu-

cio; y si Garibaldi ha de tener su parte en la reconstrucción de la Italia romanizada, su lugar en la historia lo conquistara, mezclando aquí su sangre á la nuestra, para endurecer los cimientos de nuestra constitución, libre, republicana, representativa.

Hagamos fervientes votos, porque, si á la consumación de los siglos, el Supremo Hacedor llamase á las naciones de la tierra para pedirles cuenta del uso que hicieron de los dones que les deparó, y del libre albedrío y la inteligencia con que dotó á sus criaturas, nuestra Bandera, blanca y celeste, pueda ser todavía discernida entre el polvo de los pueblos en marcha, acaudillando cien millones de argentinos, hijos de nuestros hijos, hasta la última generación, y deponiéndola sin mancha ante el sólio del Altísimo, puedan mostrar todos los que la siguieren que en civilización, moral y cultura intelectual, aspiraron sus padres á evidenciar, que en efecto fué creado el hombre á imagen y semejanza de Dios.

(*Discursos populares, pag. 270 á 280*)

INDICE

	Pág.
12 de Febrero de 1817	9
Los 18 días de Chile	20
Los mineros	37
Reminiscencia de la vida literaria	41
Recuerdos de Provincia (Historia de mi madre)	47
» » (El hogar paterno)	55
Biografia del general San Martín	63
Viajes (Africa)	67
» (Roma)	75
Facundo	77
Muerte de Quiroga	91
El Chacho	97
De la educación de las mujeres	103
Campaña del Ejército grande (Boletín N.o 3)	107
» » » (Batalla de Caseros)	112
El camino del Lacio	116
El Bastón del Virrey	118
Orígenes de la civilización argentina	129
El Parque de La Plata	153
Vida de Aberastain	158
Vida de Dominguito	170
Curupaití	177
Leyendas mayas	190
Mis pajaritos	203
Las Culebrinas de San Martín	216
Discursos.—Recepción del Principe Tomaso di Savoia	226
» Rosario Velez Sarsfield	231
» Palermo de San Benito	234
» Inauguración de la Estatua de Belgrano	240